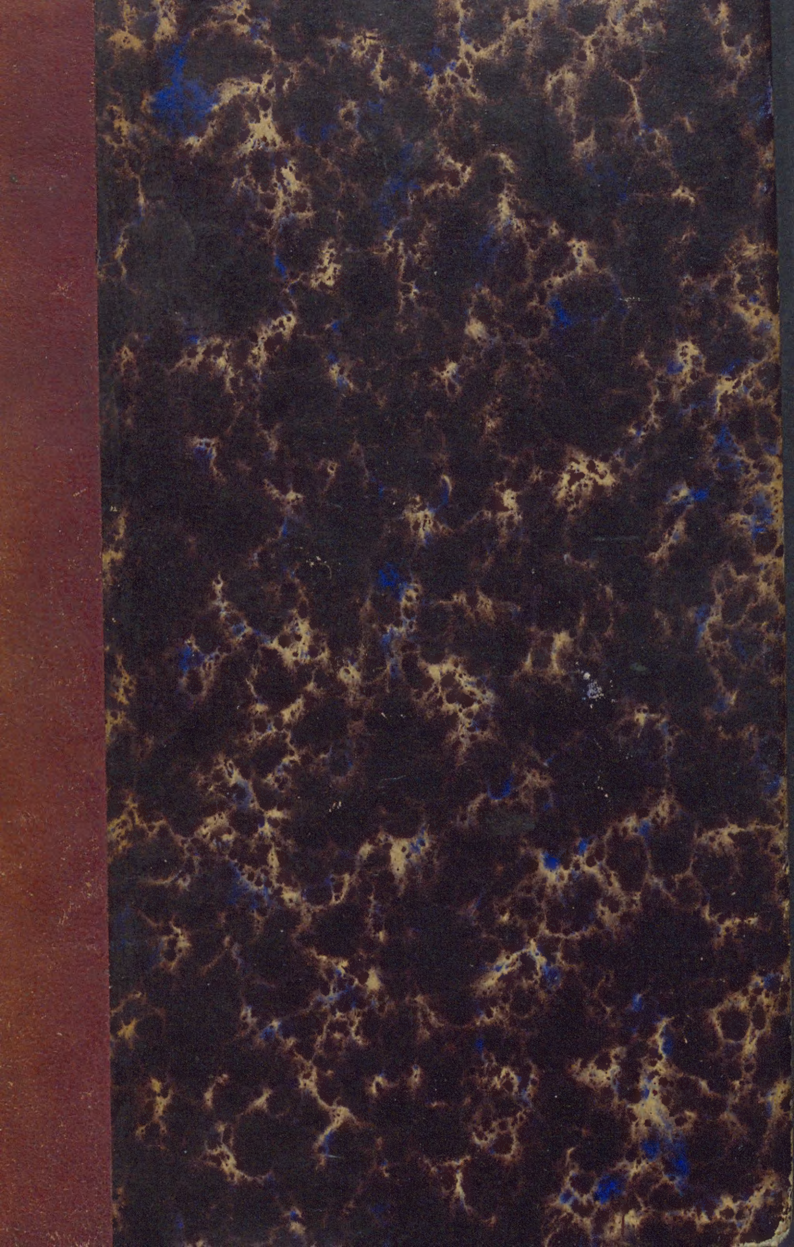
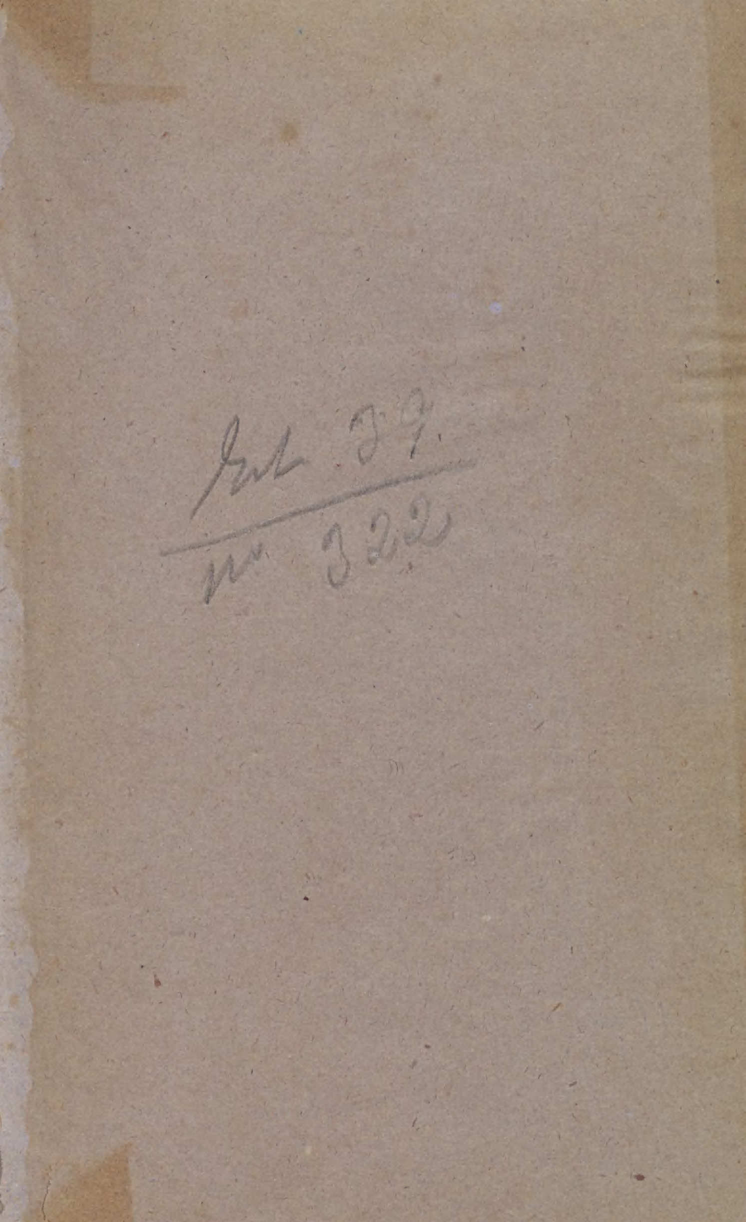



39
322

LA COMEDIA

DE

DANTE ALIGHIERI

Tomo III. — El Paraiso

LA

COMEDIA

DE

DANTE ALIGHIERI

traducida al castellano

EN IGUAL CLASE Y NÚMERO DE VERSOS

POR EL

CAPITAN GENERAL

D. JUAN DE LA PEZUELA

CONDE DE CHESTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO III. — EL PARAISO

MADRID

TIP. DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

1879

EL PARAISO

CANTÍGA TERCERA

EL PARAISO

CANTO PRIMERO.

Despues de invocar á Apolo, describe el Poeta cómo desde el Paraiso terrenal se levantó hácia el primer cielo, y cómo Beatriz respondió á algunas dudas que se le ocurrieron.

De la gloria los orbes están llenos
Del que todo lo mueve, y esa esplende
En una parte más y en otra ménos.

Yo en el cielo, dó más su luz se extiende
Estuve; y cosas ví que revelarse
Nunca podrán por quien de allí desciende [1].

Porque nuestro intelecto al acercarse
Á lo que anhela más, se engolfa tanto,
Que en pós no puede la memoria alzarse.

Mas cuantos acopiar del reino santo
En mi mente tesoros he podido,
Ora han de ser materia de mi canto.

¡Oh buen Apolo [2]! El estro yo te pido
Que, de la inspiracion llenando el vaso,
Merece el bien de tu laurel querido.

Hasta aquí la una cima del Parnaso
Asaz me fué: las dos [3] hoy necesita,
Para acabar la empresa, hollar mi paso.

Con el fuego que hubiste mi alma agita
Cuando á Mársias tu cólera irritada
De los miembros la túnica le quita [4].

Si me ayuda tu voz, virtud sagrada,
Del imperio á decir alto y benigno
La sombra que en mi mente está grabada,

Acaso el árbol de tu afecto signo [5],
Sobre mi humilde sien los ramos venza,
De que tú y el asunto me hareis digno.

Si vate ó César de sus hojas trenza
Tan rara vez, ¡oh padre! una corona,
Es del flaco mortal culpa y vergüenza.

Que la cumbre risueña de Helicona
Que ria es bien, si la Penéa rama [6]
Sediento alguno de alcanzar blasona.

Leve chispa encender puede gran llama:
Quizá de Cirra [7] implorarán las luces
Ecos, tras mí, más dignos de la fama.

Lucerna del mortal [8], tú le conduces
Por más puertas la luz: mas por aquella
Que cuatro cercos ata con tres cruces [9],

Con más buen curso y con mejor estrella
Conjunto sale el sol, y en la mundana
Cera más á su gusto imprime y sella.—

Hecho habia acá noche, allá mañana
Desde esa [10], y uno en sombra se cobija,
Y otro hemisferio en blanco se engalana,

Cuando á Beatriz mirando vi prolija,
Y al lado izquierdo vuelta [11], al sol derecho
¡Águila nunca así le vió tan fija!

Como retorna al alto, rayo hecho
Por fractor que al primero se le opuso,
Cual viajero que vuelve al pátrio techo;

Así del acto de Beatriz, infuso
Por la vista en mi mente, nació el mio;
Y al sol miré, como en mortal no es uso.

Mucho es lícito allá, no dado al brío
Del hombre que respira espacio en torno
Propio á los actos de su sér natío:

Yo lo bastante resistí el bochorno,
Para verle chispear en ígnea sede,
Como fierro al salir rojo del horno.

Y luz cual si juntárase sucede
Dia con dia: cual si ornado hubiera
El cielo de otro sol *aquel que puede*.

Fija en las ruedas eternales era
Con la vista Beatriz : la mia ardiente,
De acá léjos [12], en ella toda entera ;

Y en su interior tan hondo entró mi mente,
Como, al gustar la yerba, en el salado
Gláuco á ser divo entre la diva gente [13].

La transhumanacion pintar no es dado
Á simple voz ; pero el ejemplo baste [14]
Á quien gozarla el cielo ha reservado.

Si era sólo de mí lo que creaste
Último allí [15], lo sabes tú que riges
¡Oh amor! el cielo al cual me levantaste.

Cuando la rueda que eternal diriges,
Ansiado sér, llamó la atencion mia,
Con el órden que arreglas y corriges ;

Tanto espacio juzgué que se encendia
Con la llama del sol, que tan extenso
Lago nunca formó torrente ó ria.

La novedad del son, el brillo inmenso,
Á investigar la causa me provoca
Con afan, que mayor sentir no pienso.

Ella, que cual yo mismo en mi alma toca,
Por aquietar mi espirtu conmovido,
Ántes de yo decir, abrió la boca

Y comenzó : —Tú mismo te has tupido
Con tu falso pensar, y así no atinas
Cual si hubieras tus brumas sacudido;

Que no en la tierra estás como imaginas,
Y el rayo de su casa [16] disparado
No corre como tú que allá caminas.—

Si mi primer dudar fué desatado,
Con su dulce sonrisa y breve acento,
Aquí en otro mayor me vi enredado;

Y dije : —Del asombro ya contento
Se alivia el corazon : mas ora admira
Sobre estos cuerpos leves [17] mi alzamiento.—

Y ella, al oirme, de piedad suspira,
Y en mí se fija con aquel semblante
Que pone madre en hijo que delira;

Y empieza : —Cuanto existe, órden constante
Va guardando entre sí, y ésta es la forma
Que á su Dios hace al orbe semejante.

Aquí los altos séres ven la horma
Del eterno poder, final destino
Á que cuanto estás viendo se conforma.

Toda natura, en ese órden divino,
Tiene hácia su principio impulso abierto ,
Más ó ménos, segun le está vecino.

Y así navegan, y á diverso puerto,
Por el mar del gran Sér, va cada una,
Con el instinto que le dan de acierto.

Ésta conduce el fuego hácia la luna:
Mueve aquélla al amor á los mortales:
Esa la tierra en sí tupe y aduna,

Ni á las criaturas sólo irracionales;
Mas de ese arco tambien alcanza el tiro,
Á los de amor y de intelecto iguales.

La Providencia, que une tanto giro,
Quieto mantiene con su lumbre al cielo
Por quien al más veloz moverse miro [15].

Ora, cual fin ya dado á nuestro anhelo
Nos lleva allá el vigor de aquella cuerda
Que el tiro envía á celestial señuelo.

Cierto que, como á veces no concuerda
Con lo que forja, la intencion del arte,
Porque á prestarse la materia es lerda,

Tambien de ese camino se departe
Á veces el mortal, que arbitrio encierra
De doblarse oprimido hácia otra parte;

Y cual cae de nube el fuego á tierra,
Cae, vencido el ímpetu primero,
Al mentido placer que le dió guerra.

No debe serte, pues, si bien infiero,
Mas raro tu ascender, que la carrera
De un rio de alto monte á humilde otero:

Quedarte abajo sí que raro fuera,
De toda carga exentos los enojos,
Cual sin subir al aire viva hoguera.—
Dijo, y de nuevo al cielo alzó los ojos.

CANTO II.

Llega DANTE al cielo de la luna, donde Beatriz, reprobando su opinion sobre las manchas que aparecen en ella, le descubre la que ella supone verdadera causa, y le explica todo el órden de las esferas celestes, segun los conocimientos de los contemporáneos de DANTE.

¡Oh los que en breve leño vais á soga,
Ansiosos de escuchar, así traidos
Por mi barquilla, que cantando boga!

Volved las cañas á los pátrios nidos;
No entreis en altos mares sin mesanas,
Que habreis de ser, si me perdeis, perdidos.

Nadie sulcó estas aguas soberanas:
Febo y Minerva dánme sus destellos,
Y muéstranme las Osas [1] nueve hermanas.

Vosotros pocos, que temprano el cuello
Enderezásteis hácia el pan divino [2]
Que aquí mantiene sin saciarse de ello,

Meter podeis, sin miedo, el corvo pino
En el golfo, mi estela dilatando
Por el agua que en pós borra el camino.

Ora os vais á asombrar más que aquel bando,
Glorioso en Cólcos, asombróse un dia
De ver al gran Jasón la tierra arando [3].

La concreada sed que eterna ansía
El deiforme reino, con presura
Cual la del cielo mismo me ascendia.

Vía en lo alto Beatriz: yo en su hermosura,
Y es ménos tarda acaso en ajustarse
Y en partir de la nuez flecha segura,

Que yo en verme, y mi vista en dilatarse
En portentoso cuadro : entonce aquella,
Á quien nada en mi sér puede ocultarse,

Vuelta á mí, tan alegre como bella,
Díjome : —Á Dios te eleva agradecido
Que ora nos pone en la primera estrella [4].—

Aquí pensé de nube estar ceñido
Sólida, espesa, en luces infinita,
Casi como del sol diamante herido.

Dentro de sí la eterna margarita
Nos recibió, cual agua que recibe
Rayo de luz que el terso no le quita.

Si en carne era yo allí, no se concibe
Cómo es que no sentí la impresion dura
Que al dar un cuerpo en otro se percibe.

Crecer por eso debe nuestra arsura
De ver la esencia en que se vé y entiende
Cómo se une con Dios nuestra natura.

Veráse allí lo que por fé se aprende,
Sin prueba, por sí mismo demostrado,
Cual verdad que *a priori* se comprende.

Yo respondí: —Con cuanto ardor me es dado
En mí de gratitud torrentes nacen
Al que del bajo mundo me ha sacado.

Mas ¿qué son esas manchas que desplacen
De este cuerpo en el disco, y en la tierra
El cuento de Cain inventar hacen [5]?—

Sonrió breve, y luégo : —Porque yerra
(Me dijo) la opinion de los mortales
Dó la llave del juicio no abre y cierra,

No debes tú de asombro dar señales;
Que hasta de la razon el vuelo recto
Achican los sentidos terrenales.

Mas de eso, dí, ¿qué piensa tu intelecto?—
Y yo : —Lo que de aquí se muestra vário,
De cuerpo denso ó ralo juzgo efecto.—

Y ella: —Del juicio tuyo lo falsario
Pronto verás, si tu atencion se atiene
Al argumento que te haré contrario.

Astros el cielo octavo [6] asaz contiene,
Cuya diversa mole, luz y esfera
Del que lo observa á conocerse viene.

Si de lo denso ó ralo eso naciera,
En más, ménos ó idénticas porciones
Á todos una ley sola rigiera.

Mas principios de várias condiciones
Efectos vários dan, y fuera de uno,
Á esos tuyos destruyen tus razones.

Si la causa además de aquello bruno
Fuera, cual piensas, la materia clara,
O de la suya propia fuera ayuno

Aquel planeta, ó cual lo craso pára,
Con lo magro alternando, en cuerpo humano,
Las hojas de su tomo [7] así cambiára.

Mostrarte lo primero pueden llano
Los eclipses del sol, pues pasaria
Su luz, siendo la luna cuerpo vano.

Y como no es así, la razon mia,
Si lo segundo á refutar llegase,
Por el suelo tus juicios echaria.

Si asientas, pues, que el rayo no traspase
Ese diáfano, es que hay punto de donde
Opuesto cuerpo impídele que pase;

Y allí el rayo refleja, y corresponde,
Cual refleja el color cristal pulido
Que detrás de su luna plomo esconde [8].

Ora dirás que el rayo oscurecido
Se muestra más aquí que en otra parte,
Porque el refracto más adentro ha sido.

Si quieres de esa instancia [9] libertarte
Con fácil prueba, la experiencia ensaya
Fuente de toda humana ciencia y arte.

Tres espejos prepara, y pon de laya
Dos á iguales distancias, que al tercero
Tu vista por los dos más léjos vaya.

Haz que á tu espalda enciéndase mechero,
Cuya luz en los tres brille, tornando
Á tí por todos su reflejo entero;

Y el más distante le verás brillando
Con ménos ancha luz, pero tan viva
Cual la que está en los otros refractando.

Ora como al calor del áura estiva
De la nieve se funde el elemento,
Y del color y frigidez se priva,

Pues así ves quedar tu entendimiento,
Con luz quiero ilustrarle tan vivace,
Que de ella inunde hasta el más hondo asiento

Gira en el cielo de la eterna pace [10]
Cuerpo [11] cuya virtud en sí alimenta
El sér de todo cuanto dentro yace;

Y el que sigue [12], que tanto faro ostenta,
La reparte en esencias diferentes,
Distantes sí, más que en su cerco cuenta.

Los otros cielos por variadas fuentes
Van á sus vários fines, disponiendo
La diversa virtud de sus simientes.

Órganos, pues, del mundo, así ejerciendo
Proceden, como ves, de grado en grado,
Dando abajo, y de arriba recibiendo.

Ora me atiende bien, ya que encontrado
Por mí de la verdad ves lo sencillo,
Porque sigas despues tú solo el vado.

Son los astros, su santo curso y brillo,
De benditos motores obra bella,
Como del Fabro el arte del martillo;

Y el cielo, hermoso así con tanta estrella,
Toma de la alta mente que le mueve
La Imágen, y despues graba con ella;

Y como el alma en vuestro polvo leve,
Por cada propia artéria, conformada
Á diversas funciones, se renueve;

La inteligencia, así multiplicada
Por las estrellas, su bondad desplega,
Girando en su unidad, siempre guardada.

Virtud vária variadamente juega
En el precioso cuerpo en que centila,
Y como en tí la vida, en él se apega;

Y porque de jocundo sér destila,
Por entre el cuerpo su virtud trasluce
Cual la alegría por vivaz pupila.

Tal es lo que variado aspecto induce,
No lo diáfano ó denso, en cada faro;
Y esa es la causa madre que produce
Conforme á su bondad lo turbio y claro.—

CANTO III.

En la luna se ven las almas de los que faltaron á sus votos religiosos, por lo que gozan ménos grados de gloria en el cielo que todos los demás espíritus. Muéstrase al Poeta Picarda Donati, y le disipa algunas dudas acerca de la condicion de los bienaventurados. Despues le cuenta cómo la hicieron fatal violencia para arrancarla del monasterio, y por fin le habla de la emperatriz Constanza, que resplandece cerca de ella.

El sol que ántes de amor me escaldó el pecho,
Probando y refutando, conocida
La hermosa faz de la verdad me ha hecho;

Y yo, por confesarme alma vencida,
En quien ya conviccion firme se asienta,
Puse, cual para hablar, la frente erguida.

Mas tan grata vision se me presenta,
Y me estrecha por verla afan tan hondo,
Que de mi confesion perdí la cuenta.

Como de vidrio trasparente y mondo,
Ó bien de linfa nítida y tranquila,
No tan profunda que se pierda el fondo,

Refleja nuestra imágen y vacila
Tan difusa, que perla en blanca frente
No viene á herir mejor nuestra pupila;

Así ví pronta á hablar alguna gente
Que me hizo dar en el engaño opuesto [1]
Al que produjo amor entre hombre y fuente.

Y mis ojos, no bien reparé en esto,
Creyendo que espejados cuerpos eran,
Por saber de quién fuesen, volví presto.

Mas nada hallé, y alcélos á que vieran
Los celestiales de mi santa guía,
Y los ví que entre risa relucieran.

—No te sorprenda la sonrisa mia
(Dijo) si tu pueril simpleza noto:
Aún no huella tu pié la firme vía:

Ya vas cual sueles por camino ignoto.
Sustancias verdaderas apartadas
Aquí son esas por romper su voto.

Habla y oye á las dulces relegadas;
Que la luz que su suerte hace dichosa,
Con lazo de placer las tiene atadas.—

Y yo, á la que juzgué más deseosa
De hablar, me allego, y mi impaciencia exclama
Cual hombre á quien vehemente anhelo acosa:

—¡Oh bien creado espirtu, que á la llama
De eterna vida, la dulzura sientes
Que sólo quien la prueba entiende y ama!

De dulce agrado me será que cuentes
Quién fuiste, y cuál de tu existencia el norte.—
Y ella con ojos respondió rientes:

—No nuestra caridad será que acorte
Vuelo á un justo deber, que es como aquella
Que semejante á sí quiere su córte [2].

Yo, viviendo en clausura, entré doncella,
Y si tu mente su viveza aún guarda,
No ha de ocultarme á tí verme más bella;

Que bien conocerás que soy Picarda [3],
Que, puesta aquí con estos bien nacidos,
Beata soy en la esfera la más tarda [4];

Pues los afectos nuestros encendidos
Sólo en dulzuras del Espirtu Santo,
Se gozan en su suerte embebecidos.

Este bien, que parece corto tanto,
Nos es dado por dudas vacilantes,
Ó de los votos nuestros por quebranto [5].—

Y yo:—En vuestros bellísimos semblantes
No sé qué resplandece de divino,
Que el modo os cambia en las facciones de ántes.

Tarde por eso el recordar me vino:
Pero me ayudan tus acentos claros,
Y facilitan del acierto el tino.

Mas, dime, los que aquí miro extasiaros,
¿Deseais puesto de mayor valía,
Por ser más, ó por serle á Dios más caros?—

Y con las otras almas sonreia
Ella, y me respondió despues tan leda,
Que pensé que en primero amor ardia:

—La voluntad, hermano, nos aqueda
Fuerza de caridad, que hallar nos hace
Grata sólo la suerte que nos queda.

Si ardiéramos por ver luz más vivace,
Fuera entónces contraria nuestra arsura
Al gusto del que aquí vivir nos hace;

Ni cabe en estos cercos de ventura;
Que hervir en caridad aquí es forzoso,
Si observas bien su divinal natura;

Y esencia es de este sér, que Dios bien quiso,
Nunca apartarse del divino agrado,
Siendo á su voluntad siempre sumiso.

El morar, pues, así de grado en grado
Por este reino, place al reino entero,
Y al Rey que su querer nos ha inspirado.

Su voluntad es nuestro bien primero,
Y ese es el mar dó lo infinito acude
De que natura y ella son venero.—

Que paraiso es todo el cielo pude
De aquí inferir, aunque á su vez la gracia
La dicha en vário modo alterne y mude.

Mas cual suele ocurrir, cuando rehácia
Es tu boca á un manjar y otro te excita,
Que de éste pides más, si aquél te sácia,

Así hice yo : y mi voz y accion se agita
Porque ella me descubra de qué tela
Rota, sin acabar, soltó la pita.

—Puro y santo vivir (me dijo) enciela
Más alto á una mujer [6], á cuya norma
En el mundo hoy se vive, y viste, y vela,

Para que, al deponer la mortal forma,
Se viva en el Esposo sin mancilla,
Si el voto con sus leyes se conforma.

Dejé por ella el mundo jovencilla:
Vestí su ropa, y de su regla suave
La vía prometí seguir sencilla.

Hombres luégo, en que mal más que bien cabe [7],
Me sacaron del dulce cláustro afuera :
¡Cuál de allí fué mi vida, Dios lo sabe [8] !

Esotra que tus ojos ven, lumbrera
Á mi derecha mano reluciente
Con todo el esplendor de nuestra esfera,

El mismo mal que yo sufrió inocente:
Fué hermana, y arrancáronla sin duelo
Tambien las sacras vendas de la frente.

Mas cuando fué devuelta al libre suelo
Contra su gusto y ley y buena usanza,
Nunca del corazon apartó el velo.

La luz es esa de la gran Constanza [9],
Que del segundo viento de Suave,
Parió el tercero y la postrer pujanza [10].—

Así me habló, y despues empezó el *Ave*,
Y *María* cantando, disipóse [11]
Como en agua profunda cuerpo grave.

Y el ver mio, que en verla deleitóse
Miéntras pudo, no bien la hubo perdido,
Á cosa de más grande amor volvióse.

Y en Beatriz quedó todo absorbido:
Mas ella aquí lanzó tal fulgimiento,
Que de la vista me apagó el sentido,
Y eso en el demandar me hizo más lento.

CANTO IV.

Dos dudas agitan igualmente el ánimo del Poeta: la primera es acerca de la doctrina de Platon, que afirma que todos los espíritus vuelven á las estrellas de que han salido. La segunda es porque si la violencia quita la libertad, y por consiguiente la culpa, se les disminuye parte de la gloria á aquellas almas obligadas á romper sus votos. Beatriz lee en DANTE estas dudas, y le sale al encuentro esclareciéndolas. Este la pregunta si los votos pueden compensarse con otras buenas obras.

Cual hombre que entre dos manjares siente
Á igual distancia el gusto igual abierto,
Que ántes muere que en uno clave el diente:

Cual recental se queda medio muerto
Entre uno y otro lobo enhambrecido:
Cual cán que entre dos gamos se está incierto[1];

Así yo, por callarme suspendido
Por dos dudas iguales, ni me acuso,
Ni alabo; que otra cosa no he podido.

Callaba, y en mi rostro estaba infuso
Todo el deseo, y la demanda mia,
Con más viveza que en hablar profuso.

Hizo Beatriz lo que Daniel un dia
De Nabuco la cólera calmando,
En él simiente de crueldad impía [2].

—Yo bien veo (exclamó) que estás fluctuando
Entre un deseo y otro, y la apretura
De los dos tu impaciencia está acallando.

Tú argumentas : si el justo querer dura,
¿Por qué violencia que exterior domina,
Del merecer me acorta la dulzura [3]?

Y hasta parece que á dudar te inclina,
Que á los astros toda alma se revierte,
Si de Platon se sigue la doctrina.

Esas tus dudas son, y de esa suerte
Al par te asaltan; con que voy primero
La que te amarga más á resolverte.

El serafin de más celeste fuero :
Moisés, Samuel: el Juan que tú prefieras [4]
(Y de María misma hablar no quiero),

No moradores son de otras esferas
Que esas almas que viste há breve instante,
Por estancias más tardas ó ligeras [5].

Todas el primer cielo hacen brillante,
Y diferente gozan dulce vida,
Segun sienten de Dios el soplo amante.

Ni estancia, las que viste, repartida
Tienen aquí : mostráronse por signo
De la celeste de menor subida [6].

Tal lenguaje os conviene así benigno;
Que sólo por lo externo el hombre aprende
Lo que es despues de su intelecto digno.

Por eso, á estar á vuestro alcance tiende
La escritura; y al darle planta y mano
Á Dios, otro sentido en sí comprende.

Así la Iglesia, con aspecto humano
Á Gabriel y á Miguel os representa,
Y al otro que á Tobías tornó sano [7].

Lo que Timon [8] del ánima argumenta,
No es del modo que aquí ves por figura,
Pues parece que expresa lo que intenta.

Y dice que á la estrella el alma pura
Vuelve de donde juzga que ha salido,
Cuando forma mortal la dió natura.

Ó tal vez es diverso su sentido
Del que aparece, y guarda una enseñanza,
Por la que ser no debe escarnecido.

Que si lo torpe ó digno de alabanza
De estos globos lo achaca á influjo y arte,
A lo cierto su tiro en algo alcanza.

Ese principio, mal seguido en parte,
Perturbó al mundo casi todo, y aras
Levantó á Jove y á Mercurio y Marte [9].

La otra duda resultas [10] no tan caras
Tendria, pues no tanta es su malicia,
Que por ella de mí te separáras.

Que á la vista mortal nuestra justicia
Se muestre como injusta, es argumento
De fé, mas no de herética nequicia.

Mas como del humano entendimiento
Y su medida esta verdad no sale,
En lo que anhelo quedarás contento.

Pues que violencia no hay miéntras no iguale
Á la externa presion la resistencia,
Esa excusa á estas ánimas no vale.

Que es del que quiere invicta la potencia,
Cual la llama del viento es al quebranto,
Cuantas veces la tuerce su violencia.

Que si la voluntad cede algun tanto,
Eso ayuda á la fuerza; y así han hecho
Éstas, volver pudiendo al lugar santo [11].

Quisieran ellas con tan firme pecho
Cual Mucio [12], inmoble en el carbon la diestra,
Como Lorenzo [13] en el ardiente lecho,

Y habrian vuelto á la primer palestra
Tan pronto como hubieran libres sido:
¡Mas tan firme querer raro se muestra!

Con esta explicacion, si la has seguido
Como debiste, el argumento cesa
Que te hubiera cien veces afligido.

Mas ora nueva duda se atraviesa
Tal á tus ojos, que tu mente humana
Sin otra ayuda sucumbiera opresa.

Yo gravé en tí como sentencia llana,
Que no puede mentir alma bendita,
Porque á la Verdad suma está cercana,

Y oiste luégo que Picarda cita,
Que siempre amó Constanza el primo estado,
Y eso mi aserto aquí desacredita.

Mas ocurre á menudo que, mal grado,
Por huir de un peligro, hermano mio,
Hacerse suele lo que hacer no es dado;

Como Alcmeon [14] del padre al desvarío
Cedió, á su propia madre dando muerte,
Conque por ser piadoso hízose impío.

Sabe, pues, que el querer, cuando es de suerte
Que á la violencia paga algun tributo,
De que no hay dable excusa nos advierte.

No el mal sufre un querer que es absoluto,
Más algo le consiente, concediendo
Que, al retraerse, cae en mayor luto.

Entiende, pues, Picarda, así exponiendo,
El completo : yo el débil albedrío;
Y los dos la verdad vamos diciendo [15]. —

Tal fué el dulce correr del santo rio
Que de la fuente de verdad deriva :
Así dió paz al pensamiento mio.

— ¡Oh con primero amor amada! ¡Oh Diva
(Dije yo luégo), cuyo hablar ahonda
Este fuego que más y más se aviva!

No en mí es la copa del amor tan honda
Que te alcance á pagar gracia por gracia :
¡Quien todo puede y vé te corresponda!

Bien sé que nuestra mente no se sácia
Si la verdad aquella no la ilustra
Por quien toda verdad crece y se espácia.

Si la alcanza, cual sierpe en su palustra
Se posa en ella, y alcanzarla estima;
Que si no, todo anhelo al fin se frustra.

Por eso, cual pimpollo, al pié se arrima
De la verdad la duda, y es natura
Quien por lomas nos lleva hasta la cima.

Eso me mueve, pues, y me asegura
Á suplicarte humilde la probanza
De otra verdad que me parece oscura.

Saber quisiera si á suplir alcanza
Quebrado voto, bien hacer bastante
Por su peso á inclinar vuestra balanza.—

Beatriz con rayo me miró chispeante
De centellas de amor, y tan divino,
Que dí la espalda á su fulgor triunfante,
Y los ojos bajé, cuasi sin tino.

CANTO V.

Respondiendo Beatriz á la demanda de DANTE, razona sobre la naturaleza del voto, y hasta qué punto liga éste al que lo hace, y cómo puede conmutarse. Despues, volviéndose á la parte más luminosa del cielo, se echa á volar con su protegido hácia la esfera superior de Mercurio, donde gran multitud de espíritus beatos se agolpa alrededor del Poeta, y uno de ellos se ofrece á darle las explicaciones que le pida; Alighieri le pregunta quién es; y el espíritu, por el gusto de responderle, se aviva con tanta luz, que aquél no puede con sus ojos humanos resistirla.

—Si en el fuego de amor te centelleo
Con luz mayor de la que el hombre alcanza,
Y ciega así la de tus ojos veo,

No te asombres, procede esa pujanza
De perfecta vision, que en cuanto aprende [1],
Hácia el bien que aprendió, veloz se lanza.

Ya viendo estoy que en tu intelecto prende,
Y en él aquella eterna lumbre luce,
Que siempre amor, con solo verla, enciende.

Que si otra cosa vuestro amor seduce,
Es sólo algun vestigio no bien noto
De esa lumbre eternal que allí trasluce.

Saber tú quieres si al fallido voto
Hay otra buena accion que supla tanto,
Que deje el hilo de la culpa roto.—

Así Beatrice comenzó este canto;
Y como quien no pára en lo que empieza,
Así prosigue en su discurso santo :

—El don mayor que Dios en su largueza
Hizo al crear, la gracia más preciada
Por Él, la más conforme á su grandeza,

Fué el de la voluntad libre formada,
Que á las criaturas sólo inteligentes,
A ellas solas, y á todas, dar le agrada.

Juzga si en este don pones las mientes,
Del voto y su valor, si es hecho exacto [2]
Que Dios consienta cuando tú consientes;

Que, al cerrarse entre Dios y el hombre el pacto,
El tesoro de que hablo [3] sacrifica,
Víctima voluntaria, por tal acto.

¿Con qué, pues, compensar joya tan rica?
Juzgar buen uso el de lo ya ofrecido,
Por el que roba para dar se explica.

Ya el punto principal tienes vencido :
Mas pues la Iglesia el compensar no impide,
Y eso se opone á lo por mí vertido,

Bien es que de tus dudas aún me cuide;
Que el manjar grave que en tu adentro lucha,
Fuerza de digerir mayor te pide.

Presta á lo que te digo atencion mucha,
Y en tu interior lo graba, que no es ciencia
Oir sin retener lo que se escucha.

De sacrificio tal forman la esencia
Dos cosas: una, aquella que ofreciste;
Otra, del ofrecer la conveniencia.

La primera, en vigor siempre subsiste:
No se anula jamás: de ello expedita
Explicacion arriba ya tuviste.

Impuesto fué por eso al Israelita
Ofrenda hacer, si á veces permutada
Ser podia: la historia así lo cita.

La segunda, *materia* nominada
Tal puede ser, que culpa allí no cabe
Porque sea en su forma permutada.

Pero que nadie el peso que le grave
Del hombro arroje á su querer, sin vuelta
De la amarilla ó de la blanca llave [4];

Y que juzgue permuta mal resuelta,
Si la cosa suplida en la suplente,
Como el cuatro en el seis no se halla envuelta [5].

Porque á cosa, de peso tan ingente
Que rinde por su prez toda balanza,
Compensacion ninguna hay excedente.

Nunca el hombre sus votos tome á chanza:
Cumpla fiel lo que ofrezca; lo analice,
No cual Jefté votivo sin templanza,

Á quien fuera mejor decir *mal hice*
Que hacer peor siguiendo [6]; y otro tanto
Digo del griego que Ilion maldice,

Por quien el rostro de Ifigenia en llanto
Al necio y sábio inunda en lloro suave,
Tan ímpio culto oyendo en noble canto [7].

Sea, cristianos, vuestro hacer más grave:
No os movais como pluma á todo viento,
Ni penseis que toda agua el vicio os lave.

Teneis Nuevo y Antiguo Testamento,
Y al Pastor de la Iglesia habeis por guía:
Esto os basta al eterno salvamiento.

Si os grita más allá codicia impía,
En hombre os convertid, no en mansa oveja,
Porque no os burle la maldad judía.

No cual cordero hagais que la ubre deja
De la madre, y fugaz, simple, lascivo,
Su propia imágen con la frente aqueja.—

Beatriz me dijo así, tal cual lo escribo,
Y volvióse despues toda anhelante
Del universo al punto que es más vivo [8].

Su callar, y el variar de su semblante,
Corta las alas de mi mente al vuelo,
Que nuevas dudas ya tiene delante.

Y tal como la flecha, que al señuelo
Antes da, que la cuerda se esté quieta,
Así llegamos al segundo cielo [9].

Allí á mi dama ví brillar tan neta,
Cuando entró de esa esfera en lo luciente,
Que más radiante se tornó el planeta.

Y si mudóse el astro en más riente,
¿Qué me pasára á mí, que por natura
Mudable en todo soy tan váriamente?

Como en pesquera sosegada y pura
Corren á lo que cae los bullidores
Peces, creyendo allí tener pastura,

Así ví yo venir mil resplandores
Hácia los dos; y cada cual clamaba:
Ved quién acrecerá nuestros amores [10].

Y en cuanto cada sombra á nos llegaba,
Se la vía llenarse de leticia,
En la fulgencia que de sí lanzaba.

Piensa, lector, si lo que aquí se inicia
No llegára á seguirse, cuánta fuera
De saber lo restante tu codicia;

Y juzgarás por tí de qué manera
Saber ansiaba yo de ellas la historia,
Desque á mi vista aparecer las viera.

—¡Oh bien nacido, áquien de eterna gloria
Los tronos se permiten ver por gracia,
Aún de la humana lid sin la victoria!

La luz nos ilumina que se espacia
Por todo el cielo: si pues luz deseas
Tomar de nós, á tu placer te sacia.—

Uno así de esas almas empiréas
Dijo; y á mí Beatriz: —Dí, dí sin miedo,
Y bien puedes creerlas como á Deas.—

—Que habitas en la propia luz ver puedo
Que expiden tus miradas brilladoras,
Y se acrece al reir tu rostro ledo.

Mas quién eres no sé, ni por qué moras,
Alma digna, en el grado de la esfera
Que otra vela [11] á la nuestra á todas horas.—

Estas palabras dije á la lumbrera
Que primero me habló; con que ella exulta
Aún más luciente de lo que ántes era.

Como el mirar al sol se dificulta
Por harta luz, cuando el calor se come
El templante vapor que dél resulta;

Por más leticia, así desparecióme
Dentro en su lumbre la figura santa;
Y así, toda velada, respondióme,
Del modo que el cantar siguiente canta.

CANTO VI.

El alma que se habia ya ofrecido á satisfacer los deseos de Dante, manifiesta que es el emperador Justiniano. Refiere la historia del águila romana para mostrar sus divinos derechos, y la supone injuriada por los Güelfos y por los Gibelinos. Dice que en el cielo de Mercurio están las almas de los que se consagraron á adquirir una fama inmortal, y cuenta la historia de aquel Romeo, primer ministro que fué del conde de Provenza, Raimundo Berengario.

—Despues que Constantino su alta insinia
Contra el curso del sol llevó, que anduvo
Antes detrás del que ganó á Lavinia [1],

Ciento y cien, y áun más años, se detuvo
De Europa en el confin de Dios el ave,
Cercana al monte en que su nido tuvo [2].

Y allí, á la sombra de sus plumas grave,
Al mundo gobernó de mano en mano,
Hasta que á mí la vez tambien me cabe.

César un tiempo fuí : soy Justiniano,
Que por querer del primo amor que siento,
Quité á las leyes lo sobrante y vano.

Y ántes que fuese á su reforma atento,
Creia hallarse en Cristo una natura
Sola [3]; y vivia con tal fé contento.

Mas el beato Agapito [4], que á la altura
Del gran pálio subió, la fé sincera
Me devolvió con su palabra pura.

Creíle; y lo que entónces me dijera,
Hoy claro veo, cual tú ves sin nube,
Entre opiniones dos la verdadera.

Desque ya de la Iglesia al paso anduve,
Plugo á Dios inspirarme voluntario
La gran obra [5] á que ya sólo me atuve.

Y mis armas guió mi Belisario [6],
Á quien tanto el favor del cielo agranda,
Que mostró mi reposo necesario [7].

Cumplida queda tu primer demanda:
Mas algo que con ella se eslabone,
El dado asunto proseguir me manda:

Para que veas la razon que abone
Á quien va contra el signo consagrado [8],
Bien cuando se lo apropia ó se le opone [9].

Mira cuántas hazañas le han colmado
De respeto y honor desde el momento
Que Palante murió por darle estado [10].

Y bien sabes que en Alba un triple ciento
Reposó, y aún más años [11], hasta el dia
Que tres con tres lidiaron por su asiento [12].

Y bajo siete Reyes [13] su porfía,
Desde el femíneo robo hasta Lucrecia,
¡Cuántos pueblos domó que en torno habia!

Sabes cuánto su gloria el mundo precia,
Llevado contra Pirro [14] y contra Breno,
Contra Egipto y Germania, y Galia y Grecia.

Por él Torcuato y Quinto [15], al que no ameno
Cabello nombre dió, brillan vivaces,
Y Decio y Fabio [16] el mundo tienen lleno.

Él aterró el orgullo de las haces
Que en pós de Aníbal rápidas pasaron
La alpestre cima, ¡oh Pó! de donde naces.

Á su sombra bien jóvenes triunfaron
Escipion y Pompeyo; y las colinas
Dó tú naciste, ante él mudas temblaron [17].

Despues, ya cabe el tiempo en que divinas
Voluntades al mundo hacen sereno [18],
Dánlo á César las órdenes latinas.

Y lo que él desde el Vár hizo hasta el Reno,
Lo vieron el Iser, el Era, el Sena,
Y los valles que al Ródano hacen lleno.

Lo que hizo luégo que dejó á Ravéna,
Y pasó el Rubicon, ya en noble estilo,
Ya en alto verso cual milagro suena.

Llevó al ibero de la espada al filo:
Corrió á Durazo; y en Farsalia herida
Hizo cuyo dolor llegó hasta el Nilo [19].

Los sitios volvió á ver donde la vida
Héctor perdió: vió Antandro y Simoënte,
Y triste á Tolomeo fué su ida [20].

Y de allí volvió á Juba rayo ardiente;
Y al oir los clarines pompeyanos
Que sonaban allá, volvió á Occidente.

Por lo que hizo ese signo en otras manos [21]
Bruto con Casio en los infiernos ladra:
Gimen el modenés, los perugianos [22],

Y la que huyó asustada con su escuadra
Llora tambien, y de desdicha ejemplo,
Con áspides el pecho se taladra [23].

Luégo cabe el mar Rojo le contemplo;
Y al mundo tanta paz despues promete,
Que sus puertas cerró de Jano el templo.

Mas toda ilustre hazaña que acomete,
Y ora cuento, y las que hace en lo futuro
En las tierras del mundo, que somete,

Todo aparecerá poco y escuro,
Si del tercero César [24] se la mira
En la diestra, con pio afecto y puro;

Que la vivaz justicia que me inspira,
Le concedió, por ese tremolado,
La gloria de vengar de Dios la ira.

Y aquí te admire más lo que te añado:
Con Tito va despues á hacer venganza
De la venganza del primer pecado [25].

Y cuando el diente longobardo alcanza
La Santa Iglesia herir, bajo su sombra
Vence en su pró la carlovingia lanza [26].

Ora puedes juzgar de los que nombra
Mi voz arriba, y de su accion malina,
Causa de vuestro mal, que al mundo asombra.

Éste las lises de oro [27] á la latina
Enseña opone; aquél se apropia de ella,
Y no sabes qué grey es más dañina.

¿Por qué bajo otro signo no descuella
El Gibelin? Mal sigue aquel del cielo
Quien dél aparta la justicia bella.

No con su Güelfa grey le abata al suelo
Este otro Carlo [28]: hay garra, bien lo sabes,
Que á más bravo leon le arranque el pelo.

¡Cuántas veces los hijos culpas graves
Lloraron de su padre; y no se crea
Que cambie Dios los lirios por sus llaves!

En este breve globo [29] se recrea
Todo espíritu bueno que en el mundo
Por honra y fama con ardor pelea.

Y el que de sobra puso amor profundo
En aquel fin, de amor que más halaga
Despide rayo aquí ménos jocundo.

Mas en medir el mérito y la paga
En parte está y en ver nuestra leticia,
Que ni ménos ni más se satisfaga;

Con lo que endulza la eternal justicia
Tanto el afecto en nós, que ya emociones
No nos agitan nunca de nequicia.

Cual forman voces várias dulces sones,
Así en sus grados nuestra beata gente
Llena de melodía estas mansiones.

Dentro de la en que estás, perla fulgente,
Luce su luz Romeo, de quien bella
Fué, mas no agradecida, la obra ingente [30].

Si bien no el provenzal que le atropella
Riendo de ello está; que no há fortuna
Quien del bien hecho á otro se querella.

Cuatro hijas tuvo (y Reina es cada una)
Raimundo Berenguer, y débelo eso
Á Romeo, extranjero, hombre sin cuna.

Despues movióle un vil consejo avieso
A demandarle cuentas á ese justo,
Que por diez, siete y cinco echó en el peso.

Y luégo pobre se ausentó y vetusto;
Y si supiera el mundo el alma que era
Ese mendigo de miseria onusto,
Si hoy le alaba, á los cielos le subiera.—

CANTO VII.

Por algunas palabras de Justiniano nacen nuevas dudas en el ánimo del Poeta de cómo fué justa la crucifixion del Señor, y justo tambien el castigo que impuso Dios por ella á los judíos crucificadores; y de por qué escogió ese modo extraordinario de redencion de la especie humana. Beatriz le convence de la justicia de una y otra cosa, y le demuestra al mismo tiempo la razon de la inmortalidad del alma humana y de la resurreccion final.

—*Hosanna sanctus Deus Sabaoth*
Superillustrans claritate tua,
Felices ignes horum malahot.—

En dulce canto así la voz gradúa,
Volviéndose á su coro esa sustancia
Que en doble luz su gloria perpetúa [1].

Y ella y las otras vuelven á su andancia,
Y más veloces que de chispa el hilo,
Las apagó á mis ojos la distancia.

Yo dudaba y decia entre mí: — Dílo,
Dílo, anda, dílo á aquella que bendita
Mi sed apaga con su dulce estilo. —

Mas el hondo respeto que me agita
Todo al oir sonar el *Bé* y el *ice* [2],
Me hizo encorvar cual hombre que dormita.

Poco tiempo me tuvo así Beatrice;
Y empezó destellándome tal riso,
Que entre llamas hiciérame felice :

—Segun me anuncia mi infalible aviso,
Cómo justa venganza justamente
Fué castigada, tiénete indeciso.

Mas yo te alumbraré presto la mente;
Y escucha tú, que mi palabra mole
Va á hacerte de doctrina alto presente.

Porque refreno á su querer no dióle
Para su bien, el hombre no nacido [3],
Dañándose, dañó toda su prole.

Así por largos años sumergido
En el error el hombre ha vegetado,
Hasta que el Verbo Dios fué descendido;

Y al acto sólo de su amor sagrado,
La natura divina unió á la humana,
Que de su autor se habia ya alejado [4].

Ora pon mente en lo que el lábio explana.
Esa natura, á su hacedor unida,
Era, cual fué criada, pura y sana.

Mas fué luégo con llanto despedida
Del Paraiso, porque erró la senda,
Por culpa suya, de verdad y vida.

Por tanto, de la Cruz la viva ofrenda,
Si por lo que era humano se mesura,
Fué de justo castigo justa prenda.

Mas fué asimismo la impiedad más dura,
Mirando qué persona bajo el velo
Allí se ofrece de mortal natura.

Así en un hecho dos contempla el suelo;
Que al judío y á Dios tal muerte agrada:
Tembló por ella el mundo, y se abrió el cielo.

No te debe ya, pues, asombrar nada
Que se diga, que fué venganza justa
Por justo tribunal despues vengada.

Mas ora veo que tu mente ajusta
Nudo estrecho, y mil dudas acarrea,
Que ansías borre la verdad augusta.

Tú dices: *lo que oí cabe en mi idea:*
Mas por qué quiso Dios aún me es oculto
De ese modo salvar la estirpe rea.

Este decreto, hermano, está sepulto
Á todo aquel que de razon el signo
En el fuego de amor no tenga adulto.

Y como en este punto que consigno
Mucho se mire, y poco se discierna,
Diré por qué ese modo fué el más digno.

La divina bondad que de sí externa
Toda envidia, en sí ardiendo, tal centila,
Que esparce viva la belleza eterna.

Lo que inmediatamente ella destila
Luégo no há fin, porque mantiene quieto
Cuando sella, el grabado que perfila.

Lo que es de ella inmediatamente efeto
Libre es del todo, porque nunca yace
De cosas nuevas á la accion sujeto.

Lo que más se le iguala, más le place:
Que el santo ardor que enciéndese do quiera,
En lo que más le imita, es más vivace.

De todos esos dones altanera
Va la criatura humana, y desmerece,
Si alguno pierde, su nobleza entera.

El pecado es no más quien la envilece,
Y la hace desemeje al Sér bendito,
Cuando poco en su lumbre se esclarece.

Ni ya recobra su esplendor marchito,
Si contra el mal placer pena ajustada
No colma el hueco que dejó el delito.

Cuando en su autor la prole desdichada
Toda pecó, de aquellos altos dones
Fué, cual del Paraiso, despojada,

Sin poder rescatarlos, si dispones
La mente á discernir con sutileza,
Sino por una al fin de estas razones:

Ó que Dios nada más por su largueza
Perdonára, ó que el hombre por sí mismo
Diera satisfaccion de su flaqueza.

Ora atento á escuchar mi silogismo,
Cuanto puedas sumerge la mirada
De la ciencia eternal en el abismo.

El hombre en su natura limitada,
Á pagar no bastaba, no pudiendo
Bajar, en su obediencia más postrada,

Cuanto quiso subir no obedeciendo;
Y ve aquí la razon por qué insolvente
Quedó al rescate de su error tremendo.

Y por sus propias vías [5] conveniente
Fué á Dios tornarle á su completa vida,
De una usando, ó de entrambas juntamente.

Mas por cuanto la obra es más subida,
Cuanto más la bondad del alma exprime
Del autor de quien ella fué nacida,

La bondad santa que en el mundo imprime,
Con divo gozo de su gracia entera,
Por cuantas son las vías os redime.

Y entre la última noche y luz primera [6],
Nunca por un camino ú otro ha sido
Ni será accion tan grande y valedera;

Que largueza mayor Dios ha tenido,
Por la salud del hombre Él mismo en darse,
Que en haberle de lo alto redimido.

Ni otro medio bastaba á equilibrarse
Con lo justo, si el Hijo del Eterno
No humillado se hubiera hasta encarnarse.

Ora á robustecer tu juicio tierno
Razones dichas ya de nuevo toco,
Porque disciernas tú cual yo discierno.

Veo, dices, el aire, el ígneo foco,
La tierra, el agua y todas sus mixturas
Caer en corrupcion, y durar poco;

Y estas cosas de Dios fueron hechuras;
Con que si lo que he dicho es verdadero,
Debieran de tal daño estar seguras.

Los ángeles ¡oh hermano! y el ligero
Reino en que estás, llamarse bien creados
Pueden, en cuanto sér gozan entero:

Mas esos elementos ya nombrados,
Y las cosas tambien que de ellos vienen ,
De creada virtud son *informados* [7].

Creada la materia que contienen
Fué, cual la *informadora* [8] ley de tantas
Estrellas como en torno de sí tienen.

El alma de los brutos y las plantas
Sustancia elemental saca y procrea
Del curso y luz de las lumbreras santas.

Mas por sí misma nuestra vida crea
La bondad suma, y de ella la enamora
Tal, que luégo por siempre la desea.

Ya puedes la razon sacar ahora
De la resurreccion vuestra ordenada [9],
Pensando cuál la carne pecadora
En los primeros padres fué formada.—

CANTO VIII.

Sube el Poeta á la estrella Vénus, que embellece el cielo tercero, y ve la gloria de los que consiguieron dominar la pasion del amor á que fueron inclinados. Se le manifiesta Cárlos Martel, que, pintándole la índole perversa de su hermano Roberto, se extiende, á peticion de DANTE, en consideraciones sobre las causas que ocasionan el degenerar tan á menudo los hijos de las virtudes de los padres, y sobre lo próvida que es la naturaleza en el órden de todos sus actos, y cuán necios los hombres que no siguen sus indicaciones.

Pensaba el mundo en su fallir primero [1],
Que el loco amor de Vénus descendia,
Que en el cielo de luz gira tercero;

Por lo que, no tan sólo ofrenda pía
Á sus aras y cánticos dispone
La antigua gente que en error vivia,

Mas aún honra á Cupido y á Dione [2]:
Ésta por madre suya, aquél por hijo;
Y en las faldas á Dido se le pone [3].

Y de esa que ya arriba el verso dijo,
El nombre daban á la dulce estrella
Que ante ó detrás del sol es astro fijo [4].

No me dí yo razon que entraba en ella :
Mas de estar dentro me la dió sin falta
Mi diva, á quien tornarse ví más bella.

Y como chispa en llama ves que salta,
Y como en concertado son disciernas
La voz que es fija entre la baja y alta;

Ví en esa luz girar otras lucernas,
Con más ó ménos ráudos movimientos,
Segun que sus visiones son eternas.

No bajaron de nube fria vientos,
Ó visibles ó no [5], tan presurosos,
Que no le parecieran harto lentos

Al que viera los entes luminosos
Á nosotros venir, dejando el giro [6]
Que en serafines comenzó gloriosos;

Y entre los que llegar delante miro,
Un *Hosanna* sonó tan dulcemente,
Que de entonce á escucharle siempre aspiro.

Y uno despues más cerca vino enfrente,
Y empezó sólo: —Á complacerte asiste
Toda, y á darte gozo, nuestra gente :

Con los celestes príncipes existe
Aquí en un cerco; y con el mismo anhelo [7],
Somos de los que abajo ya dijiste:

Los que moreis, sabiendo, el tercer cielo [8];
Y es tanto nuestro amor por complacerte,
Que no será el pararnos desconsuelo.—

Luégo que á mi señora en blanda suerte
Reverentes mis ojos consultaron,
Y ella de estar contenta les advierte,

Á la luz promisora se tornaron
Que ántes habló, y *¿quién eres?* la voz mia
Dijo, en ecos que afables resonaron.

¡Oh cuánto, á estas palabras, ví que ardia
En más fulgor, cuando el placer unido
Fué de lo que yo dije á su alegría!

Y así brillando habló:—Poco he vivido
Allá en el mundo: aunque menor trastorno,
Si más viviera, hubiérale afligido [9].

Mi alegría, que luce de mí en torno,
Á tí me esconde y vela, cual gusano
De su seda enfajado en el contorno.

Asaz me amaste [10]; y con motivo, hermano;
Que si viviera más, vieras cuál daba
Mi amor á tí más que hojarasco vano.

Aquella izquierda orilla que el Rhin lava,
Despues que blando el Sorga en él se pierde [11],
Por su señor futuro me aguardaba,

Y aquel cuerno de Ausonia que el pié muerde
De Gaëta, y dó están Bari y Crotona,
Y dó al mar desembocan Tronto y Verde.

Ya en mi frente brillaba la corona
Del suelo que Danubio fertiliza [13],
Despues que á los Tudescos abandona;

Y la bella Tinacria, que enceniza [14]
Á Paquino y Pelóro, sobre el golfo
Donde el Euro más crudo se encarniza,

Tiféo [15] no, si no el bullir del golfo,
Tambien sus Reyes recibido hubiera
Natos, por mí, de Cárlos y Rodolfo [16],

Si mala señoría que exaspera
Siempre al opreso pueblo, no moviese
Á gritar en Palermo: *¡Muera, muera* [17]!

Que si aquello mi hermano preveyese,
Favor no diera á catalana gente
Avara y pobre que en su daño fuese.

Que en verdad atender es conveniente,
Que, ya por sí ó por otros, á la barca
Ya cargada, más carga no se aumente

De tronco generoso prole parca [18],
Érale necesario una milicia
No apegada al furor de henchir el arca.—

Yo exclamé: — Más se aumenta mi leticia
De oirte, señor mio, porque creo
Que en donde todo bien muere y se inicia,

Es dó nacer la ves cual yo la veo;
Y hasta el valor de tu decir se alarga,
Porque de Dios lo bebe tu deseo.

Cual me diste placer, ora descarga
De esta duda que alzaste en mí, la mente:
¿Cómo dá dulce planta fruta amarga? —

Y él respondióme: — Si verdad patente
Llego á mostrarte, el caso que propones,
Cual ora de través, verás de frente.

El bien [19] que alegra y mueve estas mansiones
En que vuelas feliz, de providencia
Les da las veces, la virtud, los dones.

Y no sólo la suma inteligencia
Completa en sí previó toda natura,
Mas las leyes tambien de su existencia.

Pues lo que lanza cuerda tan segura,
Va á dar dó fijan órdenes pristinas,
Cual flecha va á su punto en derechura.

Si así no fuese, el cielo en que caminas
Causára de tal suerte sus efectos,
Que no serían arte, sino ruinas.

Y eso ser no podria, sus defectos
No teniendo los que estos astros mueven,
Y el primo Sér que los formó imperfectos.

¿Mis razones más luz quieres que lleven?—
—No (dije), que imposible es que natura
Falte en las cosas que cumplirse deben.—

Y él:—Dí, ¿no fuera condicion más dura
Vivir el hombre en insociable estado?—
—Sí (dije), y eso mi razon no apura.—

—¿Y viviera civil no dedicado
Á diversos oficios váriamente?
No, si bien el maestro os ha enseñado.—

Y hasta aquí en deducciones de su mente
Vino; y luégo acabó:—Con que diversa
Raíz conviene á efecto diferente.

Que uno nace Solon, ó Jerjes persa [20],
Y otro Melquisedec, y otro el que pasa
Volando el agua, al hijo tan adversa.

La sideral natura que en la masa
Mortal sella, responde bien á su arte:
Mas no elige entre aquella ni esta casa.

Por eso ocurre que Esaú se aparte
Del genio de Jacob, y que á Quirino,
De padre vil, se diga hijo de Marte.

La engendrada natura en el camino
Siguiera igual del genitor primero,
Si no mediára proceder divino.

Ya al frente ves lo que ántes postrimero :
Mas como en muestra de aficion segura,
De un corolario abroquelarte quiero.

Siempre, si á la fortuna la natura
Halla adversa, cual toda otra simiente,
Fuera del clima propio, no madura.

Y si el mundo pusiera allá la mente
En la virtud, á que natura inclina,
Con secundarla, hubiera insigne gente.

Mas vosotros en celda hundís mezquina
Al que nació para esgrimir la espada,
Y haceis Monarca al que al sermon se inclina,
Y vuestra marcha así va descarriada. —

CANTO IX.

Desaparece Cárlos Martel. DANTE encuentra en este planeta á Cunicia, hermana de Ezelino de Romano, que le predice las calamidades que va á sufrir la Marca de Treviso. El Poeta se entretiene despues hablando con Fulqueto de Marsella.

Mis dudas aclaró, bella Clemencia [1],
Tu Cárlos, y narróme las falsías
De que blanco iba á ser su descendencia.

Mas dijo:—Calla y deja andar los dias.—
Con que sólo diré: que á justo llanto
Vuestras desgracias moverán impías.

Ya de aquella lumbrera el móvil santo
Vuelto se habia al sol, y dél colmada
Fué cual de Bien que para todo es tanto [2].

¡Ay, ánimas sin fé, turba engañada,
Que apartais de ese Bien vuestros amores,
Y en lo vano fijais vuestra mirada!

Mas ve aquí que otro de esos resplandores
Á mí vino, su anhelo por servirme
Mostrando en sus relumbres exteriores.

La vista de Beatriz, que estaba firme
Cual ántes sobre mí, su caro asenso
Á mi deseo pareció decirme.

—¡Ay! concede á mi afan pronto compenso,
Beato espíritu (dije), y dame prueba
De que en tí se refleja lo que pienso.—

Con esto, aquella luz que aún me era nueva,
Desde el fondo en que dulce ántes cantaba
Siguió, como el que un bien á alguno lleva:

—De la itálica extensa tierra prava,
En la parte que yace entre Rialto,
Y del Brenta las fuentes y del Plava,

Un collado se eleva, y no muy alto,
De donde bajó un dia una centella [3]
Que á la comarca dió tremendo asalto.

De la misma raíz somos yo y ella [4]:
Allá Cunicia fuí, y aquí refulgo,
Porque el fuego vencióme de esta estrella.

Mas ledamente en mi interior espulgo
La causa de mi suerte, y no me agita
Que mucho le parezca á vuestro vulgo [5].

Ésta más cerca á mí, joya bendita [6]
De mi cielo, dejó gran nombramiento;
Y ántes que su virtud muera inaudita,

Lucirá este año cinco veces ciento.
Ve si hacerse el mortal debe eminente
Porque á la humana vida otra dé aumento [7].

No piensa así la multitud presente
Que el Tallamento, el Ádige [8] rodea;
Que ni por ser fustada se arrepiente:

Mas pronto el Páduo en la marina fea,
Roja hará el agua que Vicencia afronta,
Por ser dura al deber su gente rea [9];

Y dó el Cañan con Silo se remonta,
Uno hoy rige, y la frente alza muy alta,
Á quien red que le agarre ya se apronta [10].

Y llorará tambien la horrenda falta
Fieltro de su pastor, tan ímpia y fiera,
Que no por otra igual entróse en Malta [11].

¡Ancho el tonel sería en que cupiera
La sangre ferrarense, y bien cansado
Pesarla onza por onza, y largo fuera,

Que verterá ese padre bien criado
Por ser grato á su bando!; y tales dones
Allí son el vivir comun y usado.

En lo alto espejos hay, que tus varones
Llaman Tronos [12], dó ve Dios justiciero:
No pongais, pues, en duda mis razones.—

Esto dijo, y no más; y pensar quiero
Que accionó como que á otros se volvia,
Y al coro entró dó hallábase primero.

Y la otra que ántes ví luz de alegría,
Cual precioso rubí que al sol pusiste,
Radió en fulgores á la vista mia [13].

Como de risa aquí, de luz se viste
El alegrarse allí: más allá abajo
Crece el negror segun la mente es triste [14].

—Dios lo ve todo, dije; y pues ya atrajo,
Divo espirtu, á internar en él, tu celo,
Su voluntad aciertas sin trabajo.

Así tus ecos, de que goza el cielo
Entre el cantar de aquellos fuegos píos
Que se hacen de seis alas manto y velo [15],

¿Por qué á mi ruego muéstranse tardíos?
Tus afectos moviera mi demanda,
Si por mí fueran, cual por tí los mios.—

—La planicie que el agua más agranda [16]
(Entónces empezó) sin el que riega
Extenso mar la tierra y la enguirlanda,

Entre discordes pueblos se despliega
Tanto á espaldas del sol, que meridiano
De lo que era horizonte á formar llega [17].

De ese gran valle yo fuí litorano,
Entre Ebro y Magra, que en su corta vía
Al Genovés separa del Toscano [18].

Al mismo ocaso y orto está Bugía [19]
Casi que la ciudad en que he nacido,
Cuya sangre entibió su puerto un dia [20].

Los de quien fué mi nombre conocido
Me apellidaron Fulco, y de este cielo
Que hoy se imprime de mí, fuí yo imprimido.

Que no ardió más de amor la hija de Belo
En mengua de Siquéo y de Creüsa,
Que yo miéntras sin canas tuve el pelo [21].

Ni más sintió la rodopéa ilusa
Que burló á Demofonte, ni el de Alcmena,
Á quien de hilar por Yóle se le acusa;

Y no aquí el alma se arrepiente y pena:
Mas goza, y no en la culpa ya olvidada,
Sino en quien todo lo prevé y ordena.

Aquí se admira el arte con que ornada
Obra tan grande está, y el bien que viene [22]
De que influya en la baja esta morada.

Mas porque el ánsia del saber se llene
Que llegaste á acopiar en esta esfera,
Más allá proseguir aún me conviene.

Saber quieres quién mora esa lumbrera
Que, cual linfa del sol al vivo encuentro,
Con tanto resplandor brilla á mi vera.

Sabe que en paz tranquila yace dentro
Raab [23], que, á nuestro coro aquí conjunta,
El más alto lugar tiene en su centro.

Á este globo, en que da la extrema punta
De la sombra del vuestro [24], ántes que otra alma
Fué, cuando el triunfo de Jesus, asunta.

Que era bien la dejára como palma
En algun cielo, de la gran victoria
Con que al mundo, en la cruz, volvió la calma.

Porque ella de Josué la primer gloria
Favoreció sobre la tierra santa
Que no vive del Papa en la memoria.

La ciudad tuya, aborto de la planta
Del primero que á Dios movió á rigores [25],
Y cuya envidia dió cosecha tanta,

Hace y derrama las malditas [26] flores
Que á las ovejas á extraviarse incitan,
Porque en lobos han vuelto á los pastores.

Por ella en Santos Padres no meditan,
Ni Evangelios, y sólo en Decretales [27],
Cual sus bordes sobados acreditan.

En eso piensan Papa y Cardenales:
No en Nazaret, donde anunció el misterio
De María Gabriel á los umbrales.

Mas bien pronto será que el adulterio
Infame al Vaticano ya no infeste,
Ni á los sitios sagrados, cementerio
De la que fué de Pedro insigne hueste [28] —

CANTO X.

Descríbese el órden con que Dios creó el universo. El Poeta y Beatriz suben al cuarto círculo, que es el del sol, y en él encuentran las almas de los Doctores de la Ciencia divina. Doce espíritus más brillantes que el planeta vienen á formar en torno de él una corona; y uno de ellos, que se manifiesta ser Santo Tomás de Aquino, descubre el nombre de los otros once.

Al hijo contemplando, con la esencia
De ese amor que á uno y otro eterno inspira
La primera inefable providencia,

Creó con tan gran arte cuanto gira
En torno de la vista ó de la mente,
Que nadie, sin gozarse en él, lo mira.

Conmigo, pues, lector, alza la frente
Recto á las altas ruedas, y á la parte
Donde entra un giro en otro divergente.

Y allí te halaga en admirar el arte
De aquel artista que en su adentro le ama
Tanto que dél la vista no departe.

Y mira desde allí cuál se derrama
El cerco oblícuo que planetas guía [1],
Á dar servicio al mundo que los llama.

Que si no fuese así curva su vía,
Mucho influjo del cielo fuera en vano,
Y casi todo abajo moriria [2];

Y si fuera su curso ó más lejano,
Ó más junto á su recta, sentimiento
Hicieran alto y bajo órden mundano.

Y aquí sigue, lector, desde tu asiento
Lo que prelibo, y tu memoria evoca,
Si ántes quieres que canso, estar contento.

Te puse ya el manjar: dálo á la boca;
Que entera mi atencion sólo se cura
Del árduo asunto que historiar me toca.

El ministro mayor de la natura,
Que en el mundo el celeste influjo aviva,
Y el tiempo con su luz fija y mensura,

Conjunto al cerco que se dijo arriba [3],
Por las espiras dó más pronto tiene
Cada vez su salida, fácil iba.

Y en él me hallaba yo, sin que me llene
De mi ascenso el recuerdo, más que pide
Á un primer pensamiento el que en pós viene.

Y esa Beatriz, que mi subir preside
Desde bueno á méjor, tan raudamente
Que su rápida accion tiempo no mide,

¡Cuánto aquí debió estar de sí luciente!
Lo que el sol en que entré ya me revela,
Y la luz, no el color, me hace patente,

Por arte á que acudiera, ingenio, escuela,
Á hacerlo comprender jamás llegára:
Pero crélo, lector, y el verlo anhela.

Y á fé no es mucho que á altitud tan rara
Se humille toda humana fantasía,
Que ¿quién vió luz que á la del sol ganára?

Tambien del alto padre allí lucia
La cuarta grey [4] saciada eternamente
Con verle cómo inspira y cómo cria [5].

Y Beatriz empezó: — Gracias ferviente
Da al sol de los Querubes, que te ha puesto
Sensible en éste, por favor clemente. —

Nunca pecho mortal fué tan dispuesto
Á alzarse á Dios, de devocion movido,
Ni tanta gratitud sintió tan presto,

Cual hube á esas palabras yo sentido;
Y así mi amor en él puse tan firme,
Que se eclipsó Beatriz en el olvido.

Y no la desplació ; que á sonreirme
Tan viva fué, que las unidas mientes
Logró á diversas cosas dividirme.

Yo más que el sol lumbreras ví esplendentes
Formar centro de nós, de ellas corona;
Y cantar, aún más dulces que fulgentes.

Así ceñirse á la hija de Latona
Vemos cuando es el aire tan preñado,
Que dibuja en vapor de Íris la zona.

En la córte eternal de que he tornado
Hay tan preciadas joyas, y tan bellas,
Que sacarlas del reino está vedado ;

Y el canto de esos soles es de aquellas:
Quien para allá volver no se arme de alas,
De un mudo aguarde la noticia de ellas.—

Cuando cantando así del sol las galas,
Tres veces en redor de nós corrieron,
Cual planetas girando en sus escalas,

Damas que en baile están me parecieron
Los compases atentas esperando
Que para entrar de nuevo aún no les dieron;

Y de uno en lo interior escuché:—Cuando
El rayo de la gracia dó se enciende
Amor veraz que luégo crece amando ,

Multiplicado en tí tan vivo esplende
Que te conduce arriba de la loma
Dó siempre vuelve el que de allí desciende [7];

Quien negára á tu sed de su redoma
El vino, ménos libre se creeria
Que el agua que camino al mar no toma.

Saber quieres qué planta es la que cria
Cada flor que guirnalda en torno teje
Á la bella mujer que á Dios te guía:

Yo fuí cordero de la santa greje
Que conduce Domingo, por camino
Dó engorda bien quien vanidades deje:

El que se halla á mi diestra más vecino,
Fué hermano mio y mi maestro: Alberto
Es de Colonia [8], y yo Tomás de Aquino;

Y si estar quieres de los otros cierto,
Segun hablando voy, con la mirada
Sigue el bendito anillo arriba abierto.

Aquel otro fulgor lo esparce el riso
De Graciano [9], que en uno y otro foro
Sublime fué, ganando el Paraïso.

El que adorna en seguida nuestro coro,
El Pedro fué que, cual la viuda, invierte
Breve en la Santa Iglesia su tesoro [10].

La quinta luz, que es entre nós más fuerte,
Sale de tanto amor, que todo el mundo
Ansioso está de conocer su suerte [11].

Dentro la mente está que tan profundo
Saber gozó, que si lo cierto es cierto,
Que penetre cual él *no habrá segundo.*

La que está al lado, que es la luz te advierto
Del que, en vida, en angélica natura
Más y su ministerio ha descubierto [12].

Rie en la otra pequeña lumbre pura
De los cristianos tiempos el atleta [13]
De quien sirvió á Agustino la lectura.

Ora, si á mis elogios va sujeta
Tu atencion de una en otra lumbre hermosa,
De conocer la octava el ánsia aquieta.

Por ver al Sumo Bien dentro es dichosa
El alma que del mundo lo falace
Muestra al que sigue su leccion piadosa [14].

El cuerpo de que fué lanzada, yace
Abajo en Cielodáuro: ella ha subido
Del destierro y martirio á tanta pace.

Mira allá arder el hálito encendido
De Isidoro; y á Beda, y á Ricardo [15],
Que en su considerar más que hombre ha sido.

Ese, del cual tu preguntar no aguardo,
Del mundo al meditar las vanidades,
Fué espirtu que el morirse halló muy tardo.

De Sigerio esas son las claridades [16],
Que en la calle de Fajos enseñando,
Con propio mal silogismó verdades.—

Luégo, como reló que está llamando
En hora que de Dios sale la esposa
A dar la matinada al que está amando,

Que una parte á la otra da y acosa,
Tin tin sonando, en son tan deleitable,
Que el bien dispuesto pecho amor rebosa,

Así yo ví la rueda venerable
Moverse, y voz á voz con melodía
Responder, que escucharla solo es dable
Donde se goza eterna la alegría.

CANTO XI

Santo Tomás cuenta á Dante la vida de San Francisco de Asís, despues de desvanecerle algunas dudas que suscitó en su ánimo el anterior razonamiento, y de ensalzarle tambien á Santo Domingo, al cual y á San Francisco considera como las dos columnas que dió el Señor á su Iglesia periculante.

¡Oh insensato afanar de los mortales,
Cuánto débiles son los silogismos
Que hacen batir tus alas terrenales!

Á uno tira el derecho: otro aforismos
Repasa, y éste sigue el sacerdocio;
É impera aquél con fuerza ó embolismos.

Y qüién al robo, ó á civil negocio,
Quién, del deleite de la carne asido,
Se entrega á la fatiga, ó se da al ócio.

Yo en tanto de todo eso desprendido,
Con Beatriz me gozaba placentero
En el cielo que blando me ha acogido.

Cuando ya cada cual volvió al primero
Punto del cerco en que ántes residia,
Se acomodó cual vela en candelero.

Y oí que dentro de su luz decia
El sol que ántes me habló, miéntras riendo,
Aún más resplandeciente se volvia [1]:

—Así cual yo de su esplendor me enciendo,
Así lo que tú piensas, en la eterna
Luz contemplando, su ocasion comprendo.

Tú dudas, y pretendes que yo cierna
Mis palabras, y en claro idioma fije,
Porque tu humano alcance lo discierna,

Aquel *dó engorda bien* que arriba dije,
Y aquella otra expresion: *no habrá segundo* [2];
Y esò á explicar mi acento se dirige.

La providencia que gobierna el mundo
Con juicio tal, que humana vista pasa
Vencida, ántes que toque á lo profundo;

Porque siempre á su amante caminára
La esposa del que en grito de agonía
Con su sangre de amor la desposára:

Porque aún más se acreciera su fé pía,
De dos caudillos [3] la dotó clemente,
Que fueran por do quier su escolta y guía.

De seráfico ardor fué el uno ardiente:
El otro fué en el mundo, por su ciencia,
De querúbica luz faro esplendente.

De uno diré, pues de ambos la excelencia
En la alabanza de uno se comprende,
Que un fin mismo en sus obras se evidencia.

Entre el Tupin y el agua que desciende
Del sitio electo por el beato Ubaldo [4],
Fértil cuesta del alto monte pende

Que, por puerta del sol, frio y rescaldo
Manda á Perusa, á cuya espalda vive,
En triste yugo, el de Nocera y Gualdo.

Allí, donde más suave es el declive,
Al mundo vino un sol, cual éste ardiente
Sobre el Ganges á veces se percibe [5].

Quien decir de ese pueblo el nombre intente,
No diga sólo Asís, que dice corto;
Si quiere bien nombrarle, diga *Oriente*.

Brillaba apenas de su infancia el orto,
Y á sentir empezaba ya la tierra
En sus grandes virtudes un conforto

Que jovencillo aún dió al padre guerra
Por mujer á la cual, como á la muerte,
Siempre la puerta del placer se cierra [6].

Et coram patre á ella fué de suerte
Y ante su córte espiritual [7] unido,
Que su amor cada vez se hizo más fuerte.

Ella privada del primer marido [8],
Hasta hallar éste, desdeñada, oscura,
Mil cien años y más triste ha vivido.

Y en vano fué que la encontró segura
Con Amílcar [9] la voz que poderosa
Llenó la tierra toda de pavura:

Ni la valió ser firme y valerosa,
Tal que al pié de la Cruz que asió María,
Llegó con Cristo y se elevó gloriosa.

Mas rompa ya la oscura alegoría;
Y revele que son esos amantes
La pobreza y Francisco, la voz mia.

Su concordia, sus plácidos semblantes,
De santos pensamientos puro dardo
Eran, y sus miradas inspirantes.

Por eso el pié se descalzó Bernardo [10]
El primero, y tras paz tan venturosa
Corrió, y corriendo, aún se juzgó muy tardo.

¡Oh ignorada riqueza! ¡oh perla hermosa!
Egidio se descalza, en pós Silvestro,
Y al esposo se van [11]. ¡Tal es la esposa!

Y caminan tal padre y tal maestro
Con la mujer [12], y con la grey sencilla,
Ya ceñida del mísero cabestro.

Ni sonrojo ó temor su frente humilla
Porque de Pedro Bernardon es hijo [13],
Ni por mostrarse feo á maravilla [14].

Mas su designio trabajoso dijo
Régiamente á Inocencio, y de su celo
Primer sello á su regla tuvo fijo [15].

Cuando la pobrecilla gente el suelo
Pobló tras su virtud (tan infinita
Que cantarla mejor fuera en el cielo),

Con segunda corona fué bendita
Por Honorio [16], que el divo amparo ha visto,
La voluntad del Santo Archimandrita.

Y cuando, del martirio para aquisto [17],
Á la presencia del Soldan superba
Predicó de los Santos y de Cristo;

Porque la conversion de sobra acerba
Halló la gente, por no verse ocioso,
Tornó al regar de la italiana yerba [18].

Entre Arno y Tibre, en sitio peñascoso [19],
Jesus el sello le imprimió divino,
Que dos años su cuerpo ornó glorioso.

Y cuando el que á tan próspero destino
Le trajo, quiso alzarle á los postreros
Premios que por humilde á ganar vino,

Á sus hermanos, justos herederos
De la tan cara esposa, dió la cura,
Y amarla les mandó siempre sinceros.

Y del seno de aquella, el alma pura
Quiso lanzarse á la region natía,
Y al cuerpo se la dió por sepultura [20].

Ora piensa en cuál fué quien merecia
Ser su colega en mantener la barca
De Pedro, en alta mar, por recta vía.

Y ese fué tras de aquel nuestro Patriarca [21];
Porque el que asista bien á donde él llame,
No mala carga en su bodega embarca.

Mas ya por pasto fresco se relame
Sólo su grey, y en honda y vária umbría
Mucho será que al fin no se derrame.

Y cuanto más lejano se desvía,
Disperso y vagabundo su rebaño,
Vuelve al redil con ubre más vacía.

Cierto, hay ovejas que temiendo el daño
Se estrechan al pastor: mas son tan pocas,
Que las puedes vestir con poco paño.

Ora si el fondo del discurso tocas;
Si á mis ecos pusiste atento oido;
Si en tu memoria lo que dije evocas,

En parte tu querer será cumplido;
Pues verás de cuál árbol saco esqueje,
Y el que gasta correa habrá entendido
Dó engorda bien quien vanidades deje [22].—

CANTO XII.

Así que el Santo Doctor acaba de pronunciar la última palabra, otra corona de espíritus circunda á la primera. San Buenaventura, que era uno de ellos, se dirige á DANTE, y en agradecimiento al elogio hecho de su Patriarca San Francisco, hace él otro de Santo Domingo; y explica luégo quiénes son los demás que gozan bienaventuranza en aquel planeta.

En el instante que en silencio queda
Tras la postrer palabra el Doctor Santo,
Vueltas comienza á dar la beata rueda.

Y así que la primera corrió un tanto,
De otro círculo nuevo fué cercada
Que adunó giro á giro y canto á canto.

La voz de aquellos tubos delicada
Á la de Musa vence y de Sirena,
Cuanto á la luz motriz la reflejada.

Cual dos arcos que blanda nube amena,
De igual color y paralelos junta,
Cuando algo Juno á su sirvienta ordena [1],



Del de adentro naciendo el que alto apunta
Como la voz de la que fué extinguida
Cual es la niebla por el sol consunta,

Siendo nuncio al mortal de la ofrecida
Á Noé por su Dios palabra tierna
De no ser más la tierra sumergida [2],

La doble así guirnalda sempiterna
Giraba en torno de las santas rosas,
Correspondiendo á la interior la externa.

Cuando el canto de fiesta y las gaudiosas
Danzas, y el mútuamente iluminarse,
Unas luces con otras venturosas

Suspendieron, queriendo á una pasarse,
Cual dos ojos que en pós de un querer solo
Los ves al par abrirse, al par cerrarse,

De una luz nueva en medio al alveólo
Salió una voz, que en dirigirme á ella,
Me hizo aguja imitar que vuelve al polo.

Y comenzó: — El amor que en mí destella,
Del otro jefe á discurrir me induce
Por quien mencion del mio se hace bella [3].

De uno el recuerdo al otro te conduce;
Y pues la misma hicieron lid preclara,
Junta así de los dos la gloria luce.

La falange de Cristo, que tan cara
Fué de rehacer, detrás de su bandera
Marchaba lenta, recelosa y clara [4];

Cuando el Emperador que siempre impera
Á la grey proveyó menesterosa,
Por gracia y no merced que mereciera.

Y cual se ha dicho, socorrió á su esposa
Con dos campeones, cuyo ejemplo admira
Y atrae á sí la gente vagarosa.

En la region de donde dulce aspira [5]
Céfiro á nós, abriendo la hoja nueva
De que la Europa revestir se mira:

No léjos de dó el mar los tumbos prueba
Tras los cuales el sol que estivo brilla
Su hoguera á sepultar en hornos lleva [6],

Caleruega se asienta, feliz villa,
Bajo la proteccion del grande escudo
Donde monta un leon y otro se humilla [7].

Nació allí dentro el que en amante nudo
Se unió á la fé cristiana, santo atleta,
Blando á su gente, á la enemiga rudo.

Y en cuanto fué animado, tan completa
Vivaz virtud sus órganos mostraron,
Que en el vientre á su madre hizo profeta [8].

Cuando los esponsales consumaron
Él y la Fé, cabe la sacra fuente
Donde de mútua gracia se dotaron [9],

La que el asenso dió por el naciente [10],
Vió en sueño el rico fruto que debiera
Salir de él mismo y su futura gente.

Y porque el nombre suyo propio fuera,
Bajó un ángel de arriba á nominarle
Con el del dueño de quien todo él era [11].

Domingo se llamó; y he de mostrarle
Como cultivador que eligió *Cristo;*
Á servir en su huerto y á ayudarle.

Y bien fué ayuda y familiar de *Cristo;*
Que el primo amor que en él fué manifiesto,
Fué del el primer consejo que dió *Cristo.*

Despierto, sin chistar, de hinojos puesto,
¡Cuántas veces hallóle su nutrice,
Cual si exclamára: *pues si vine á esto!*

¡Oh padre suyo á la verdad *Felice!*
¡Oh dulce madre suya, en verdad *Juana* [12],
Si interpreta el vocablo lo que dice!

No como aquel que por el mundo afana
Y á Tadeo y el de Hostia lee sin freno,
Sino del maná santo con la gana [13],

Doctor en breve fué de ciencia lleno,
Tal que la vid á recorrer se puso
Que pronto emblanca [14] si el cultor no es bueno.

Y á la silla, que al pobre se dispuso
Menos benigna á ser (no por su esencia,
Sino de quien la ocupa por abuso),

Ni dispensa usuraria, ni la herencia
De alto cargo, ni décimas demanda
Quæ sunt pauperum Dei, sino licencia

Contra el mundo á luchar que se desbanda
En pró [15] del gérmen, del que ves cercarte
De veinticuatro plantas la guirlanda.

Luégo, con celo unido á ciencia y arte,
Se lanza (que el papal favor le asiste)
Cual torrente que baja de alta parte.

Con las zarzas heréticas embiste;
Y allí son sus esfuerzos más caudales [16],
Donde el ciego adversario más resiste.

Dél se forman despues varios ramales
Con que el huerto católico se riega,
Por lo que están más vivos sus frutales.

Si el valor de una rueda [17] á tanto llega
Del carro en que luchó la Iglesia santa
Que venció en la civil porfiada brega,

Conocer puedes bien cuál se levanta
La bondad de la otra que elocuente,
Ántes de yo venir, Tomás decanta.

Mas la huella que imprime lo eminente
De su circunferencia está borrada:
Ora es poso lo que ántes trasparente.

Y su grey, que pisando en su pisada
Iba recta, hoy se mira tan derecha,
Que punta con talon va de encontrada;

Y pronto el mal cultivo la cosecha
Llorará cuando la zizaña impía
Vea que del arcon se la desecha.

Y no digo que acaso no hallaria,
Quien todo el tomo hojeára, alguna carta [18]
Dó leyera: *Yo soy el que solia*:

Mas Casal no ha de darla, ni Aguasparta:
Los que vienen de allí nuestra escritura
Uno la ensancha y otro la coarta.

Yo el alma soy de aquel Buenaventura [19]
De Bañoregio, que en excelso estado,
Siempre pospuse la mundana cura.

Aquí están Agustin é Iluminado,
De los descalzos pobres los primeros
Que á Dios bajo el cordon se han propiciado:

Con Hugo de San Víctor, los luceros
De Pedro Comestor y Pedro Hispano [20],
Que abajo en doce libros luce enteros.

Natán, profeta: el metropolitano
Crisóstomo [21] y Anselmo [22], y quien primera
Arte enseñó, Donato [23] nuestro hermano:

Raban [24] tambien está, y aquí á mi vera
El abate Joaquin el Calabreto [25],
En quien de revelar don se venera.

Á que varon se admire tan completo,
Me movió la excitada cortesía
De Fray Tomás, y su decir discreto;
Y el querer de esta acorde compañía.—

CANTO XIII.

Se describe la danza de las dos guirnaldas de bienaventurados semejantes á veinte y cuatro de las más fúlgidas estrellas. Se cuenta cómo Santo Tomás desvaneció la otra duda del Poeta, explicándole en qué sentido habia dicho que Salomon no tendria segundo en sabiduría; y que esto no comprendia ni á nuestro padre Adan, ni á Jesucristo, que necesariamente debieron ser perfectísimos, y concluye el Santo advirtiendo del peligro de los juicios precipitados.

Imaginar lo que ora ví le toca
Al que entender bien quiera; y él procure
Guardarlo, al decir yo, cual firme roca.

Quince estrellas fulgentes se figure
De las que hacen el cielo más ameno
Con luz que en lo más denso éntre y fulgure.

Figúrese aquel carro al cual el seno
Basta de nuestro cielo noche y dia,
Sin salir dél en su girar sereno [1]:

Figúrese que el cuerno que desvia
Sus dos puntas [2] al par del eje fuerte
Que es del móvil primero centro y guía

De sí dos signos en el cielo vierte [3],
Cual Ariadna, vencida de amor ciego,
Hizo al sentir el hielo de la muerte;

Y que el uno del otro aumenta el fuego,
Y ambos á dos convergen de manera
Que uno empieza y el otro sigue luégo,

Y cuasi sombra habrá de la lumbrera
De la constelacion y doble danza
Que en torno á mí giraba de carrera.

Porque ella dista de la humana usanza,
Cuanto el mover del Quiana humilde y llano
Del del globo que en curso más avanza [4].

Cantóse allí, no *Baco*, no *Pæano* [5],
Mas tres personas divas en natura,
Y en una al par lo divo con lo humano.

Cumplieron danza y canto su mesura,
Y fijáronse en nós los fuegos vivos,
Felices de pasar á nueva cura.

Rompió el silencio en los concordes divos
Luégo la luz que á la admirable vida
De Francisco dió rasgos expresivos [6].

—Cuando una parva (dijo) está molida,
Y su simiente en los graneros puesta,
Dulce amor á otra nueva me convida [7].

Tú piensas que en el cuerpo del que presta
Su costilla á animar la bella boca
De la que el paladar á todos cuesta [8],

Y en aquel que la ciega lanza toca,
Y despues y ántes, peso fué colmado
Que toda culpa en la balanza apoca [9],

Cuanta luz á la especie humana es dado
Poseer, fué infundida toda entera
Por el poder que á entrambos ha formado;

Y así extrañaste mi asercion primera
De no haber otro de saber más hondo
Que el que encierra la quinta gran lumbrera.

Atiende, pues, á lo que aquí respondo,
Y tu creencia y lo que yo dijere
Verás quedar cual centro en lo redondo.

Lo que morir no puede y lo que muere,
No es más que el esplendor de aquella idea
Que del Señor, amando, el sér adquiere.

Que aquella luz que de su luz flamea,
Sin que jamás su lumbre se desuna
Ni dél, ni del Amor que el terno crea,

Por su bondad, como espejada, aduna
Su fulgurar en nueve inteligencias [10],
En sí quedando siempre eterna y una.

Luégo baja á las últimas potencias,
Y sus luces no es mucho así que amermen,
Y hagan sólo dormidas existencias.

Y entiendo que son esas que se aduermen
Las cosas engendradas que produce
El cielo en su girar, con ó sin gérmen.

De ellas la cera y lo que forma induce
No van al par, por eso en lo viviente,
Ya más, ya ménos, lo ideal reluce.

Y así una especie misma floreciente
Da mejor ó peor fruta primera,
Y vosotros naceis con vária mente.

Si en perfecta sazon fuese la cera;
Si el cielo en su virtud más levantada,
Saldria el sello con pureza entera.

Mas natura la da siempre mermada,
Á semejanza obrando del artista,
Aunque experto, de mano ya cansada.

Si al contrario el ardiente amor la vista
En la virtud primera pone y sella,
El más completo todo allí se aquista.

De toda la animal perfeccion bella
Así la tierra el beneficio gana:
Así engendró la sin igual Doncella.

Con que ves que mi juicio al tuyo hermana,
De que nunca á ellos dos su semejante
Ha dado, ni dará la especie humana.

Aquí, si no siguiera yo adelante,
¿Pues cómo fué sin par aquel creado?
Tu lábio empezaria á breve instante.

Mas porque veas puro lo anublado,
Piensa en quién es, y qué razon le induce
Á su pedir, cuando pedir le han dado [11].

Que bien de mis palabras se deduce
Que fué Rey quien pidió la ciencia y horma
Bastante al ejercer de sumo duce;

Y no el saber que número da y norma
Á esos globos de arriba, ó si *necesse*
Con su condicional *necesse* forma [12];

Y no *si est dare primum motum esse*;
Ó si del medio cerco hacer podria
Triángulo que un recto no tuviese.

Si anotas esto y lo que allá decia,
Verás que *ciencia régia* son los caros
Fulgores dó va á dar la flecha mia.

Y si al *no habrá* los ojos alzas claros,
Verás que á Reyes sólo en eso muestro;
Que si bien muchos son, los buenos raros.

Con esta distincion podrás más diestro
Tu juicio conciliar con el que asomo
Del primer padre y del Amado [13] nuestro.

Y esto sirva á tus piés siempre de plomo
Que te haga lento andar, cual hombre laso,
Al *sí* y al *no*, del que no ves el *cómo*.

Que entre captos de mente, el más escaso
Es el que, sin *distingo*, afirma ó niega
Lo mismo un hecho que el opuesto caso.

Porque ocurre que muchas veces llega
Juicio precipitado á falsa parte,
Y amor propio despues la mente anega;

Y otras tambien: que al quien á golfo parte
Á pescar la verdad, más se le esconde,
Y peor vuelve, porque ignora el arte;

Y ejemplo fiel que á mi verdad responde,
Parménides [14], Meliso y Briso han sido,
Y otros que andaban sin saber á dónde;

Y Arrio y Sabelio, y muchos que han herido
(¡Los necios!) como espada, en la Escritura,
Lo derecho trocándolo en torcido.

No la gente juzgar debe segura
De lo que bien no ve, cual quien estima
En el campo la mies aún no madura;

Que yo vide gavanzo, que da grima
Todo el invierno por lo bronco y yerto,
De rosas luégo coronar su cima.

Y barco ví sulcar veloz y experto
De la vencida mar por el camino,
Y al fin perderse al embocar del puerto.

No se crean Ña Berta y Ñor Martino [15],
Porque ven á uno dar y á otro embolsarse,
De ambos el fallo penetrar divino;
Que aquél puede caer, y éste elevarse.—

CANTO XIV.

Sube el Poeta al quinto cielo, que es el de Marte. Al través del planeta, en la extension de dos fajas luminosas en forma de cruz, van apareciendo, entre admirables cánticos, las almas de los que derramaron su sangre por la fé, ó al ménos combatieron por Cristo y por la Iglesia.

Del centro al borde, y desde el borde al centro[1],
Va y viene el agua en el redondo vaso,
Segun de afuera muévese, ó de adentro.

Esta idea en mi mente vino al caso,
Cuando el espirtu de Tomás vivace,
Con su silencio al meditar dió paso;

Por la similitud que en breve nace.
Al sonar los acentos de Beatrice,
Á quien luégo empezar así le place:

—Éste há bien menester (y no os lo dice,
Ni áun siquiera en sus mientes aparece)
Que otra verdad la expuesta patentice.

Decidle si la luz de que florece
Nuestra sustancia, siempre inextinguible
Conservareis, cual ora os acontece.

Y si es así, cuando con faz visible
Resuciteis, decidle, en ese dia
Cómo os será sin pena el ver posible [2]. —

Cual los que en rueda bailan, de alegría
Mayor cediendo á veces al encanto,
De voz y accion aumentan la energía,

Así más gozo el doble cerco santo
Mostró, á la dulce súplica sincera,
En su girar y en su admirable canto.

Quien se lamenta de que acá se muera
Para vivir arriba, no concibe
Que aquí una lluvia eterna refrigera.

El uno y dos y tres que siempre vive,
Y siempre reina en tres y dos y uno,
Y, no conscrito, á todo circunscribe [3],

Cantado veces tres por cada uno
De esos espírtus fué, con melodía
Que fuera á gran virtud premio oportuno.

Y escuché yo en la luz de mayor dia [4],
Del más pequeño cerco voz modesta,
Quizá cual la del ángel á María,

Responder: *Miéntras dure la gran fiesta*
Del Paraiso, nuestro amor ferviente
Vestirános en torno la luz ésta.

Sigue al ardor su claridad fulgente,
Y el ardor sigue á la vision, que es cuanta
La gracia que al valer suyo se aumente [5].

Y cuando la gloriosa carne y santa
Nos vuelva á revestir, nuestra persona
Más placerá, completa, en gloria tanta.

Porque se acrecerá lo que nos dona
De luz gratuita el que en su amor nos tiene.
Luz que á su sér el nuestro acondiciona;

Con que aumentarse la vision conviene,
Y el ardor aumentarse que esa inflama,
Y aumentarse el fulgor que de éste viene.

Mas así cual carbon que expide llama,
La cual no le confunde brilladora,
Que es mayor del tizon la viva trama;

Así esta luz que en torno nos decora,
Vencida habrá de ser al adornarnos
La carne que la tierra guarda ahora.

Ni podrá fulgor tanto fatigarnos;
Que los corpóreos órganos, expertos
Serán á cuanto pueda deleitarnos.

Y aquí me pareció que tan despiertos
En un *amén* los coros prorumpiesen,
Que ví su anhelo por sus cuerpos muertos.

Y quizá no por ellos lo sintiesen:
Por madre y padre, y tanta prenda cara,
Ántes que luces sempiternas fuesen.

En esto un brillo mi atencion repara,
Por cima y de igual luz del que allí era,
A modo de horizonte que se aclara;

Y así como al caer sombra primera,
Ves una estrella y otra ir asomando,
Y aún dudas de si es falsa ó verdadera [6],

Parecióme que así se iban mostrando
Nuevos faros, que van por fuera, asidos
De los otros dos círculos girando.

¡Oh del Espirtu Santo desprendidos
Veros rayos, cuán pronto luz candente
Dais á mis ojos que dejais vencidos!

Pero Beatriz, tan bella y tan riente
Se me mostró, que cuanto ví, memoria
Ya ninguna dejar pudo en mi mente.

De aquí mis ojos la virtud visoria
Á disfrutar volvieron, y ascendido
Vime con ella sólo á mayor gloria [7];

Y conocí que habia aún más subido,
Por el fulgor intenso de la estrella,
Que vi rojear con fuego aún no sabido.

Con todo el corazon y el habla bella
Una en todos, á Dios hice holocausto,
Cual tocaba á la nueva gracia aquella;

Y aún no el fervor del sacrificio exhausto
Era en mí, ya mis ruegos eficaces
Ví acogidos en modo acepto y fausto;

Pues en medio á dos rayos tan vivaces
Se me mostraron rojos esplendores,
Que dije: *¡ Elion* [8] *bendito que tal haces!*

Cual distinta de grandes y menores
Chispas, entre los polos luz reparte
Galasia [9], confundiendo á sabidores,

Así esos rayos en mitad de Marte
Constelados, el signo santo hacian
Que un cerco en cuatro iguales trozos parte.

Aquí ingenio y memoria no se alian;
Pues tal en esa Cruz flameaba *Cristo*,
Que mis versos decirlo mal podrian.

Mas quien carga su Cruz y sigue á *Cristo*,
Disculpará lo que omitió mi rima,
Viendo en tal árbol centellear á *Cristo*.

De brazo á brazo, y desde el pié á la cima
Corrian luces, con vigor brillando
Al juntarse ó pasarse por encima.

Así se ven acá, siempre cambiando,
Rectos, torcidos, tarda ó velozmente,
Átomos de los cuerpos divagando

Por el rayo, que á veces cruza ardiente
La sombra que con genio y arte agencia,
Por defenderse del calor, la gente [10].

Y como jiga [11] y arpa hacen cadencia,
Con bien templadas cuerdas, que recaba
La atencion, áun de aquel nulo á la ciencia;

Así de entre el fulgor que allí radiaba,
Por la Cruz melodía tal se extiende,
Que, sin saber el himno, me extasiaba.

Que es glorioso, mi mente bien comprende,
Porque *Risurgi e vinci* [12] á mí venía
Como suele á mortal que oye y no entiende.

Y aquello á tanto gusto me movia,
Que hasta entónces jamás ninguna cosa
Ató con más dulzura á el alma mia.

Mucho es quizá lo que mi lábio hoy osa
Al preferirlo al de los ojos bellos
Dó mirando mi anhelo se reposa.

Mas quien conozca que sus vivos sellos
Segun se sube más al cielo exulta,
Y que áun yo no me habia vuelto á aquellos,

Perdone el yerro que mi voz no oculta,
Viendo que la verdad sólo procuro;
Que aquí no el santo gozo pleno abulta,
Pues que, subiendo más, es aún más puro.

CANTO XV.

Cachagüida, trasabuelo del Poeta, le habla de la genealogía de su familia y de las antiguas costumbres de Florencia, tan nobles como humildes y sencillas; y acaba diciéndole que él murió combatiendo en la segunda cruzada por la fé de Jesucristo.

Benigna voluntad en que patente
Se hace siempre el amor que recto inspira,
Como en el malo, el gusto delincuente,

Hizo callar á aquella dulce lira,
Y que las cuerdas santas no se oyeran
Que la mano de Dios afloja y tira [1].

¿Cómo á súplicas justas sordas fueran
Las mismas almas que, por darme paso
Á demandar á un tiempo enmudecieron?

Justo es que llore sin sosiego el laso
Que por amor de cosa que no dura,
De aquel eterno amor se aparta el vaso.

Cual por la esfera azul tranquila y pura,
Á veces ráudo fuego el aire embiste,
Que atrae á sí la vista ántes segura,

Y astro que muda sitio le creiste,
Sino que por la parte de dó asciende
Ninguno falta, y él poco subsiste,

Tal desde el brazo que á la diestra extiende
La cruz, hasta su planta corrió un astro [2]
De la constelacion que en ella esplende;

Y recorrió el diamante el puro rastro,
Sin salir de sus dos fajas ignéas,
Asemejando luz tras de alabastro.

Tal se mostró en las faldas eliséas,
Si no mintió nuestra más grande musa,
Anquises al hallar á su hijo Enéas.

O sanguis meus, oh super infusa [3]
Gratia Dei! Sicut tibi, cui
Bis unquam cœli janua reclusa?

Así diciendo esa alma, á ella volví
La vista, y luégo á mi celeste guía,
Y quedé estupefacto aquí y allí.

Que en sus ojos tal gozo relucia,
Que al fondo con los mios ir pensaba
Del Paraiso y de la gloria mia.

Despues (y en habla y vista enamoraba)
Cosas añadió el alma placentera
Que no entendí, pues tan profundo hablaba

Y no oscuro me fué porque él quisiera,
Que fué necesidad; que aquel perfecto
Pensar, del hombre al concebir supera.

Mas cuando el arco del ardiente afecto
Tal desahogóse que bajó el sentido
Hasta en el blanco á dar de mi intelecto [4],

Lo primero esto fué por mí entendido:
— Bendito tú mil veces trino y uno,
Que con mi estirpe tan benigno has sido. —

Y luégo:—Al que empecé gustoso ayuno [5],
En el volúmen al leer no estrecho
Dó nunca se tachó rasgo ninguno,

En este cielo, hijo, has satisfecho
En que estamos, merced al que la pluma
Te concedió para volar tal trecho.

Tú crees que tu pensar á mí rezuma
Del que es Primero, de la misma laya
Que cinco y seis de la unidad son suma.

Y por eso quién sea y por qué vaya
No me preguntas ante tí risueño
Más que otra lumbre de la turba gaya.

Y crés bien; que en la vida aquí halagüeña,
El grande y el menor mira el espejo
Que ántes que pienses, tu pensar ya enseña.

Mas porque el ánsia dulce que no alejo
Nunca de mí, mejor quede colmada,
Y el sacro amor porque velar no dejo,

Ora en tu voz segura, alegre, osada,
Suene el deseo, y la pregunta asome
Á que ya mi respuesta está dictada.—

Yo á Beatriz me volví, y ella entendióme
Antes que hablára, y me señó con risa
Que del querer las alas acrecióme.

Luégo dije: —En vosotros fué divisa,
Así que vísteis la Igualdad primera,
Ciencia y amor con paridad precisa;

Porque en el sol, que luminar y hoguera,
Os dió calor y luz, son tan iguales,
Que nunca identidad tanta existiera.

Mas voluntad y ciencia en los mortales,
Por razon de vosotros bien sabida,
Son, al volar, de fuerzas desiguales.

Yo, pues, mortal, la desigual cabida
Siento, y sólo del alma interno espacio
Doy a la paternal dulce acogida.

Y te suplico á tí, vivaz topacio
Que esta joya bellísima endiamantas,
Que de tu nombre y sér me dejes sácio.

—¡Oh fronda mia, que esperanzas tantas
Gozar me hiciste! Tu raíz yo he sido.—
Así empezó, rompiendo en voces santas.

Y siguió luégo:—Aquel de que ha nacido
Tu cognacion [6], que el monte y primer suelo [7]
Por cien años y más ha recorrido,

Fué mi hijo, y él fué tu bisabuelo:
Justo será que de su carga un dia
Le abrevies con tu obrar el desconsuelo.

Florencia en el redil que ántes tenía [8],
Y desde el cual aún oye tercia y nona,
Sóbria y púdicamente en paz vivia.

No usaban gargantilla ni corona
Sus damas, ni Contigia [9], ni cintura
Atrayentes aún más que la persona.

Aún no al padre el nacer daba pavura
De una hija: que el dote y la edad era
De acá y de allá cumplido con mesura.

Aún casa sin familia no se viera [10]:
Ni vino Sardanápalo [11] á ofrecerle
Al lujo cuanto en cámaras cupiera;

Ni á Montemalo aún vino á excederle
Ucelatoyo [12], que cual le ha vencido
En subir, en bajar ha de vencerle.

Yo entonce á Belinchon [13] salir ceñido
Ví de cuero y de hueso, y á su esposa
Del tocador, el rostro no teñido.

Y á los Vequios y Nérlis [14] era hermosa
La piel que lisa les vestia el pecho [15],
Y á sus hembras la rueca timbre hermosa.

¡Oh bienhadadas! cada cual el trecho
De su tumba sabía, y aún ninguna
Solitaria, por Francia, entró en el lecho [16].

Velaba al pié de sus amores una,
Y arrullándole usaba aquel idioma,
De padre y madre la mejor fortuna [17].

Otra, mientra á la rueca crines toma,
Con su familia hablaba un dulce rato
Del Troyano, de Fiésolo, de Roma.

Era buscar entónces más ingrato
Una Cangüela, un Lapo Salterelo [18],
Que hoy dia una Cornelia, un Cincinato.

Á estado tan tranquilo y tan sin duelo,
Entre gente á morar tan elegida,
De María el favor envióme al suelo,

Del ruego y grito maternal movida [19];
Y en vuestra antigua Pila bendecido,
Á un tiempo fuí cristiano y Cachagüida.

Mis hermanos Moron y Eliso han sido:
Mi mujer vino á mí de Val de Pado,
Y se formó de aquí vuestro apellido.

Seguí luégo la enseña de Conrado,
Y él me armó caballero en su milicia:
¡Tanto por bien obrar gané su agrado!

Á combatir seguíle la nequicia
De la ímpia grey que (por pastor inerte)
Os roba lo que es vuestro de justicia [20].

Allí fuí yo, de aquella por la suerte,
Arrancado del mundo y su delirio,
Cuyo amor tantas ánimas pervierte;
Y aquí vine á esta paz desde el martirio.—

CANTO XVI.

Preguntado por su nieto, habla Caciagüida de la condicion de Florencia en su tiempo: del número de sus habitantes, no mezclados aún con los del Comitado, y de las familias más notables que habia entónces en la ciudad.

¡Oh de sangre nobleza nuestra escasa!
Que hagas de tí gloriarse al que enflaquece
Abajo voluntad fluctuante y lasa,

Causa de maravilla no me ofrece;
Que acá dó el bien sentir jamás se altera,
Tambien de tí mi espirtu se envanece.

Capa eres tú que encógese ligera:
Si no se va añadiendo cada dia,
La remata del tiempo la tijera.

Con el *Vos* [1], que introdujo, y de que guía
Fué el romano, y despues dejó de usallo,
Empezó entónces la palabra mia.

Y Beatriz, algo aparte, celebrallo
Mostró, cual la doncella sonriendo,
Que tosió de Ginebra [2] al primer fallo.

Y yo:—Vos sois mi padre (iba siguiendo);
Vos me dais para hablar valor creciente:
Ya mayor del que soy me voy sintiendo;

Y de alegría llénase mi mente
Por tantos rios, que de sí se encanta,
Pues capaz de ellos sin saltar se siente.

Decidme, pues, mi cara primer planta,
Quién fueron vuestros abos, y los años
En que la infancia vuestra se adelanta.

Cuántos eran, decidme, los rebaños
Entónces de San Juan, y entre los cientos,
Quiénes más dignos de ínclitos escaños [3].—

Como se aviva al soplo de los vientos
En la llama el carbon, tal vide aquella
Luz brillar á mis plácidos acentos.

Y así cual se mostraba á mí más bella,
Así su voz más cándida y suäve,
Sin seguir del moderno hablar la huella [4],

Fué:—Desde el dia en que se dijo el *Ave*
Hasta soltar mi madre (santa ahora)
La carga de mi sér, ya entónces grave,

Ciento cincuenta veces se avalora
Con tres más este globo rutilando,
Á los piés del leon que le colora [5].

Nacimos yo y mis abos en el blando
Sitio en que halla primero el postrer sesto,
Quien vuestro juego anual va ejercitando [6].

De mis pasados suficiente es esto:
Quiénes fueron, de dónde procedieran,
Más que hablarlo, callarlo juzgo honesto.

Todos cuantos llevar armas pudieran
Entónces entre Marte y el Bautista [7],
Un quinto de los que hoy apenas eran.

Mas la ciudadanía, que ora es mista
Del Campio, del Certaldo y del Figuino [8],
Pura ostentaba hasta el más bajo artista.

¡Cuánto fuera mejor que por vecino
Tuviérais á los tres, y que lindante
Os fueran el Trespiano y Gallusino,

Que adentro los tener, y al repugnante
Villano oler del Aguillon ó Signa,
De ojo para estafar tan penetrante [9]!

Si en la grey cada dia ménos digna [10],
El César no madrastra hubiera hallado,
Sino madre que al hijo vé benigna,

El que hoy en florentino se ha trocado,
Y en mercader, volviera á Semifontes [11],
Allí donde su abuelo ha mendigado;

Y áun fuera Montemurlo [12] de los Contes:
Vivirian los Cerquios en su Ancona [13],
Y en Valgreba tal vez los Buondelmontes [14].

Siempre de así mezclar tanta persona
La ciudad sus dolencias vé empezadas
Como el cuerpo del pasto que amontona;

Y ántes cae ciego padre en las toradas,
Que ciego recental, y á veces una,
Corta más y mejor que cinco espadas.

Si observas bien cómo Urbisalla y Luna
Se fueron, y se trueca en heredades
De Sinigalla y Cluso la fortuna [15],

Que se acaben familias y hermandades
Por cosa no tendrás desconocida,
Pues que término tienen las ciudades.

Á vuestras cosas todas hay medida
Duracion; si en alguna no se advierte,
Es porque es larga, y corta vuestra vida.

Y como al giro de la luna, vierte
Su flujo el mar que aplánase ó abulta,
De Florencia se agita así la suerte.

Por ende, cosa extraña no resulta
Lo que diré de grandes florencianos
Cuya fama en el tiempo yace oculta.

Yo ví los Hugos, Grecios, Catelanos,
Los Filipis, Ormanis y Alberigios,
Ya en su declive, insignes ciudadanos.

Y, aunque ancianos, gozar altos prestigios
Á los Sanela ví y á los del Arca,
Soldanieros, y Ardingos, y Bostigios [16].

Y allende de la puerta [17], que ora abarca
Nuevo peso de infamia, tan cumplido
Que hará bien pronto naufragar la barca,

Los Raviñanos ví de que han salido
El Conde Güido, y tantos á quien toca
De Belinchon el nombre esclarecido.

Ciencia sabía de mandar no poca
El de Presa; y tenía Galigayo
En su casa dorados guarda y coca [18].

La columna era grande ya del *Vayo* [19]:
Sáquios, Yóquis, Sifantes y Barucios,
Bari, y los hoy tachados del Estayo [20],

Y la cepa, raíz de los Calfucios,
Eran grandes tambien; y ya en los lechos
Curules ví á los Sicios y Arrigucios.

¡Oh cómo eran entónces los desechos
Hoy por su orgullo [21], y cual las bolas de oro
Á Florencia enfloraban con sus hechos!

Ese de los abuelos fué el decoro
De éstos, que siempre que la Iglesia vaca,
Juntos van á engordarse al Consistoro [22].

La vana grey [23] que cual dragon ataca
Al que va huyendo, y al que enseña el diente
Ó la bolsa, cordero se le aplaca,

Crecia ya: mas desde humilde fuente;
Y así no plugo al Ubertin Donato
Que le hiciera su suegro su pariente.

Bajado ya de Fiésolo á Mercato
Los Camponsaco habian, y ya era
Buen ciudadano el Inda, el Infangato.

Y diré cosa rara y verdadera:
Por puerta en el redil breve se entraba
Á que daban su nombre los de Pera [24].

Todo aquel que el blason breve ostentaba
Del gran Baron cuyo renombre régio
De Tomás en la fiesta se exultaba,

Recibió de él nobleza y privilegio;
Y ora de unirse al pueblo se glorian
Aunque orlan en redor su escudo egrégio [25].

Gualderoti, Importuni ya existian;
Y si no entrára en él vecino tanto,
Los del Borgo [26] en sosiego aún vivirian.

La casa que dió asunto á vuestro llanto
Y al ódio justo que os movió en el seno,
Y una vida os quitó tan sin quebranto,

Era y su parentado de honor lleno.
¡Oh Buendelmonte [27], y cuánto mal hicistes
Tú con tus bodas por influjo ajeno!

¡Qué de alegres verias que hoy son tristes,
Si te hubiera el Señor lanzado al Ema [28]
La primer vez que á la ciudad vinistes!

Mas tocaba á Florencia, su anatema
Cumpliendo ante el peñon que guarda el puente,
Víctima hacerte de su paz ya extrema [29].

Con éstos y con otra digna gente
Ví á la ciudad, en plácido acomodo,
No tener mal á que doblar la frente.

Con éstos la ví yo tan digna en todo,
Tan feliz, que en su vara el lirio viejo
No ostentaba su flor de inverso modo,
Ni lo habia el rencor vuelto bermejo [30].

CANTO XVII.

Pregunta DANTE á Caciagüida por las palabras que oyó en el Infierno y Purgatorio acerca de su vida futura; y éste le manifiesta el inminente destierro que le amenaza por la intriga de sus enemigos, que le obligará á refugiarse en la córte de los Escalígeros; lamentando hasta la perversidad maldiciente de sus propios partidarios. Luégo le exhorta á que cuente á los vivos lo que ha oido entre los muertos, sin temor de que los poderosos se ofendan de su relato verídico, franco y de provechosa enseñanza.

Como á Climéne fué por cerciorarse
De lo que en daño suyo se decia
El que aún hace á los padres no doblarse [1];

Tal yo me hallaba, y tal aparecia
Tanto á Beatriz como á la luz eterna
Que ántes sitio por mí mudado habia [2].

Y aquella dijo así: — Del pecho externa
Del deseo el ardor, que á su salida
Bien muestre el sello de la estampa interna:

No porque al saber nuestro dé subida
Tu hablar, sí porque puedas con más gana
Decir tu sed, y que te den bebida. —

—¡Oh cara cepa mia! (tan lozana,
Que cual ve que en triángulo presentes
No caben dos obtusos mente humana,

Así sabes las cosas contingentes
Aun ántes de existir, mirando al Punto
Que los tiempos sin fin tiene patentes).

Miéntras que con Virgilio iba yo junto,
Subiendo por dó el ánima se cura,
Ó descendiendo al ámbito difunto,

De mi vida dijéronme futura
Palabras graves [3]; aunque á fé me siento
Roca contra los golpes de ventura.

Tendria, pues, de oir sumo contento
La fortuna que el cielo me depara;
Que dardo visto ya, no es tan violento.—

Así le dije á aquella lumbre cara
Que ántes hablóme; y cual Beatriz queria,
Así mi voluntad le expuse clara.

No por enigmas, cual la gente impía
Que en ellos se enredaba ántes que inciso
Fuese el que á redimirnos vino un dia,

Sino con franca lengua, y con preciso
Hablar, repuso aquel amor paterno,
Brillante en medio de su propio riso :

—Todo acaso, que fuera del cuaderno
De vuestro alcance material se extiende,
Pintado se halla ante el mirar eterno:

Mas forzoso no se hace ya por ende,
Cual no lo es á la vista en que refleja,
Que el bajel siga que las olas hiende [4].

De allí [5], como á sonar viene á la oreja
Voz del órgano dulce, así el nublado
Á mi vista que el tiempo te apareja.

Y cual irse de Atenas, obligado
De ímpia madrastra á Hipólito se ha visto [6],
Tal debes de Florencia irte de grado.

Eso se quiere, y busca, y se ha previsto;
Y pronto será un hecho al que hoy lo piensa,
Allí dó cada luz se vende á Cristo;

Y te echará la culpa tras la ofensa,
Cual suele, el vulgo vil : mas la venganza
Celeste la verdad mostrará intensa.

Tú dejarás lo que en mayor privanza
Tiene tu amor: que es ésta la más grave
Flecha que del destierro el arco lanza.

Tú verás cuán salado que nos sabe
Pan de limosna, y del peldaño ajeno
Qué angustia en el subir y bajar cabe.

Y lo que habrá de darte aún más veneno,
Será la imbécil y malvada gente
Con que caerás del infortunio al seno.

Que toda ingrata, pérfida, insipiente,
Será en tu contra; aunque muy pronto aquella
Tendrá, no tú, que enrojecer la frente.

Prueba será que su estulticia sella
Su torpe obrar; con que tu honor levanta
Proceder por tí solo, aparte de ella.

Primer refugio y techo en pena tanta
Te ofrecerá cortés el gran Lombardo [7],
Que ostenta sobre escala el ave santa.

Él te honrará benigno, y tan gallardo,
Que entre tu ruego y su otorgar, tu ruego,
Al revés de lo usual, será el más tardo.

Con él verás el que al nacer [8], del fuego
Se impregnó de esta estrella tan subido,
Que ilustre en sus acciones se hizo luégo.

Aún el mundo su prez no ha conocido,
Que es temprana su edad, pues que nueve años
Estas ruedas por él solo han corrido.

Y ántes que al gran Enrique en sus engaños
Enrede el Gasco [9], se alzará glorioso
De riesgos y oro impávido á los daños.

Por sus magnificencias tan famoso
Con el tiempo se hará, que áun al no amigo
Ensalzarlas al fin será forzoso.

Él favor te dará: benigno abrigo.
Por él trasformaráse mucha gente,
Cambiando condicion rico y mendigo.

Lleva de su valer esto en la mente:
Mas no lo digas...—Y contó aquí cosas
Que no creerá ni áun el que esté presente.

Y añadió:—Y éstas son, hijo, las glosas
De lo que oiste, y lo que está repuesto,
Tras breve edad de insidias alevosas.

No á tu pueblo inquinar debes por esto;
Pues que ha de prolongarse más tu vida,
Que el castigo á los pérfidos impuesto [10].—

Cuando ya con callar mostró cumplida
El alma pura la perfecta trama
De la tela que yo le entregué urdida,

Así empecé, cual hombre que reclama
En sus dudas consejo de persona
Que ve derechamente, y quiere y ama:

—Bien veo, padre, ya lo que amontona
El tiempo contra mí, por golpe darme,
Que es más duro á quien débil se abandona.

De prevision, por tanto, es bien que me arme;
Pues si un sitio perdí, mi verso ahora
De otro sitio mejor no ha de privarme [11].

Allá en el mundo en que sin fin se llora,
Y en el monte de donde á tanta altura
La vista me ascendió de mi señora;

Y despues de una en otra lumbre pura,
Verdades aprendí, que si atestiguo,
Serán bebida á muchos de amargura;

Y si muestro en narrarlas celo exíguo,
Morir temo entre aquellos indecoro
Que á este tiempo dirán: *el tiempo antiguo* [12].—

La lumbre en que reia el mi tesoro
Allí encontrado, ántes de hablar, corusca
Como rayo del sol que espeja en oro;

Y dice: —La conciencia á quien ofusca
Propia ó ajena mancha, y perjudica,
Tu palabra, es verdad, sentirá brusca.

¿Mas qué á tí? La vision entera explica,
Y lo falso apartando, manifiesta,
Y deja que se rasquen dó les pica;

Que si al primer sabor cansa y molesta
Tu pocion, luégo activo nutrimento
Al cuerpo dejará cuando digesta.

Y será la voz tuya como el viento
Que más sacude el pino más alzado;
Y eso dará á tu honor más crecimiento.

Ya ves que en estos globos has hallado
Y en el monte y el valle de amargura
Almas sólo de gentes de alto estado;

Porque el que oye, la mente no asegura,
Ni cree en ejemplos cuyo orígen sea
De dudosa raíz baja y oscura,
Sino en lo que más alto y más se vea.—

CANTO XVIII.

Muéstranse al Poeta otras almas gloriosas que combatieron por la santa causa. Pasa al planeta Júpiter, donde son bienaventurados os que amaron la justicia y la administraron á los pueblos. Muchos espíritus lucientes se forman haciendo letras: se ordenan despues, componiendo palabras; y, finalmente, figuran una águila coronada, como símbolo de la justicia del imperio.

Recogíase ya sólo en su Verbo
Aquella alma bendita, y yo templaba
En el mio lo dulce con lo acerbo;

Y la mujer que á Dios me levantaba,
Dijo: —Muda el pensar, y que estoy piensa
Junto Aquel que las culpas todas lava.—

Yo, al dulce son de aquella á mí propensa
Volvíme; y aquí callo cuanto habia
En sus ojos de amor y gracia inmensa;

No por sólo temor del habla mia,
Sino porque con peso tal mi mente
Cargar no puede, si otro no la guía.

Y de ese punto es bien que sólo cuente,
Que al remirarla yo, mi libre afecto
Capaz de otro deseo no se siente.

Mientra el placer eterno que directo
En la faz de Beatriz daba radiante,
Gozar me hacía del segundo aspecto [1],

Venciéndome al lucir de riso amante,
Ella me dijo: —Vuélvete y atiende;
Que no está el Paraiso en mi semblante.—

Como á veces aquí ves que se enciende
En la vista el deseo, cuando es tanto,
Que por todo el espíritu trasciende,

Conocí en el flamear del fuego santo
(Al cual volvíme) que su luz se antoja
Con el deseo de aún hablarme un tanto.

Y dijo: —En esta quinta esfera roja
Del árbol que se nutre de la cima,
Y fruta siempre da sin perder hoja,

Beatas ánimas hay, cuya alta estima,
Antes de acá subir, allá se extiende,
Á las Musas cosecha dando opíma.

Mas á los brazos de la Cruz atiende:
El que ora nombre, mostrará el aspecto
Que ofrece en nube el lampo que la hiende.—

Y nombrado *Josué* [2], veloz trayecto
De luz ví en ella; y á la vista mia,
Áun ántes que el decir, llegó el efecto.

Y al Macabeo nombre que decía,
Otro ví; y en las vueltas que iba dando,
Era cuerda del trompo la alegría.

Despues á Carlomagno y á Rolando
Siguió, con doble accion, mi vista atenta,
Como el ojo al azor que va volando.

Luégo en la Cruz Guillermo se presenta:
Gofredo tras Rinuardo es á mi vista;
Y á Roberto Guiscardo allí se cuenta.

Y luégo, con las otras luces mista,
Mostróme el alma que me habia hablado,
Que entre divos cantores era artista [3].

Y yo volvíme á mi derecho lado,
Por mirar de Beatriz lo que hacer deba
En palabras ó señas expresado;

Y sus ojos arder con luz tan nueva
Ví, que de su mirar el fulgimiento
Ventaja al anterior y á todos lleva.

Y como el hombre en el mayor contento
Que siente de hacer bien, de dia en dia
Ve que va su virtud siempre en aumento;

Yo así noté que el arco se extendia
En que yo con el cielo vueltas daba,
Viendo cómo el milagro aquel lucia [4].

Y como blanca dueña que recaba
En breve la color que hubo perdido,
Cuando el rubor de su mejilla acaba;

Tal, al volverme, el cielo emblanquecido
Ví del albor que del templado toma
Sexto globo que en sí me ha recibido.

Y ví que en el Jovial planeta asoma
Al fulgir del amor que dentro era,
La escritura veraz de nuestro idioma.

Y cual aves, en riba placentera,
Como en festejo y gozo á sus pasturas,
Forman de sí, ya círculos, ya hileras,

Así envueltas en luz, santas criaturas
Voltigeando cantaban y tomaban
De *D*, de *Y*, de *L*, las figuras.

Primero al son de su cantar giraban:
Trocadas luégo en letras sus beldades,
Un poco deteníanse, y callaban.

¡Oh diva Pegaséa [5], á quien edades
Largas vivir con fama el genio debe,
Como al genio la deben las ciudades!

Ilumíname tú, porque releve
Sus figuras cual hélas concebido:
Tu potencia haga ver mi verso breve.

Por cinco veces siete se mostraron,
Vocales, consonantes, que en letreros
Y en partes, como expreso, se formaron.

Diligite justitiam los primeros
Nombre y verbo allí vide, bien distinto:
Qui judicatis terram, los postreros [6].

Luégo en la *M* del vocablo quinto
Quédanse en órden tal, que parecia
Jove esfera de plata en áureo cinto.

Y á lo alto de la *M* bajar vía
Otras luces tambien, y allí pararse,
Cantando, creo, al bien que á sí las guía.

Luégo, como se ven chispas alzarse
Á miles del tizon que aún no da llama
(De dó suelen los necios augurarse);

Mil luces aquel centro así derrama,
Ascendiendo ésta mucho y poco aquélla,
Segun las puja el sol que las inflama.

Y quieta en su lugar cada centella,
Testa y cuello de un águila ha salido
Del conjunto de tanta lumbre bella.

Guía el que traza aquello no ha tenido,
Sino que el guía es él, y dél rebosa
La virtud de que gérmen toma el nido [7].

La otra escuadra bendita, que gozosa
Ántes que la *M* enlirie, centellea,
Completa el cuadro, andando poca cosa.

¡Oh dulce estrella, cuánta y cuál presea
Mostróme allí, que la humanal justicia [8],
Del cielo, en que eres joya, efecto sea!

Ruego, pues, á la Mente en que se inicia
Tu motu y tu virtud, mire los males
Humo del fuego que tus rayos vicia;

Porque encienda sus iras celestiales
El comprar y el vender en medio al templo
Que muraron martirios y señales.

¡Oh milicia de Dios que aquí contemplo!
Reza por los que son allá en la tierra
Hoy extraviados por infame ejemplo.

Con la espada se hacía ántes la guerra:
Ora se hace de aquí y allí quitando
El pan que padre bueno á nadie cierra.

Tú, el que escribes no más por ir borrando [9],
Piensa que Pedro y Pablo, que murieron
Por la vid que ajas tú, te están mirando.

Mas tú dirás: *Las pruebas tantas fueron*
Que por ganarme al Solitario entablo
Á quien martirio por los saltos dieron,
Que desconozco al Pescador y á Pablo.

CANTO XIX.

Habla el águila como una sola persona, aunque compuesta de vários espíritus. El Poeta le suplica que desvanezca las dudas que le atormentan respecto á la justicia de los juicios de Dios, y le pregunta si puede salvarse el que no ha conocido la fé de Cristo; y ella aprovecha esta ocasion para hablar de los malos Reyes cristianos de aquel tiempo.

Era ante mí, las alas desplegadas,
La imágen bella cuyo goce hacía
El placer de las almas enlazadas.

Rubí cada una de ellas parecia
Por los rayos del sol tan encendido
Que lo espejaban á la vista mia.

Lo que ora á mi pintar es cometido,
Jamás pluma escribió, ni brotó en estro,
Ni nunca en fantasía fué imprimido;

Que el pico vi y oí que hablaba diestro;
Y en su acento sonaba el *Yo*, y el *Mio*,
Miéntras daba el concepto *Nós*, y *Nuestro* [1].

Y empezó:—Porque he sido justo y pío,
Yo [2] exaltado aquí estoy á aquella gloria
Á que ningun deseo mengua el brío.

Y en la tierra he dejado una memoria
Que aunque los malos, por rubor, no ajen,
No ejemplo toman de tan pura historia.—

Cual por brasas sin fin que en copa atajen,
Sale un solo calor, por mil amores [3],
Así un eco no más de aquella imágen.

Con que yo proseguí:—Perpétuas flores
De la eterna alegría, que por uno,
Todos me haceis oler vuestros olores,

Acabadme, aspirando, el grande ayuno
Que de hambre largamente me ha matado,
No hallándole en la tierra pasto alguno.

Sé bien que si en el cielo, de otro estado
El soberano Juez hace su espejo [4],
Tampoco para el vuestro está velado.

Ved cuán atentamente me aparejo
Á escucharos, y ved cuál es la duda
Que en ayuno tan largo me hizo viejo.—

Como halcon, del capillo ya desnuda
La cabeza, la mueve, y aletea,
Y al gozo de volar, bello se muda,

Así al signo ví hacer que centellea
De los que alzan á Dios plauso jocundo,
Con cántico que sólo allá se emplea.

Luégo empezó:—Quien su compás, del mundo
Hasta el fin extendió: quien ordenára
Tanto en él, ya ostensible, ya profundo,

Á imprimir no llegó su virtud rara
Tanto en el universo, que su Verbo
Por encima infinito no quedára.

Y eso muestra que aquel primer Protervo,
La más completa y lúcida criatura
Cayó, por no esperar, en fruto acerbo;

De aquí que otra cualquier menor natura
Taza es breve de aquel Bien que subsiste
Sin fin, y que en sí sólo halla mensura.

Así nuestro intelecto, que consiste
Por fuerza en algun rayo de la Mente
De que lleno se encuentra cuanto existe,

No puede por natura ser potente
Tanto, que á su divino Autor discierna,
Y tan grande cual es se le presente.

Por eso, en la Justicia sempiterna,
La vista dada al hombre (te respondo)
Cual ojo por el mar, dentro se interna;

Que aunque junto á la playa mira el fondo,
No le ve en alta mar; y hay tambien seno
Allí: mas no le ve, por estar hondo.

No hay luz sino la luz de lo sereno,
Nunca turbada, lo demás es niebla,
Ó sombra de la carne, ó su veneno.

Bastante ya he barrido la tiniebla
Que te ocultaba la justicia viva
Que tu mente de dudas tantas puebla.

Tú decias: *del Indus en la riba*
Nace un mortal, y no hay allí quien hable
De Cristo, ni quien dél lea ni escriba:

Su voluntad, su hacer, mejor no es dable:
Son cuanto el más cabal juicio requiere,
Y es, en vida y costumbres, intachable.

Sin la fé del bautismo, en esto, muere:
¿La justicia dó está que le condena?
¿Por qué del no creer la culpa adquiere?

¿Y tú quién eres, que con faz serena,
Por ver á leguas mil entras en liza,
Con vista que distancia corta apena?

Cierto, para quien tanto sutiliza,
Á no tener los Evangelios, harta
Fuera esa causa á dudas movediza.

¡Oh animales de tierra y mente infarta!
La que es buena por sí, primera norma,
De sí, que es sumo bien, jamás se aparta.

Sólo es justo lo que á ella se conforma:
Ningun creado bien á sí la tira,
Sino que ella, radiando, es quien los forma.—

Cual sobre el nido la cigüeña gira
Que á los hijos dió pasto, y libre canta,
Y el más sácio á la madre atento mira,

Así la vista alcé, y así la santa
Imágen hizo, que de ideas tales
Movida, el ala fúlgida levanta.

Y circula cantando, y dice:—Cuales
Mis ecos son á quien mi hablar no entiende.
Tal es el juicio eterno á los mortales.—

Los que el Espirtu Santo en horno enciende
Quietos quedaron luégo, en la bandera [5]
Por quien el mundo á Roma el cuello tiende.

Y prosiguió:—Jamás acá subiera
Á este reino quien no conoció á Cristo,
Ántes, ó luégo que en la Cruz muriera.

Mas, mira: muchos gritan: *¡Cristo, Cristo!*
Que estarán, al juzgarlos, ménos *prope* [6]
Dél, que alguno que nunca supo á Cristo.

Á esos cristianos postrará el Etiópe [7]
Cuando toque apartarse á las dos greyes,
Rica la una por siempre, la otra inópe.

¿Qué no podrá decir de vuestros Reyes
El persa, cuando lea el libro abierto
Dó se escribe su escarnio de las leyes?

Allí entre culpas, se verá de Alberto [8]
La que ya va á escribirse prontamente,
Que del reino de Praga hará un desierto.

Allí el dolor que á la senesca gente,
La moneda falseando, hará durable
El que de un jabalí morirá al diente [9].

Se verá la soberbia allí insaciable
Del de Escocia, y del Anglo tan sumiso [10],
Que caber en sus lindes no le es dable.

No el ocioso deleite será omiso [11],
Ni del de España allí, ni del Bohéme,
Que el valor nunca conoció, ni quiso.

Veráse allí del cojo de Saléme [12]
Con un uno contar las obras buenas,
Cuando las malas contará una *eme*.

Sus hojas de avaricia estarán llenas
Del que impera dó el Etna tiene el lecho,
Y Anquises terminó sus largas penas [13],

Y para hacer saber su ánimo estrecho,
Será allí escrito, en letras abreviadas,
Que hagan mucho expresar en parvo trecho.

Y las obras veránse allí malvadas
Con que dejan el tio y el hermano
Su estirpe y dos coronas deshonradas [14].

Y allí del portugués [15], del Norvigiano [16],
Y del de Rácia [17] el nombre inscribiráse,
Que el cuño contrahizo veneciano.

¡Hungría cuán feliz, si no dejase
Que la rigieran mal! ¡Feliz Navarra,
Si el monte que la cerca en torno armase!

Todos tened de mí verdad por arra,
Que ora gimen Nicosia y Famagusta
Por la bestia que clávales la garra
Que al flanco de otros pueblos ya se ajusta [18].—

CANTO XX.

El águila vuelve á hablar, y hace el elogio de algunos antiguos Reyes que han sido justos y virtuosos; y en seguida explica á DANTE cómo vários personajes que no han conocido la fé cristiana han obtenido un lugar en los cielos.

Cuando el que al mundo todo alto ilumina
Del hemisferio nuestro ya desciende,
Y el dia por dó quiera se termina,

El cielo, que ántes dél sólo se enciende,
Alumbrado aparece repentino
Por luces muchas, en la que una esplende.

Y este recuerdo á mi intelecto vino,
Cuando el signo del mundo y de sus Duces,
Del pico puso fin al son divino.

Todas esas entónces vivas luces,
Aún más luciendo, comenzaron canto
Que tú, débil memoria, mal produces.

¡Oh dulce amor, velado en brillo tanto,
Cual brillas en las chispas eternales
Sólo animadas del pensar más santo!

Cuando las caras joyas celestiales,
De que va el sexto globo esplendoroso,
Suspendieron sus timbres divinales,

De un rio pensé oir el son ruidoso,
Que claro baja y entre losas gira,
De su cáuce mostrando lo copioso.

Y cual toma del cuello de la lira
Fuerza el sonido, y cual en flauta opera
Por los puntos el aire que ella aspira,

Así impaciente de mayor espera,
Del águila salióse el murmurio,
Sús por el cuello, cual si hueco fuera.

Voz de allí se formó, que luégo brío
Toma del pico, y la palabra aborta
Que ansiaba el pecho, y que escribí en el mio.

—La parte que al sol mira y le soporta
(Ella dijo) en las águilas mortales,
Que ora en mí veas con fijeza importa.

Porque, de las que dánme formas tales,
Las que hacen ojo, de mi pico á orilla,
Son la flor de los grados celestiales.

El que así cual pupila en medio brilla,
Fué el cantor régio del Espirtu Santo,
Que el arca trasportó de villa en villa.

Ora el valor conoce de su canto;
Que si atricion vivísima aconseja,
Aquí recibe el premio de su llanto [1].

De los cinco que en arco hacen mi ceja,
El que más cerca de mi rostro mora,
Por el hijo á la viuda alivios deja [2].

Cuán caro cuesta al fin aquí avalora
Á Cristo no seguir, con la experiencia
De la vida de abajo y la de ahora.

Y el que forma tras él circunferencia,
Dó el arco que ya dije en alto gana,
Y que alargó el vivir por penitencia [3],

Hoy ve que la Justicia soberana
No cambia, porque logre digno ruego
Que lo que hoy debió ser, llegue mañana.

Conmigo y con la ley el que está luégo [4],
Con fin bueno, que males ha causado,
Por ceder al pastor, hízose griego.

Ora ve que el mal fruto que ha brotado
Del bien que pretendió no le es nocivo,
Aunque el mundo por él yazca arruinado.

Y el que brilla del arco en el declivo
Fué Guillermo [5]: el país muerto le llora
Que aún á Fadrique: á Cárlos llora vivo.

Del cielo el grande amor conoce ahora
Hácia los Reyes justos, que se pinta
Bien en la ardiente luz que le decora.

¿Quién creyera en la vida allá distinta
Que Riféo el de Troya[6], en el redondo
De las almas de luz, fuese la quinta?

Ora conoce bien lo què es muy hondo
Á humano alcance de la diva gracia,
Aunque no llegue con su vista al fondo.—

Como alondra en el aire en que se espacia
Se deshace gorjeando, y luégo cesa,
Con el último largo quiebro sácia,

Así la imágen parecióme impresa
Por el placer eterno, á cuyo fallo
Cada cosa es cual es, sola y expresa.

Y aunque en mis dudas, trasparente me hallo
Como el vidrio al licor que en él reside,
Ya con gran pompa mi impaciencia acallo.

Mas mi boca: *¿qué cosa es esa?* expide,
Cual suelto peso á declinar propenso;
Y aquí el corusco de las chispas vide.

Y con ojo de luz, aún más intenso,
El beato signo respondióme ardiente,
Por no tenerme en admirar suspenso:

—Veo que en eso crees solamente
Por mi aserto, y su esencia te es dudosa;
Con que si te es creido, no patente,

Haces como el que sabe alguna cosa
Bien por el nombre, y el por qué no alcanza
Si otro no se la explica y la desglosa.

De ardiente amor y vívida esperanza
Regnum cœlorum sufre una violencia,
Que inclina del Bien Sumo la balanza,

No cual hace hombre á hombre resistencia:
Véncele por que él quiere, y el vencido
Vence por su bondad y su clemencia.

Maravilla en mi ceja ver te ha sido
Primera y quinta luz, y te ha pasmado
Que á la region angélica han subido,

Mas no el cuerpo gentiles han soltado,
Sino cristianos ya, su fé rindiendo,
Uno al que han de clavar: otro al clavado [7];

Y una alma el cuerpo recobró, saliendo
Del Orco dó volver al bien no es uso,
Y eso de alta esperanza [8] premio siendo:

Alta esperanza que las fuerzas puso
En las preces á Dios para ganarla,
Ablandándole al bien que se propuso.

Y esta gloriosa luz que aquí se dice
Vuelta al cuerpo en que sólo estuvo un tanto,
Creyó en el que la pudo hacer felice,

Y creyendo, encendióse de amor santo
En fuego tal, que á la segunda muerte
Digna fué de venir á este almo encanto.

La otra, por gracia del caudal que vierte
Tan profundo sus linfas, que criatura
Nunca el orígen de su curso advierte,

Puso abajo su amor, por derechura,
En que de gracia en gracia Dios le abriera
La vista á la alta redencion futura.

Y creyó en ella; y desde entónces le era
Hediondo el paganismo y sus engaños,
Reprendiendo al que en vicios persevera.

Y le inmergieron en los divos baños
Las tres que viste en la derecha rueda,
Ántes del bautizar más de mil años [9].

¡Oh predestinacion, cuán léjos queda
Tu raíz del alcance al cual medido
Ver todo el primer Móvil se le veda!

Y tú, pobre mortal, sé comedido
En juzgar; que á nosotros, que á Dios vemos,
Aún todo electo sér no es conocido.

Y esta ignorancia por feliz tenemos,
Porque el bien nuestro con el bien se acrece
De que lo que Dios quiere, eso queremos[10].—

Así aquel signo divinal me ofrece
La suave medicina que mi vista
Turbia y débil aclara y fortalece;

Y como á buen cantor buen citarista
Sigue con el tañer de su hábil cuerda,
Y así mayor deleite el canto aquista,

Así miéntras habló, se me recuerda
Que ví que las dos ánimas benditas,
Cual movimiento de ojos se concuerda,
Movian, á su hablar, sus lumbrecitas.

CANTO XXI.

Sube DANTE desde el cielo de Júpiter al de Saturno. Allí encuentra á los que se han dado á la vida contemplativa, y ve una escala altísima, cubierta de una porcion de sustancias. San Pedro Damian responde á diferentes preguntas que le hace el Poeta.

Fija otra vez mi vista en el semblante
De Beatriz, y con ella el alma entera,
De toda otra intencion me hallé distante [1].

No reia su faz:—Pues si riera
(Me dijo), harias cual Semele el dia
Que monton de cenizas se volviera [2].

Porque sabrás que la belleza mia,
Que segun más se sube más se enciende
Por la escala eternal que al cielo guia,

Tanto, si no se templa, viva esplende,
Que tu mortal potencia á sus fulgores
Fronda sería á quien el rayo hiende.

Ya en los sétimos te hallas resplandores,
Que bajo el pecho del leon potente,
Con su virtud mitigan sus ardores [3].

Tras tus ojos aquí fija la mente,
Y de ellos haz espejo [4] á la figura
Que en este espejo te será patente. —

Quien supiese cuál era la pastura
De mis ojos en ver el rostro amado,
Cuando hube de ocuparme de otra cura,

Saber podria si gozar me es dado,
Á la rectora mia obedeciendo,
Al compensar aquél con este agrado.

Dentro el cristal que, al mundo circuyendo,
Lleva el nombre de aquél su caro guía
Que acabó con el mal, la paz trayendo [5],

De áureo color dó rayo traslucia,
Ví una escala que tanto se elevaba,
Que seguirla mi vista no podia.

Y ví que por sus gradas luz bajaba
Tanta, que imaginé que cuanta lumbre
Resplandece en los cielos, se apagaba,

Y cual cornejas por natal costumbre
La pluma al alborear todas avientan,
Por sacudir su helada pesadumbre;

Y luégo, á no volver, unas se ausentan,
Y otras retornan al lugar pristino,
Y otras dó están girando, allí se asientan;

Así el hacer me pareció divino
Del resplandor que andaba unidamente,
Hasta que á cierta grada á parar vino.

Y el más junto á nosotros tan luciente
Se puso, que decia yo, pensando:
—Bien veo que amor grande por mí siente.—

Mas la de quien espero el cómo y cuándo
Del decir y el callar era en reposo,
Y así venzo mi gusto y no demando;

Con que ella, que me via silencioso
En el ver del que á todo ver precede,
Díjome: — Sácia tu querer fogoso.—

Y empecé yo: —Mi merecer no puede
Sólo de tu respuesta hacerme digno:
Mas por quien demandar se me concede

(¡Espirtu beato! á quien envuelve el signo
De alegría en redor), la causa amena
Cuenta que á mí te acerca tan benigno:

Y dí por qué este globo no se llena
Del concierto feliz del Paraiso,
Que tan devoto en los demás resuena.—

—Mortal tienes (repuso) como el viso
El oido tambien: aquí no hay canto,
Por igual causa que en Beatriz no hay riso [6].

De la escala divina bajé tanto,
Porque mi hablar cual fiesta te halagára,
Y el resplandor que me circunda santo.

No que me impulse á mí virtud más rara,
Que tanto amor y aún más hierve allá arriba,
Como el lucir creciente lo declara.

Mas la alta caridad que nos cautiva
En servitud del que eternal gobierna,
Aquí sortea y de eleccion nos priva [7].—

Y dije: —Veo bien, sacra lucerna,
Que aquí de libre amor el ejercicio
Basta á llenar la Providencia eterna.

Mas aún no alcanza á comprender mi juicio
Por qué predestinada fuiste ahora,
Sola entre tus consortes, á este oficio.—

Y aún mi voz lo postrero no decora,
Cuando hace la luz eje de su centro,
Girando en sí cual rueda voladora.

Despues dijo el amor que estaba dentro:
—Desde el alto divina luz me enfila,
Por la luz penetrando en que me encuentro;

Cuya virtud visual la mia afila,
Y tanto me alza sobre mí, que veo
La suma esencia, de la cual destila.

De aquí procede el gozo en que chispeo;
Porque á la vista mia, aunque es tan clara,
Este fulgor se junta de mi arreo.

Pero del cielo el ánima más clara,
El serafin que á Dios más fijo pace,
No á la pregunta tuya contestára;

Pues lo que tú demandas, tanto yace
Del estatuto eterno en el abismo,
Que no hay creada vista que lo abrace.

Y cuando bajes, cuéntalo tú mismo
Allá, no hierva en presuntuoso anhelo
Por elevarse á tanto el humanismo.

La mente que aquí es luz, humo en el suelo;
Con que no extrañes si el mortal no mira
Lo que el alma no ve que exulta el cielo.—

Su acento así, que á limitarme tira,
Cortó el discurso, y de respeto lleno,
Sólo á pedir quién es mi lábio aspira.

—De Italia entre uno y otro golfo ameno [8],
No léjos de tu pátria, tan osado
Se alza un monte, que abajo ruge el trueno,

Y un promontorio en él, Cátria llamado.
Consagrada, sobre él, hay una ermita
Donde el culto verdad sólo es usado.—

Por vez postrera el ánima bendita
Así dijo, y despues:—Allí tan vivo
Mi celo en su servicio se ejercita,

Que con pasto del jugo del olivo,
Fácil pasaba del invierno el luto,
Dichoso en mi pensar contemplativo.

Ese cláustro á estos cielos gran tributo
Solia entónces dar, en yermo vano
Hoy vuelto se ha de ver, pobre y sin fruto.

En ese sitio fuí Pedro Damiano,
Cual Pedro pecador luégo en la casa
De María, en la orilla del Adriano [9].

Era mi vida ya bien corta y lasa,
Cuando al sombrero aquel fué mi destino,
Que de mal á peor hoy siempre pasa.

Cephas, y de eleccion el vaso fino [10]
Al mundo vienen, y descalzos vagan,
Y toman de dó quier su pan mezquino:

Mas los pastores de hoy sólo se pagan
De que los úpen de uno y otro canto,
(¡Tan crasos van!) y que sostén les hagan;

Y el palafren gualdrapan con su manto,
Con que á dos bestias cubre una mantilla...
¡Oh paciencia de Dios, que sufres tanto!—

Á esta voz, ví infinita lumbrecilla
Bajar de grada en grada, y revolverse,
Y que más linda á cada vuelta brilla.

Y al lado de Damian las ví ponerse;
Y dar un grito, de sonar tan lleno,
Que acá nada hay que pueda parecerse,
Y que yo no entendí, sordo del trueno.

CANTO XXII.

En el planeta Saturno encuentra DANTE á San Benito. Sube y entra en seguida en el signo de Géminis en la octava esfera, que es el cielo de las estrellas fijas.

De estupor lleno, á la rectora mia
Me volví, cual rapaz que se recoge
Siempre al amparo de que más confia,

Y ella, cual madre que en su seno acoge
Al de pronto espantado pequeñuelo,
Con acento que el ceño le descoge,

Me dijo:—¿Pues no ves que éste es el cielo?
¿Y no sabes que el cielo todo es santo,
Y lo que se hace en él es por buen celo?

Cuál te habria turbado ántes el canto
Y mi reir, juzgar aquí pudieras,
Pues un grito no más te aturde tanto.

En el que, si entendido el ruego hubieras,
El castigo sabrias que se guarda,
Cuyo efecto has de ver ántes que mueras [1].

Que la espada de acá no es presta ó tarda
Sino á juicio de aquel á quien contrista,
Ó á quien ansioso con placer la aguarda.

Mas que ya tu atencion á otros asista;
Que almas verás bien nobles, de improviso,
Si donde te diré fijas la vista.—

Los ojos puse yo donde ella quiso;
Y ví cien esferillas, que embellece
De su junto brillar el mútuo riso.

Yo estaba como aquel que en sí adormece
La espuela del deseo, y que no alienta,
Porque pedir de sobra le parece.

Y hácia mí la más grande y luculenta
Se adelantó de aquellas perlas caras,
Para dejar mi voluntad contenta.

Y escuché dentro de ella: —Si pesáras
Cual yo la caridad que en nós responde,
Tiempo há que tus conceptos reveláras.

Mas porque tú, esperando, el llegar donde
Es tu alto fin no atrases, doy respuesta
Á la idea que tu ánimo así esconde.

El monte que á Casin tiene en su cuesta [2],
Mansion en otros tiempos tuvo encima
De una engañada gente y mal dispuesta.

Y el primero fuí yo que alcé en su cima
El nombre que en la tierra hizo fecundo
El signo de verdad que nos sublima.

Él me tornó de gracia tan jocundo,
Que retraje á los pueblos circunstantes
Del ímpio culto que sedujo al mundo.

Estos otros varones contemplantes
Fueron, y ardió su pecho el elemento
Que da flores y frutos rozagantes.

Y aquí á Macario[3] y á Romualdo cuento,
Y á los hermanos que en las celdas nuestras
El pié fijaron y ardoroso aliento. —

Y yo le dije: — La aficion que muestras
Conmigo hablando, y la vivaz semblanza,
Á mí bondosa, de las luces vuestras,

Ha dilatado el jugo á mi confianza,
Como el sol á la rosa, cuando vierte
Entera al aire su caudal pujanza.

Ruégote, pues, ¡oh padre! y tú me advierte
Si puedo disfrutar favor tan pío,
Que en tu perfecta forma alcance á verte. —

Y él: — Llenárase, hermano, á tu albedrío
Tu alto deseo en la más alta esfera,
Donde se cumplen los demás y el mio.

Que toda aspiracion es allí entera,
Cabal, madura; y sólo allí inmutada
Es cada cosa, y donde siempre fuera:

Que entre polos no está [1], ni en parte dada,
Y nuestra escala hasta su cumbre ha ido;
Por lo que así se pierde á tu mirada.

Esa escala hasta el punto más subido
Del patriarca Jacob la vista atrajo,
Cuando cargada de ángeles la vido.

Pero nadie á su planta da el trabajo
De subirla, y mi regla peregrina,
Para manchar papel, queda allá abajo.

Los muros que ántes casa eran divina,
En cueva se han trocado, y saco pleno
Son las cogullas de averiada harina.

Mas la usura más grave tan de lleno
Á Dios no ofende, cuanto aquel tributo
Que al fraile de soberbia le hinche el seno:

Que todo ahorro de la Iglesia y fruto,
Toca á la grey que pide á Dios devota,
No á deudo, ni á otro amor más disoluto.

La humana voluntad tan muelle flota,
Que allá no dura el bueno empezamiento,
Desde el nacer la encina al dar bellota.

Pedro empezó sin oro y sin argento,
Y yo á la prez y ayuno sometido,
Y humilde abrió Francisco su convento;

Y si el orígen ves de que ha nacido
Cada regla, y despues cuál su carrera,
Verás lo blanco en negro convertido.

Mas obra fué mayor, cuando torciera
Jordan su curso y cuando el mar sumióse
(¡Pasmosa vista!), que el remedio hoy fuera.—

Así me dijo, y luégo replegóse
Al grupo suyo, y se estrechó su grupo,
Y luégo arriba cual turbion alzóse.

Y la dulce mujer tras ellos supo
Con un signo impulsarme á aquella escala:
¡Tanto su influjo en mi natura cupo!

Nunca aquí abajo cuando el aire cala
Sér viviente por hondo ú alto trecho,
Vuelo hay que mida con el mio el ala;

Y así pueda, lector, volver derecho
Al triunfo, por el cual ferviente lloro [5]
Yo mis pecados y me tundo el pecho,

Si en ménos que tu dedo en llama de oro
Entra ó sale, yo mismo no me vide
Dentro del signo estar que sigue al Toro [6].

Astros gloriosos, luz donde reside
Tan gran virtud, de dó venirme miro
Lo poco ó mucho que mi ingenio mide,

Conjunto con vosotros iba el giro
Del que es gérmen de todo mortal vaso,
Cuando al aire toscano abrí el respiro [7].

Y cuando luégo tuve el don no escaso
De entrar en la alta rueda que os engira,
Por vosotros mi suerte abrióme el paso.

Y hácia vosotros hoy mi alma suspira,
Devota por ganar virtud bastante
Al tránsito mayor que á sí la tira.

—Ya estás (dijo Beatriz) á breve instante
De la última salud, y cual centella
Ser debe tu mirada penetrante.

Por eso ántes que ahonde más en ella,
Mira abajo, y contempla cuánto mundo
Te hice dejar tras de tu ráuda huella;

Porque tu pecho con placer profundo
Al bando se presente, que felice
Por esta etérea luz viene jocundo.—

Yo por todas las siete esferas hice
Girar mi vista, y tal vide este grumo,
Que de su aspecto me burlé infelice;

Y así el consejo por mejor asumo
Del que le humilla más; y que está, pienso,
En quien lidia por otro el saber sumo.

Yo ví, ya ardiente sin el velo intenso,
El globo de la luna, de que arguyo
Que no es cual le juzgaba ralo ó denso.

Y allí, Hiperion [8], sufrí del hijo tuyo
El resplandor, y ví cómo en su esfera
Ruedan Maya y Dióne en torno suyo.

Y mostróseme Jove, que atempera
Al hijo y padre [9]; y ví dó se somete
Cada cuál á girar en su carrera.

Y allí se me mostró de todos siete
El tamaño y presteza singulares,
Y la ley que á distancia los sujete.

Miéntras con los gemelos seculares
Giraba, el nido que nos hierve á enojos [10]
Todo se me mostró de monte á mares...
Y alcé mis ojos á los dulces ojos.

CANTO XXIII.

Maravillosa aparicion de la Córte celestial. Bajan de lo alto Jesucristo y María entre infinitos ángeles y Santos. La luz del Hijo de Dios quita la vista al Poeta; pero ascendido este al Empíreo, puede ver claramente los otros milagros del Paraiso. El arcángel Gabriel, en figura de llama, baja á coronar á la Vírgen, la cual se eleva por encima de todos los demás Santos.

Cual ave quieta en la hojarasca, en donde
El nido abriga de su prole amada,
En la noche que toda cosa esconde,

Por gozarse en su vista deseada,
Y por ir á buscarles la pastura,
Trabajo en que penoso no halla nada,

En el borde entreabierto ál tiempo apura,
Y con ánsia impaciente aguarda el dia,
Fija espiando su primer blancura;

Así atenta y de pié, la dueña mia,
Vuelta á la parte de los cielos era,
En la que el sol más lento el carro guía [1];

Con que al verla suspensa en tal manera,
Tornéme, como aquel que, deseando
Cierta cosa, se calma con la espera.

Mas pasó poco entre uno y otro, cuando
(Digo entre el esperar y el ver cumplido)
Ví que el cielo veníase aclarando.

Y Beatrice:—Ve aquí de Cristo unido
El séquito triunfante, y todo el fruto
De ir por estas esferas recogido.—

Su rostro al fuego aquí daba tributo,
Y sus ojos de gozo eran tan llenos,
Que más vale que yazca el lábio enjuto.

Como en los plenilunios más serenos
Febe entre sus ancelas rie eternas
Que dan color á los celestes senos,

Ví yo, sobre millares de lucernas,
Un Sol que á todas ellas encendia,
Como el nuestro á las lámparas supernas.

Y por la viva lumbre entrefulgia
Esa sustancia lúcida, tan clara,
Que sufrirla mi vista no podia.

¡Oh Beatrice, mi dulce guía cara!
Que me dijiste:—Quien te turba el tino
Es virtud de quien nadie se repara.

Allí es la ciencia y el poder divino
Por quien tan largo anhelo al mundo enciende
El que entre tierra y cielo abrió camino [2]. —

Como fuego de nube se desprende
Para ensancharse porque allí no cabe,
Y á tierra, en contra de su ley, desciende;

Así agrandada con manjar tan suave,
Mi mente se salió del usual brío;
Y qué fué de ella recordar no sabe.

— Los ojos abre, y ve cómo yo rio,
Pues has visto ya cosas, que potente
Te hacen á soportar el riso mio. —

Estaba yo como el que aún algo siente
De olvidada vision, y no resigna
Traerla con esfuerzos á su mente,

Cuando escuché la invitacion, tan digna
De mi amor, que borrar nadie lográra
Del libro en que el pasado se consigna.

Si aquí la voz de todos resonára
Cuantos Polimnia y el fraterno coro
Con su leche nutrieron dulce y cara,

Junta á la mia, en su cantar sonoro
No diria un milésimo del riso
De aquel santo semblante en lumbre de oro.

Así, pues, describiendo el Paraiso,
Bien es que salte el místico poema,
Cual quien ve roto el suelo de improviso.

Y el que recuerde el ponderoso tema
Y en cuál hombro mortal va gravitando,
Á fé no ha de increparle porque trema;

Que no se trata aquí del que bogando
Va en breve esquife de atrevida prora,
Ni de náuta que ardor va reservando.

—¿Por qué mi rostro así tal te enamora,
Que al jardin no te vuelves peregrino
Que á los rayos de Cristo el seno enflora?

Allí es la rosa en que encarnó el divino
Verbo, y los lirios de fragancia mucha
Á cuyo olor se toma el buen camino.—

Dijo Beatriz, y mi ánima, que escucha
Dócil su voz, se vuelve todavía
De los débiles ojos á la lucha.

Como, á un rayo que puro el sol envia
Por rota nube, vió prado de flores
Velado alguna vez la vista mia;

Así ví yo gran copia de esplendores,
Alumbrados de lo alto en ígnea arista.
Sin ver el manantial de los fulgores.

¡Oh virtud que así amable los enlista [3]!
¡Cuál te elevaste por dejarme un poco
De campo al juego de mi floja vista!

El nombre de la bella flor [4] que invoco
Mañana y noche concentró el anhelo
De mi alma por hallar el más gran foco.

Y así que á mis dos ojos dió sin velo
El cuál y cuánto de la hermosa estrella
Que vence aquí, como venció en el suelo,

Bajó por entre el aire una centella [5],
Un cerco haciendo, á guisa de corona,
Y la ciñó, girando en torno de ella.

La melodía que aquí bajo entona
El son más dulce que del alma tira,
Trueno fuera que rompe de alta zona,

Comparada al sonar de aquella lira
De que se orlaba el límpido zafiro
Con que el cielo más claro se enzafira.

—El angélico amor soy yo, que giro
En torno al gozo sumo que concentras,
¡Oh seno en que de Dios moró el respiro!

Y giraré, Reina del cielo, miéntras
Sigas á tu Hijo y hagas crezca el dia
En el cielo, mayor porque en él entras.—

Así la circundante melodía
Cerrábase, y la Córte Soberana
Luégo aclamaba el nombre de María.

El real manto de toda luz galana
Del orbe: el que más arde y se esclarece
En el soplo y la faz de Dios cercana [6],

Por encima de nós tanto enaltece
Su confin eternal, que su evidencia
Aún no de donde estaba me aparece.

Mi vista así no tuvo ya potencia
Para seguir la coronada flama,
Que subió á unirse á su alta descendencia [7]

Y como infante que, despues que mama,
Sus tiernos brazos á la madre tiende,
Á interno impulso que á brincar le llama;

Cada fulgor de aquellos tanto extiende
Su cima, que mostraron á qué altura
El amor por María les inflama.

Luégo ante mí la escuadra cantó pura
Regina cœli allí tan dulcemente,
Que en mí jamás borróse su dulzura.

¡Oh cuánta la abundancia es excedente
De aquellas arcas de tan rico aforo
Que abajo echaron tan feraz simiente!

Aquí se vive y gózase el tesoro
Que se ganó llorando, en el exilio
Babilonés donde dejóse el oro.

Aquí se goza, bajo el divo filio
De Dios y de María, en su victoria,
Con el antiguo y nuevo alto concilio,
Quien conquista las llaves de tal gloria [8].

CANTO XXIV.

Se vuelve Beatriz á los Santos, y les ruega en favor de Dante; y ellos, dispuestos en vários círculos, empiezan á dar vueltas más ó ménos veloces, segun el grado de su vision. Del círculo más luminoso sale San Pedro y pregunta á Dante, á ruego de Beatriz, sobre la virtud teológica de la *Fé*: él responde con precision católica, y merece la aprobacion del grande Apóstol.

—¡Oh concurso escogido á la gran cena
Del Cordero que os nutre de tal suerte,
Que eternamente el apetito os llena!

Si por gracia de Dios, de lo que vierte
Vuestra mesa éste alcanza un alimento,
Ántes que su vivir mida la muerte,

Considerad su vivo encendimiento,
Y rociadle: vosotros la bebida
Bebeis siempre en que él tiene el pensamiento.—

Beatriz dijo; y la tropa esclarecida
Globos de fijos polos va formando,
Que brillan cual cometa en luz subida.

Y cual resortes de reló, girando
De modo van, que á quien lo ve, el primero
Quieto aparece: el último escapando;

Así cada volante, en lo ligero
Ó lento de su danza, la grandeza
De su triunfo juzgar me hacía entero.

De aquél en quien noté mayor belleza
Salir un fuego vide tan felice,
Que ninguno quedó de más viveza;

Y tres veces en torno de Beatrice
Volvióse, con un cántico tan divo,
Que no mi fantasear me lo redice.

Con que la pluma salta y no lo escribo,
Que no nuestro idear á esas honduras,
Cuanto más el decir, bastante es vivo.

—¡Oh santa hermana mia, que me apuras
Tal con las preces de tu amor ardiente,
Que dejo de mi esfera las dulzuras...!—

Y aquí calló aquel fuego bendiciente,
Y envió á mi dueño el hálito precioso,
Que aún de hablar como he dicho era caliente.

Y ella:—¡Oh luz santa del Varon glorioso
Á quien nuestro Señor dejó las llaves
Que Él llevó de este gaudio milagroso,

A éste en puntos probar leves ó graves
Puedes, á tu querer, de la fé entera
Por quien ir sobre el mar enjuto sabes [1]!

Si él cree: si bien ama y bien espera
No se te oculta, porque está á tu vista
El espejo en que todo reverbera.

Mas pues de sus poblantes la conquista
Hizo este reino por la fé, á gloriarla
De éste la devocion bien es que asista.—

Cual bachiller prepárase y no parla
Hasta que ya el maestro pone el punto
Para abrir discusion, que no á acabarla;

Así yo callo y argumentos junto,
Miéntras habla Beatriz, para estar presto
Á tal preguntador, á tanto asunto.

—Dí, buen cristiano; pon bien manifiesto:
¿*Qué cosa es Fé?*—Y aquí yo alcé la frente
Á aquella luz que preguntábame esto.

Luégo á Beatriz volvíme, y prontamente
Ella me hizo señal de que vertiese
Afuera el agua de mi interna fuente.

—La gracia, que me da que me confiese
(Yo empecé) con el alto Primipilo [2],
Haga que en clara precision me exprese.—

Y proseguí:—Como el verace estilo
Nos dice ¡oh padre! del tu hermano amado [3]
Que cual tú puso á Roma en el buen hilo,

Es sustancia la fé de lo esperado,
Y argumento de cosa no patente,
Y su *quid est* así juzgo explicado.—

—Juzgas (me dijo) bien, si ves fielmente
Por qué con las sustancias él la puso,
Y entre los argumentos finalmente [4].—

Y yo luégo:—El misterio más difuso
De que aquí se me muestra la evidencia,
Á los ojos de abajo es tan confuso,

Que sólo tiene sér por la creencia:
Sobre ésta la esperanza se sostiene,
Y de Sustancia así toma existencia.

Y desde esa creencia nos conviene
Silogismar sin más regla á la vista,
Puesto que fuerza de argumento tiene.—

Entonce oyí: —Si cuanto se conquista
Abajo de saber, fuera así expreso,
Nunca ingenio se alzára de sofista.—

Tal dijo el soplo de ese amor inceso,
Y prosiguió: — Probado asaz resulta
De esta moneda ya la ley y el peso.

Mas dime si tu bolsa de ella abulta. —
Y yo: — La tengo tan lucida y tonda,
Que nada de su cuño se me oculta. —

Luégo esta voz salió de la luz honda
Que allí lucia: — Y dí, la margarita
A que no hallo virtud que no responda,

¿De dó te viene? — Y yo: — Lluvia infinita
Del Espíritu Santo que profusa
Está en la antigua piel y nueva escrita,

Silogismo es que en mí la deja infusa
Con evidencia tal, que ya imagino
Toda razon respecto de ella obtusa. —

Luégo escuché: — El antiguo y nuevo sino
Que tu juicio en tan firme nudo agarra,
¿Por qué los tienes por hablar divino? —

Y yo: — Lo que la niebla me desgarra,
Son sus milagros, en que no natura
Yunque suyo batió, ni encendió barra. —

Y entónces respondió: — ¿Quién te asegura
De esos milagros, dí? ¡Bravo aforismo:
El que ha de dar la prueba es quien lo jura! —

Y yo: — Si vino al mundo el Cristianismo
Sin operar milagros, ese es uno;
Y tal, que por millares vale el mismo.

De esos fué el entrar tú pobre y ayuno
En el campo á sembrar la buena planta
Que viña llegó á ser, y que hoy es pruno.—

Esto acabado, la alta Córte Santa
Cantó *Alabemos* de una en otra esfera,
Con la armonía con que allí se canta.

Y el Varon que de ramo en ramo fuera
Mi exámen así haciendo, y ya me habia
Llevado hasta tocar la hoja postrera,

Recomenzó: — La gracia que extasía
Y enamora tu mente, abrió tu boca
Hasta aquí, como abrirse ella debia.

Apruebo, pues, lo que tan claro toca:
Mas ora has de expresar lo que creiste,
Y cuál motivo tu creer provoca.—

—¡Oh beato padre, espirtu que supiste
Creer tan bien, que á jóven pié ganando,
Primero ante el sepulcro santo fuiste [5]!

(Empecé yo): tú quieres que explicando
Vaya aquí mí creencia, y hasta veo
Que estás el por qué de ella preguntando.

Y vé aquí mi respuesta: en un Dios creo
Sólo eterno, que al orbe entero mueve,
Él quieto, con amor y con deseo;

Sin que otra prueba mi creencia lleve
Física ó metafísica, que tantos
Signos que desde aquí la gracia llueve,

Por Moisés, los Profetas y sus cantos,
Y por vuestros escritos divinales,
Despues que el ígneo Espirtu os volvió Santos.

Y creo en tres Personas eternales;
Y que una esencia son tan una y trina,
Que admite *Sunt et est* en todo iguales.

Y esa profunda trinidad divina
Que voy diciendo, en mi ánimo se sella
Por diversa evangélica doctrina.

Y ese el principio, y esa es la centella
Que luégo en vivo fuego dilatada,
Relumbra en mí como en el cielo estrella. —

Como escucha el señor cosa que agrada,
Y al siervo da las gracias, le abrazando,
Así que acaba, por la nueva amada;

Así, pues, bendiciéndome y cantando,
Por veces tres cuando callé, con yugo
Dulce me ató el Apóstol cuyo mando
Hízome hablar: ¡mi hablar tanto le plugo!

CANTO XXV.

Santiago examina al Poeta sobre la Esperanza, y propone tres dudas. Beatriz responde á la segunda: DANTE á la primera y la tercera. Luégo San Juan Evangelista discurre con el Poeta.

Si el sagrado poema que á luz saco,
En que parte han tenido cielo y tierra,
Y que me há tantos años puesto flaco,

Vence al fin la crueldad que me destierra
Del dulce aprisco en que dormí cordero
Entre los lobos que le ponen guerra;

Con otra lana y canto más entero
Volveré yo Poeta, y en la fuente
Tendré el laurel dó me bañé primero [1];

Pues que en la fé que eleva santamente
Á Dios las almas penetré, y por ella
Pedro tambien acarició mi frente.

Á nosotros despues vino una estrella
De la escuadra que envionos la primicia
De Vicarios de Cristo en luz tan bella [2].

Y mi dueño, brillando de leticia:
—Mira (me dijo) al gran Varon que asoma,
Por quien tantos visitan la Galicia.—

Como cuando se pone la paloma
Cabe su par, y amor le manifiesta,
Con las vueltas y el son que su voz toma,

Así ví yo acoger con dulce fiesta
El uno al otro príncipe glorioso,
Celebrando el manjar que el cielo apresta.

Y acabado el saludo así afectuoso,
Cada cual *coram me* mudo paróse,
Con ver que me deslumbra luminoso.

Luégo Beatriz riendo así expresóse:
—Ínclita luz por quien la gran largueza
De nuestra alta basílica escribióse [3].

Haz sonar la esperanza en esta alteza:
Tú hiciste que tres veces se figure,
Cual Jesus en los tres con más fijeza [4].—

—Alza la faz: tu vista se asegure;
Que lo que viene acá del mortal mundo,
Bien es que á nuestros rayos se madure.—

Conforto tal del esplendor segundo
Me vino; y yo la vista alcé á los montes [5]
Que ántes con peso hundiéronla profundo.

—Pues quiere que por gracia tú te afrontes
El nuestro Emperador, ántes de muerto,
En el áula suprema con sus Contes,

Para que, de esta Córte ya bien cierto,
La Esperanza que abajo amor fecunda,
En tí y otros afirme el brío incierto;

Quién es, dime; y por qué de ella se inunda
Tu mente, y de dó á tí se manifiesta;—
Así hablando siguió la luz segunda.

Y aquella pía que á mis alas presta
Guia y sostén en vuelo tan pujante,
De este modo previno mi respuesta:

—No tiene hijo la Iglesia militante
Más de esperanza lleno, como escrito
Está en el sol que en nós luce radiante.

Y por eso le es dado que de Egito
Venga á Jerusalen [6], ántes del plazo
Que á servicio marcial le está prescrito.

Los otros dos asuntos, cuyo trazo
No pides por saber, mas porque cuente
Lo que de esta virtud te es dulce el lazo,

Él los trace, que él puede fácilmente
Y sin jactancia hacerlo: él, pues, responde,
Y ayúdele de Dios la gracia ardiente.—

Como al Doctor alumno corresponde
Libente en lo que es diestro, y se apresura
Porque allí su destreza bien se oronde,

Dije: —Esperanza expectacion segura
Es de la gloria eterna, que produce
Mérito precedente, gracia pura.

Esta mi luz de estrellas mil se aduce [7]:
Mas quien primero á el alma me la envía,
Es el sumo cantor del Sumo Duce.

En tí esperen, en la alta Teodia,
Los que bien saben (dice) *el nombre tuyo:*
¿Y quién no lo sabrá con la fé mia?

Con tu epístola luégo [8] el fluir suyo
Tú me fluíste; así que estoy tan lleno,
Que en otros con la lluvia vuestra afluyo.—

Miéntras yo hablaba, en el viviente seno
De aquel incendio tremolaba un lampo,
De relámpago á modo, ráudo y pleno.

Lüégo dijo:—El amor porque aún alampo,
De la virtud de que seguí la huella
Hasta el martirio y mi dejar el campo [9],

Quiere te anime á tí que ves en ella
Tu deleite, y que digas las venturas
Que te promete la Esperanza bella.—

Y yo:—Nuevas y antiguas escrituras
Lo enseñan.—Y él:—Pues prueba.—Y yo en seguida
—De las almas que Dios ha vuelto puras,

Dice Isaías, *cada cual vestida*
En su tierra será de doble traje:
Y su tierra es aquesta dulce vida.

Y tu hermano, en sus letras sin ambaje
Que de las blancas ropas nos dijeron [10],
A esa revelacion rinde homenaje.

Y ántes que estas palabras concluyeron,
Un *Sperent in te super* se oia,
Al que todos los giros respondieron;

Y luégo luz tan fúlgida lucía,
Que si un cristal así Cáncer tuviera,
Fuera el invierno un mes de un solo dia [11].

Y como vírgen se alza y va ligera,
Y en honra sólo de la nueva esposa
Entra en danza, que no por lo que espera [12];

Así vide venir la luz hermosa
Hácia ese par que en círculo giraba,
Como su sed pedíale amorosa.

Y unióse al canto y letra que sonaba,
Y mi dueña el mirar clavó en su aspecto,
É inmóvil, muda, como novia estaba.

—Este es el que á su pecho unió dilecto
El Pelícano nuestro: éste [13] el que ha sido
Bajo la cruz al grande Oficio electo.—

Estas palabras, sin haber movido
Mucho ni poco de dó están mirando
Sus ojos, mi señora ha proferido.

Cual quien fija los suyos, aguardando
Que eclipse un tanto el sol su ardiente brasa,
Que á fuerza de mirarle va cegando,

Así el ver la postrera luz me abrasa,
Y oigo en tanto decir:—¿Por qué te ciega
Ánsia de ver aquí lo que no pasa [14]?

Tierra es mi cuerpo en tierra, y miéntras llega
Nuestro número á aquel por Dios fijado,
Con los demás al suelo allí se apega.

En el bendito cláustro sólo ha entrado
Con doble traje el par que en alto miro [15]:
Puedes de esto á tu mundo dar traslado.—

Esto diciendo, el encendido giro
Pára, y la voz y el cántico se posan
Y el mezclado con él triple respiro,

Cual los remos que el agua ántes acosan,
Por evitar fatiga, riesgo ó traba,
Todos, de un pito al sibilar, reposan.

¡Ah! ¡Cuál turbó mi mente pena brava
Cuando al volverme á ver á Beatriz bella,
No la pude ya ver, aunque me hallaba
En el mundo feliz y junto de ella [16] !

CANTO XXVI.

San Juan Evangelista examina á DANTE sobre la Caridad: éste la explica, y toda la Córte celestial aplaude su discreto razonamiento. Recobra el Poeta la vista, y se le presenta un cuarto resplandor, dentro del cual se halla el alma de Adan, que le habla y satisface sus internos deseos.

Mientra en dudas me tiene el cegamiento
Por la luz viva que lo está causando [1],
Sale un respiro que me pone atento,

Diciendo: —En tanto que te va tornando
La vista que por mí tienes consunta,
Bien es que la compenses razonando.

Comienza, pues, y dinos dónde apunta
Ora el ánima tuya; y ten por llano,
Que extraviada es tu vista, y no difunta;

Pues la dueña, que al reino soberano
Te guía, tiene en su mirar celeste
La virtud que Ananías en su mano [2].—

Y yo : —Retarde á su placer ó apreste
El remedio á los ojos de ántes puertas
Por donde entró con ella el ardor éste.

El bien que aquí nos labra dichas ciertas
Alfa y Omega [3] es de las que ha escrito
Letras en mí el amor, vivas ó yertas.

Y aquella voz, que el súbito conflito
De mi ceguera con su hablar desecha,
Me abrió de aún razonar el apetito;

Y me dijo : —Por criba más estrecha
Te conviene cerner, y que inspecciones
Qué es lo que á blanco tal puntó tu flecha.—

Y yo : — Por filosóficas razones,
Y autoridad que desde aquí desciende,
Graba ese amor en mí sus impresiones.

Que el bien, en cuanto es bien y tal se entiende,
Así inflama el amor; y más lo exalta,
Cuanto mayor bondad en sí comprende.

Y por eso en la esencia (que es tan alta
Que todo bien que otro camino lleva,
Rayo es no más que de su lumbre salta)

Allí, no en otra parte, es bien se mueva
El intelecto, amando, del que siente
La verdad en que fúndase esta prueba.

Esa verdad extérnala á mi mente
Aquel [4] que me demuestra que amor forma
Entre eternas sustancias la eminente.

Del infalible autor la voz lo informa
Que á Moisés respondió, de sí diciendo:
Yo te haré ver de todo bien la norma.

Tú tambien me lo pruebas [5], precediendo
Al gran pregon que desde aquí el arcano
Va al mundo en son más alto refiriendo. —

Y replicó: — Por intelecto humano
Y autoridad que bien con él concuerda,
Tu amor á Dios ser debe el soberano.

Pero dime si sientes que otra cuerda
Te arrastre á él, y explica todavía
Con cuántos dientes ese amor te muerda. —

Oculta no me fué la intencion pía
Del Águila de Cristo, y ví el sentido
En que llevar mi profesion queria.

Por tanto, proseguí: — Cuanto mordido
Convertir puede á Dios el alma entera,
Todo á mi caridad ha concurrido;

Que el ser del mundo, el mio, y el que muera
Él en infame cruz porque yo viva,
Y lo que todo fiel como yo espera,

Con la predicha conoscencia activa,
Me han sacado del mar del amor muerto,
Y del vivo llevádome á la riba.

Las frondas que enfrondecen todo el huerto
Del hortelano Eterno yo amo tanto,
Cuanto él de riego y flor las ha cubierto.—

Cuando acabé de hablar, un dulce canto
Sonó en el cielo, y con la santa escuela
Beatriz decia: *Santo*, *Santo*, *Santo*.

Como aquel á quien fuerte luz desvela
Por la virtud visiva que recorre
La fulgidez que va de tela en tela [6];

Y, ya despierto, lo que ve aborrece
(Tal la vigilia súbita le traba)
Hasta que viene el juicio y le esclarece;

Así Beatriz los grumos todos lava
De mis ojos, al rayo que despide
Su vista que mil millas alumbraba;

Con que la mia, más que de ántes mide;
Y cuasi absorto demandé quién era
Un cuarto resplandor que con nós vide.

Y mi dueño: —En la luz de esa lumbrera
Con su autor se embelesa el alma prima [7]
Que crear quiso la Virtud primera.—

Como rama que dobla la alta cima
Del viento al paso, y por alzarse acaba
Por el impulso mismo que aún la anima;

Así hice yo, quedando, al par que hablaba,
Atónito; y despues ánsia fogosa
De explicarme mis bríos reanimaba.

Y empecé:—¡Oh fruto, que en floresta hermosa
Naciste ya maduro! ¡oh padre antigo,
De quien es hija y nuera toda esposa!

Con mi humildad mayor, que hables conmigo
Te suplico: el deseo ves que entraño;
Y por pronto escucharte, no le digo.—

Suele animal que enrolla cuerpo extraño
Tal moverse, que muestra lo que ansía
Por el vago ondular que imprime al paño;

Y de esa suerte traslucir me hacía
El alma primordial, por la cubierta,
Lo alegre que el placerme la ponia.

Y respiró:—Sin serme descubierta
Tu voluntad, mejor que tú no dejo
De conocer la cosa á tí más cierta;

Pues yo la miro en el veraz espejo
Que cual es toda cosa siempre expuso,
Y nada reflejó con él parejo.

Saber quieres cuánto há que Dios me puso
En el alto jardin en que Beatrice
Para tan larga escala te dispuso;

Y cuánto tiempo en él gocé felice,
Y del divino enojo el fiel relato,
Y el habla que yo usaba, y que yo hice [9].

No el probar, hijo mio, el fruto ingrato,
Del exilio ocasion sólo se crea,
Sino el violar el celestial mandato.

Allí donde á Virgilio halló tu déa
Cuatro mil y trescientos y dos giros
De sol estuve ansiando esta asamblea;

Y pasar por sus casas de zafiros
Veces le vide novecientas treinta,
Miéntras lancé en la tierra mis suspiros.

Del idioma que hablé ya no hubo cuenta
Ni áun ántes que al trabajo inacabable
La gente de Nembrod [10] se diera atenta;

Que ningun acto racional fué estable,
Y el humano placer bien poco dura,
Pues del cielo al girar sigue mudable.

Que el mortal hable, es natural figura:
Mas que de éste ó del otro modo sea,
Deja al arbitrio vuestro la natura.

Ántes que á la mansion bajase rea [11],
Él llamaba mi raza al que mantiene
Sumo Bien esta luz que me rodea.

Luégo llamóse Elí, y así conviene;
Que el uso es en los hombres, cual fecunda
Rama en que se va fronda, y fronda viene.

El monte que la mar ve más profunda [12]
Me tuvo en vida, ó pura ó deshonesta,
Desde la hora primera á la segunda
Del cuadrante que sigue á la hora sexta [13].

CANTO XXVII.

San Pedro, lleno de indignacion, habla contra los Pastores de la Iglesia, y á sus palabras mudan de aspecto los bienaventurados. Desde Géminis se vuelve el Poeta á ver nuevamente la tierra. Despues se levanta al primer Móvil, donde no hay humana distincion ni de lugar ni de tiempo; y á la vista de las bellezas eternas, lamenta la codicia de los hombres, de la cual echa la culpa á los malos gobiernos.

Al Padre, al Hijo y al Espirtu Santo
El Paraïso todo gloria alzaba,
Embriagándome el alma el dulce canto.

Lo que via, el reir me semejaba
Del universo; así que la embriagueza,
Por la vista y oido se me entraba.

¡Oh contento, oh placer de suma alteza!
¡Oh de amor y de paz eterna vida!
¡Oh sin pena ni afan veraz riqueza!

La cuaterna de estrellas [1] encendida
Ante mí estaba, y la que más me abruma
De luz es la primera aparecida;

Y el aspecto tomó de beldad suma
Que Jove tomaria si él y Marte
Pájaros fueran y cambiáran pluma [2].

La eterna Providencia, que reparte
Cargos y vez á las lumbreras de oro,
Puesto habia silencio en toda parte;

Cuando escuché: —Si yo me trascoloro,
Asombro no te cause, que á mi acento
Trascolorir verás á todo el coro;

El que abajo usurpando está mi asiento [3],
El lugar mio, mi lugar que vaca
Ante el Hijo de Dios que lo ve atento,

Del lugar de mi tumba hace cloaca
De sangre y pudricion, con que el malvado
De aquí caido [4] en su mansion se aplaca.—

De aquel color que en nube ves pintado,
Opuesta al sol por tarde ó por mañana,
En esto todo el cielo ví inundado:

Y cual dueña que está de su honra ufana
Y de sí bien segura, oye tremante
Ajena falta y túrbase y afana;

Así Beatrice trasmutó semblante:
Y tal, creo, eclipsóse el firmamento
Cuando al Sumo Poder vió agonizante.

Del que hablaba, despues siguió el acento,
Así en voz exclamando tan cambiada,
Que igualó de su aspecto al mudamiento:

— No la esposa de Cristo amamantada
Fué con mi sangre y la de Cleto y Lino [5],
Para ser en ganancias de oro usada;

Que por sólo este bien gozar divino,
La de Sixto, Calixto, Pio, Urbano [6],
Tras largo llanto á derramarse vino.

No fué nuestra intencion que del cristiano
Pueblo parte á la izquierda se pusiera,
Parte á la diestra del Pastor romano:

Ni que las llaves que el Señor me diera
Se convirtieran en pendon maligno
Que contra bautizados combatiera:

Ni que de sello yo sirviera y signo
Á privilegios sórdidos, mendaces,
De que, abrasado de rubor, me indigno.

En paños de pastor, lobos rapaces
Se ven de aquí por cuantos son los prados:
¿Por qué, Dios defensor, en calma yaces?

Ya están Cahórso y Guasco [7] preparados
Á beber nuestra sangre. ¡Oh buen principio,
Á qué fines vendrás tan desgraciados!

Mas el sumo poder que con Eccipio [8]
Llevaba á Roma salvador consuelo,
Dará amparo del orbe al municipio.

Y tú, hijo, que aún debes ir al suelo
Por tu carga mortal, abre la boca,
Y lo que yo no oculto, dí sin duelo.—

Cual de helado vapor lluvia no poca
Lanza el aire á vellones, cuando el cuerno
De la celeste cabra al sol ya toca [9],

Así al éter vi ornarse en lo superno,
Y hácia arriba nevar de los triunfantes
Que estuvieron con nós del coro eterno [10].

Mi vista los vapores deslumbrantes
Seguia hasta que el trecho, por sobrado,
Me impedia seguirlos tan distantes.

Con que me dijo, al verme ya cansado
Mi dueño de mirar á la alta cima:
—Baja el rostro [11], y la vuelta ve que has dado.—

Desdeel punto en que alcé mi atencion prima,
Ví que corrido habia el arco entero
Que hace del medio al fin el primer clima;

Así que allá de Gades via el fiero
Paso de Ulises, y de acá el ejido [12]
En que Europa fué á Jove un haz ligero.

Y por mí descubierto hubiera sido
De aire más campo: pero el sol ya habia
Bajo mis piés [13] un signo y más corrido.

La siempre enamorada mente mia
Que en mi dueño se goza, en la presura
De volverla á mirar cual nunca ardia.

Y el pábulo que el arte ó la natura
Dan á la vista, por rendir la mente,
En imágen de carne ó de pintura,

Nada fueran unidos juntamente
Con el placer divino que fulgióme
Cuando á su rostro me volví riente.

Y la virtud que con su vista dióme,
Del nido me arrancó de Leda hermosa [14],
Y al cielo velocísimo [15] lanzóme.

Las partes de esa esfera alta y lumbrosa
Tan uniformes son, que mal podria
Decir en cuál Beatriz conmigo posa.

Mas ella, que mi anhelo ardiente via,
Riendo empieza alegre, y tan vivace,
Que gozarse en su faz Dios parecia.

—De estos globos la ley, que inmóvil hace
El centro, y al redor da movimiento,
Como desde su fuente, de aquí nace [16].

Y no tiene este cielo más fomento
Que la alta Mente, en que el amor se enciende
Que á él le mueve, y él vierte á globos ciento.

De luz y amor un cerco le comprende,
Y él cerca á los demás, y ese prescinto,
Aquel que lo ciñó sólo lo entiende.

No de otro nace su mover distinto;
Y él mide á los demás, como es un sesto
Por su mitad medido, y por su quinto.

Y cómo sus raíces á tal tiesto [17]
El tiempo da y á los demás las frondas,
Puede serte desde ora manifiesto.

¡Oh vil codicia, que tan bajo ahondas
Al mortal, que los ojos no acontece
Que pueda levantar sobre tus ondas!

El querer en los hombres bien florece:
Mas la lluvia contínua, el fruto bello
En el árbol marchita y enmohece.

La inocencia, la fé dan su destello
Sólo en los niños: luégo cada una
Se va, cuando á su rostro asoma el vello.

Ves quien infante balbuciendo ayuna [18],
Y, suelto el paladar, luégo devora
De cualquiera manjar, en cualquier luna;

Y quien, niño tambien, escucha, adora
Á su madre; y adulto, la moteja,
Y con formado hablar la deshonora;

Así la albura de la piel se aleja
Y se muda en negror, de la hija hermosa
Del que la aurora trae, la noche deja [19].

Tú, porque no te sea extraña cosa,
Sabe que ya en la tierra no hay gobierno,
Y así la humana grey va licenciosa.

Mas ántes que no sea Enero invierno,
Por la céntima abajo despreciada [20],
Influjo tal se agitará superno,

Que la fortuna abajo tanto ansiada
Pondrá dó son las popas, los sectores;
Y así derecha correrá la armada,
Y almo fruto vendrá tras de las flores.

CANTO XXVIII.

El Poeta ve un punto brillantísimo y nueve cercos en torno de él, de los cuales los más inmediatos son los más lucientes y más rápidos en su movimiento. Ese punto es la divina Esencia, y los otros los órdenes angélicos. Beatriz explica al Poeta cómo concuerda el sistema de los cielos con el órden de esos cercos; si bien en éstos la rapidez y la luz crecen conforme es mayor su proximidad al centro, y en aquéllos en razon inversa.

Despues que la verdad dejóme incisa
De la triste mortal vida presente
Aquella que mi alma emparaïsa;

Como aquel que en espejo ve luciente
Antorcha que se enciende á su reverso,
Y no se hacen bien cargo vista y mente;

Y se vuelve, por ver si el vidrio terso
Le dice la verdad, y que concuerda
Ve con él, como el canto con el verso;

Que yo así procedí bien se recuerda
Mi memoria, los ojos contemplando
De que hizo amor á mi prision la cuerda

Y cuando al yo volverme ví tocando
En los mios lo que ese cielo empára
Cuando se está su giro bien notando ,

Ví un punto que irradiaba luz tan clara,
Que la anublada vista, que él sofoca,
Me hizo cerrar con su fulgencia rara.

La estrella que de acá se ve más poca,
Luna fuera en verdad puesta á su lado,
Cual cabe estrella, estrella se coloca.

Tan cerca acaso cual se ve alumbrado
Del astro á quien circunda un meteoro
Cuando está su vapor más condensado,

Yo un ígneo cerco en rededor exploro [1]
Girando tan veloz, que hubiera extinto
Á la más ráuda de las ruedas de oro.

Y ese tiene otro cerco circuncinto,
Y éste un tercero, y el tercero un cuarto,
Y éste un quinto tambien, y un sexto el quinto;

Y un sétimo seguia, en el reparto
Ya de ancho tal, que á la secuaz de Juno [2]
Á encerrarla cumplida fuera áun harto.

Y así el octavo y nono, y cada uno
Más lento se movia, segun era
Su número distante más del uno [3].

Y con fulgor más vivo reverbera
El más cercano de la chispa pura,
Pues más absorbe de su luz primera.

La dueña mia en afanosa cura
Viéndome incierto, dijo: — De aquel punto
Pende el cielo y entera la natura.

Mira el cerco que más le está conjunto;
Y sabe que el girar suyo es tan presto,
Por el fogoso amor que le da asunto. —

Y yo á ella: — Si el mundo así dispuesto
Fuera como esos rápidos volantes,
Hallára lo que dices manifiesto.

Mas del cielo en los globos circulantes
La accion divina del girar se aumenta
Cuanto ellos son del centro más distantes.

Para que quede, pues, mi alma contenta
En este santo y admirabletemplo
Que sólo amor y luz por raya cuenta [4],

Aún me es preciso oir cómo el ejemplo
Y el ejemplar [5] no marchan de una suerte;
Que yo sólo por mí no lo contemplo.—

— Que no basten tus dedos á solverte
Ese nudo, no es mucho se te antoje:
Por no intentarlo ya, se ha hecho tan fuerte.—

Díjome esto Beatriz, y luégo:—Coge
Lo que yo te diré, si ánsias llenarte;
Y tu agudeza y tu atencion descoge.

Son los corpóreos globos de tal arte
Grandes ó breves, segun más ó ménos
Es la virtud que en ellos se reparte.

Mayor salud esparcen los más buenos;
Y más salud en mayor cuerpo cabe,
Si de igual perfeccion se encuentran llenos.

Éste, pues, en que estás, que imán y clave
Es del alto universo [6], corresponde
Al cerco que más ama y que más sabe.

Con que si tú por la virtud que esconde [7]
Cada sér mides, no por la apariencia
Sustancial que parece se enredonde,

Admirable verás correspondencia,
De más á más y de menor á ménos,
De cada sol con su alta inteligencia.—

Como los cielos límpidos, serenos
Se quedan cuando Bóreas fuerte azota
El éter vasto con sus soplos llenos [8];

Porque la bruma que ántes los embota
Se disuelve, y la esfera rie bella
Con tanta alhaja que en su manto flota;

Yo así me vide cuando obtuve de ella
Razones que lo cierto me pusieron
Tan claro allí como en el cielo estrella.

Y no bien sus palabras concluyeron,
Cuando como batido hierro en brasa,
Con chispas mil los cercos refulgieron;

Y cada chispa á ciento y á mil pasa,
Y á número mayor que el que doblado
Se cuenta en ajedrez de casa en casa [9].

Y, *Hosanna* por los coros fué lanzado
Al Punto que en el *ubi* los confines
Les puso en que han de estar y en que han estado.

Y aquella que entre ideas mira afines
Dudar mi mente, dijo:—En los primeros
Cercos Querubes viste, y Serafines:

Su atraccion siguen ellos tan certeros,
Por semejarse al punto; y lo recaban
Á proporcion que á ver suben ligeros [10].

Los amores que en torno á esos alaban,
Se llaman Tronos del divino aspecto,
A causa de que el primo terno acaban [11];

Y todos gozan (sábelo) de afecto,
Segun entra su vista más profunda
En la verdad que aquieta el intelecto [12].

De aquí se prueba bien cómo se funda
En el acto de ver ser bienhadado,
No en el de amar, que luégo le secunda [13];

Y ese ver lo procura lo ganado
Por bien querer y gracia peregrina;
Y se adelanta así de grado en grado.

El otro terno [14], que tambien germina
En esta primavera sempiterna
Donde el Aries nocturno no extermina [15],

Con gorjeos de *Hosanna* desinvierna [16]
En melodías tres, y en triple fuego
De alegrías inunda el áura eterna.

Las tres *Déas* [17] componen ese juego,
Que son Dominaciones, y tras éstas,
Virtudes son, y Potestades luégo.

Luégo en las dos penúltimas orquestas,
Principados y Arcángeles respiran;
Y en la extrema son de Ángeles las fiestas.

Estos coros á lo alto todos miran;
Y abajo influyen, y hácia el Punto incluso
Todos tirar se sienten, todos tiran.

Y Dionisio tan hondo se propuso
Meditar en este órden angelorio,
Que nombre y clases como yo les puso.

De aquél despues se separó Gregorio [18];
Que luégo de sí propio se ha reido,
Los ojos al abrir en este emporio.

Y si verdad tan honda ha declarado
Algun hombre en el mundo, no me admiro;
Que quien acá lo vió se lo ha pintado [19],
Con más verdades del celeste giro.—

CANTO XXIX.

Beatriz esclarece várias dudas concebidas por el Poeta sobre la creacion de los ángeles. Reprende luégo la ignorancia de algunos teólogos de aquel tiempo, y se extiende hablando contra los predicadores que se apartan del Evangelio, y en particular condena á ciertos frailes impostores de su época, que esparcian fábulas ridículas y vendian mentidas indulgencias, con grave ofensa de la Religion verdadera.

Cuando entrambos los hijos de Latona
Uno de Aries cubierto, otro de Libra,
De un horizonte mismo se hacen zona,

El tiempo que el cenit los equilibra,
Hasta que cada cual de esa cintura,
Cambiando de hemisferio, se delibra;

Ese [1], bañado el rostro en risa pura,
Beatriz callada estuvo, contemplando
Fija en el punto que no ver me apura.

Luégo empezó: — Yo digo, y no demando
Lo que anhelas oir, porque lo he visto
Dó se marca todo *ubi* y todo *quando*. —

No porque haga en su pró ningun aquisto,
Que eso no es dable; sí, porque esplendiendo,
Pudiera su esplendor decir *subsisto* ,

Él, en su eternidad, tiempo no habiendo,
Fuera de valuacion, cual le pluguiera,
Su eterno Amor en nueve fué vertiendo.

Ni como cuasi inerte de ántes era ;
Porque no tuvo ni *despues* ni *ántes*
De Dios sobre estas aguas la carrera [2].

Forma y materia, á un tiempo relevantes,
Procedieron de accion que no fallece,
Como de arco tricorde tres volantes ;

Y como rayo en vaso resplandece,
Ó en ámbar ó en cristal, que entre el mostrarse
Y estar ya entero intérvalo no ofrece ;

Así en todo su sér llegó á irradiarse
El triple efecto de su autor nacido ,
Sin proceder por grados al formarse.

Con las sustancias órden construido
Fué, y ellas fueron , como excelsa abside
Del mundo, en que *acto puro* [3] sólo ha habido.

Pura potencia en lo inferior reside [4] :
Potencia y acto, en medio [5], en tan estrecho
Lazo se unen, que nunca se divide.

Jerónimo escribió que largo trecho
Los ángeles de siglos existian,
Ántes que el otro mundo fuera hecho;

Mas ya en cien partes la verdad habian
Dicho las plumas del Espirtu Santo [6],
Y la verán tus ojos, si confian.

Y áun la simple razon la alcanza un tanto,
Que no puede entender que los motores
Pasar sin perfeccion pudieran tanto [7].

Sabe, pues, *dónde* [8] y *cuándo* estos amores
Se crearon, y *cómo*; así apagando
Tus deseos ya vas de tres ardores.

Ni tú á los veintes llegarás contando
Tan pronto como de ángeles gran parte
Cayó, vuestro elemento perturbando.

Otra quedóse; y principió de este arte
Que discerniendo estoy; y con tal gusto,
Que de así circular no se departe.

Ocasion del caer fué el ódio injusto
Del que viste en los ámbitos infestos
Con todo el peso de la tierra onusto.

Los que miras aquí fueron modestos,
Reconociéndose obra del Clemente,
Que á saber tanto los creó dispuestos.

Por eso el ver les exaltó eminente,
Con gracia que ilumina y propio acierto;
Y voluntad les dió plena y potente.

Y quiero tengas por sin duda y cierto
Que recibir la gracia es meritorio,
Conforme amor la ofrece el paso abierto.

Ora no poco de este Consistorio
(Si bien oido tu atencion me hubiere)
Puedes ya comprender sin adjutorio.

Mas, como en vuestro mundo se profiere
En áulas, que la angélica natura
Es tal, que entiende, y se recuerda, y quiere,

Aún más diré, para que veas pura
La verdad que allá abajo confundieron,
Por vestirla de equívoca lectura.

Desde que estas sustancias ledas vieron
De Dios la cara, separar ya el riso
Del que todo lo alcanza no pudieron.

Por eso su mirar no es interciso
De nuevo objeto, y nada los empeña
Á pensamiento remembrar diviso.

Así que abajo sin dormir se sueña,
Decir verdad, creyendo y no creyendo;
Aunque en creer la culpa es más pequeña [9].

Y no el mismo camino vais siguiendo
Allá al filosofar : tanto os excita
Propia y vana opinion que os va atrayendo [10].

Y áun eso ménos nuestro enojo irrita
Acá en el cielo, que cuando es pospuesta
La divina Escritura, ó mal se cita.

Ni allá piensan que un mar de sangre cuesta
Sembrarla por el mundo, y más batalla
Quien humilde la sigue y manifiesta.

Alguno por lucir se ingenia, y halla
Cien invenciones, y las cunde ardiente
Predicador, y el Evangelio calla.

Uno dice que atrás volvió la frente
En la Pasion la luna, y encaróse
Al sol, y su fulgor faltó al viviente.

Otro, que fué la luz la que escondióse
De sí, y por eso al español y al indo
De Judea el eclipse propagóse.

No tiene tanto Lapo ó tanto Bindo [11]
Florencia cuanto fábulas por año
Se pregona dó quier á grito lindo.

Así que las simplucas del rebaño,
Pacidas al tornar vienen de viento;
Y no excusa su error no ver el daño.

No dijo Cristo á su primer convento [12]:
Andad y predicad al mundo chanzas;
Que les dió la verdad por fundamento.

Ella inspiró sus altas enseñanzas;
Y en la lid por la fé, de la Escritura
Sus escudos hicieron y sus lanzas.

Ora el predicador, broma, impostura
Y chistes usa; y como bien se ria,
El capuchon [13] se llena, y más no cura.

Mas en sus pliegues pájaro [14] se enlia,
Que si el vulgo lo viese, comprendiera
En cuáles indulgencias se confia.

Por eso la estulticia de manera
Crece en la tierra, que á cerrado puño
Se cree, sin prueba, en promision cualquiera.

Lo cual de Antonio engorda el vil pezuño [15];
Y de *peor que cerdos* la cohorte,
Así paga en moneda de mal cuño.

Mas ya asaz apartéme de mi norte;
Y es bien se vuelva á la directa raya,
Y al par del tiempo, el tránsito se acorte.

Crece aquella natura [16] de tal laya
En número, que nunca hubo locuela
Ni humana idea que tan léjos vaya.

Y si bien ves lo que Daniel revela,
Verás que en sus millares que enaltece,
Determinado número se cela.

La primer luz que todo lo esclarece [17]
Por ella en tantos modos se recibe,
Cuanta la muchedumbre á que aparece.

Con que si sigue al acto que concibe,
Amor; bien es que amor con su dulzura
Variando en ella, entíbiese ó avive.

Ora, pues, la altitud mira y la anchura
De la eterna virtud, que en tal manera,
En tanto y tanto espejo se fractura,
Y queda en sí total, cual ántes era.—

CANTO XXX.

Oscurécese á los ojos de DANTE la angélica fiesta en rededor del Punto. Vuélvese á Beatriz, cuya belleza ve tan acrecida, que sólo Dios puede comprenderla. DANTE se halla ya en el Empíreo: un relámpago le prepara la vista á ver los tesoros de Dios. Ve un rio de luz entre dos orillas que adorna primavera. Salen de él chispas que se posan sobre las flores: se vuelven piedras preciosas, y otra vez saltan al cauce. El Poeta las mira, y de ellas sacan sus ojos fuerzas para ver que el rio se ha hecho circular, y que de allí nace una escalinata de gradas en redondo, á modo de una rosa, en donde se sientan los Bienaventurados: en medio de ellos hay un trono preparado para el emperador Enrique.

En sitio á seis mil millas de lejano [1],
Nos arde la hora sexta, y este mundo
Casi inclina la sombra al lecho plano,

Cuando el centro del cielo tan profundo
Se nos empieza á hacer, que alguna estrella
Pierde en su fondo su lucir jocundo;

Y segun la clarísima doncella
Del sol [2] avanza, cada vista suya
El cielo cierra hasta la que es más bella:

No de otro modo el triunfo que aleluya,
Siempre en torno del Punto que cegóme,
Y que incluso parece en lo que incluya,

Poco á poco las luces extinguióme;
Y así á ponerlas en mi guía amada,
Tanto el no ver, cuanto el amor, llevóme.

Si cuanta loa de ella fué narrada
Hasta aquí toda en una se incluyera,
Con la que ora es preciso, fuera nada.

No la beldad que ví sólo supera
Nuestro alcance, mas vivo persuadido
De que sólo su autor la goza entera.

Dóime ya en este paso por vencido,
Más que en punto ninguno de su tema
Vate cómico ó trágico lo ha sido.

Que como el sol achica ojo que trema [3],
Así el recuerdo en mí del rostro santo,
Mi mente encoge hasta su accion extrema:

Desde el dia primero en que Dios quiso
Que la viera en el mundo, hasta esta vista,
De ella mi canto fué siempre indiviso [4];

Mas ora es bien que de seguir desista
Mas allá su belleza, poetizando,
Cual tras último esfuerzo hace el artista.

Ella, por quien mayor trompa demando
Que la mia, que la alta pesadumbre
Del árduo asunto floja va acabando.

En acto y voz, que el mando há por costumbre
Recomenzó : — Pasamos ya sin pena
Del mayor cielo [5] al que es de pura lumbre.

Lumbre del intelecto, de amor llena,
De amor del bien seguro, de leticia
Que á la leticia excede más amena.

Aquí del Paraïso la milicia
Una y otra verás; y una, en la forma
Que en el dia de la última justicia [6].—

Como el lampo veloz que desconforma
La visiva virtud, tal que no llega
El ojo á ver los bultos de más horma,

Así luz viva mi circuito anega
Y me deja enredado con tal trama
De su fulgor, que todo me lo ciega.

—Siempre el amor que aqueste cielo inflama
Acoge al que entra, con igual saludo;
Que la vela ha de ser propia á la llama [7].—

No bien dentro de mí resonar pudo
Este breve decir, cuando acrecido
En mí, de mi valor sentí el escudo.

Y fuí de vista nueva revestido
Tal, que ninguna luz tan viva fuera,
Que mis ojos no hubiéranla sufrido.

Y en forma ví de rio [8] una lumbrera
De fulgores fluyente entre dos ribas
Pintadas de admirable primavera.

Lanzaba el rio aquel chispas activas
Por dó quiera posándose en las flores,
Como en oro rubí de luces vivas.

Cual embriagadas luégo en sus olores,
Hundiéndose en el cáuce, alternamente,
Una toma, otra deja sus fulgores.

— El que ora te domina anhelo ardiente
De entender lo que viendo estás prolijo,
Tanto me es grato, como en tí creciente:

Mas que bebas de esta agua te prefijo,
Ántes que tus ardores mires sácios: —
De mis ojos el sol así me dijo.

Y siguió: — Son el rio y los topacios [9]
Que entran y salen y el verdor que rie
De su sér real sombríferos prefacios.

No que eso de lo cierto se desvie,
Sino que es culpa de tu vista ahora,
Que no vió nunca lo que aquí la engrie. —

No rapacin tan súbito se azora,
De cara dando al pecho, si despierta
Pasada mucho de mamar la hora,

Como yo, por hacer aún más experta
Mi vista y clara, me incliné á la onda
Que, el alma á mejorar, corre allí abierta.

Y segun de mis párpados la fronda [10]
Mojaba en ella, así me parecia
Que de larga, tornábase en redonda [11].

Luégo, cual quien de máscara vestía,
Que otro parece cuando son depuestas
La ropa y antifaz que le cubria,

Así se me cambiaron en más fiestas
Las flores y las chispas; con que *vide*
Las dos córtes del cielo manifiestas.

¡Oh grandeza de Dios, por quien yo *vide* [12]
El alto triunfo en la region verace!
Dame fuerza á decir cómo le *vide*.

Luz hay arriba que visible hace
El Crëador á aquella crëatura
Que sólo en ver en él se satisface;

La cual se extiende en circular figura
Tanto, que su caudal circunferencia
Servir pudiera al sol de ancha cintura.

Sólo un rayo compone su apariencia,
Y da del primer Móvil en la cima
Que dél toma la vida y la potencia.

Y cual collado en agua dé su sima
Se espeja, cual por verse, cuando adorno
De verdor y de flores le reanima,

Así en más de mil gradas que hacen torno,
Viéndose estaban en la luz hermosa
Los que de nós han hecho allí retorno [13].

Y si la ínfima grada luz rebosa
Por tanto espacio, ¡imaginad la anchura
En las últimas hojas de esta rosa [14]!

No en la amplitud mi vista, ni en la altura
Se extraviaba; que sólo en la medida
De esa alegría el cuánto y cuál procura.

Allí el cerca ó el léjos no se cuida,
Que donde Dios sin mediador gobierna,
No la ley natural tiene cabida.

Á lo amarillo de la rosa eterna [15]
Que se extiende, escalona, y de homenajes
Exhala olor al sol que nunca invierna,

Como el que quiere hablar y siente ambajes,
Beatriz me atrajo, y dijo: —Mira, otea
Cuánto es el coro de los blancos trajes [16].

Vé qué extension nuestra ciudad rodea:
Vé nuestras gradas que tan llenas tienes,
Que poca gente en ellas se desea.

Esa gran sede en que el mirar detienes
Por la corona que ya encima hay puesta,
Ántes que en estas bodas beato cenes,

Á el alma, abajo augusta, aguarda presta
Del alto Enrique, que á ordenar la traza
Vendrá de Italia al caso aún no dispuesta [17].

La codicia que fiera os ataraza,
Os hace iguales al rapaz malino
Que, muerto de hambre, á la nutriz rechaza.

Prefecto será entónces [18] del divino
Tribunal quien en público y privado,
No marchará con él por un camino.

Mas poco será luégo tolerado
Por Dios en él; que ha de caer al fondo
Que por sí Simon Mago se ha ganado [19],
Y al de Alaña le hará bajar más hondo.—

CANTO XXXI.

Vuélvese el Poeta á pedir á Beatriz que le resuelva algunas dudas que tiene acerca del Paraiso, y ve que ha desaparecido, y que en su lugar tiene á su lado á San Bernardo, que le señala á su dueña colocada ya en el escaño que á sus méritos corresponde. DANTE, lleno de reconocimiento, tiende á ella sus brazos suplicantes, y la ruega que conserve siempre en él aquella gracia. Despues el Santo le enseña el Paraiso parte por parte, y le señala á la más hermosa de las criaturas: á María, Madre de Dios.

En forma, pues, de blanca rosa he visto
Allí mostrarse la milicia santa
Que hizo su Esposa con su sangre Cristo.

Mas la otra que volando mira y canta [1]
El esplendor de aquel que la enamora
Y la bondad que tanto la levanta,

Como enjambre de abejas que se enflora
Una vez, y otra vez torna zumbante
Allá dó su trabajo se ensabora [2],

Á la gran flor lanzábase abundante
De tantas hojas, remontando luégo
Á dó siempre su amor pone constante.

Sus rostros todos son de vivo fuego:
Las alas de oro, y lo demás más blanco
Que el ancho copo de nivoso riego.

Cuando iban á la flor, de banco en banco
La paz y ardor divino les llevaban
Que traian de Dios, batiendo el flanco.

Ni porque entre la flor se interpolaban
Y el Punto, en tanta multitud volante,
El fulgor y la vista me velaban.

Porque la luz divina es penetrante
Para el orbe, segun que se hace digno;
Que entonce á lo impedir nada es bastante.

Aquel seguro reino alto y benigno,
Frecuentado de antigua y nueva gente,
Vista y amor ponia en sólo un signo [3].

¡Trina luz que á sus ojos refulgente
En sólo un astro los estás placiendo,
Mira nuestro huracan acá rugiente!

Si de la tierra el bárbaro viniendo [4]
Que un dia y otro dia Hélice alumbra
Con el hijo que al lado está luciendo,

De las moles pasmábase que encumbra
Roma, cuando el sagrado Laterano [5]
De las cosas mortales desalumbra;

Yo, que al divino ser desde el humano:
Yo, del tiempo á lo eterno así venido:
Yo, de Florencia á pueblo justo y sano,

¿De qué estupor no hallárame cogido?
Justo, entre el gozo y él, ¡que un rato vea
Callar mi lengua, sordecer mi oido[6]!

Como fiel peregrino se recrea
El templo de su voto contemplando,
Y espera contar luégo cómo sea,

Así por la vivace luz paseando
Mi vista, la llevaba por las gradas,
Ora arriba, ora abajo, ora rodeando.

Y faces vía, en caridad bañadas,
Reflectas de otra luz[7] y de su riso,
Con todas las virtudes adornadas.

La forma general del Paraïso
Ya abarcaban mis ojos toda extensa,
Mas sin fijarse en término preciso;

Y con arsura me volvia inmensa
Por saber de mi dueña algo confuso
En que mi mente hallábase suspensa,

Cuando en lugar de aquélla, otro se puso.
Á Beatriz pensé ver, y á un viejo vide[8]
En paños de esa beata grey al uso.

En sus ojos y noble faz preside
Alegría benigna, en acto pío,
Como de tierno padre el amor pide.

Y yo:—¿Y ella dó está? (grité con brío.)
Y él: —Por llenar (me dijo) tu deseo,
Me ha sacado Beatriz del puesto mio.

Si arriba miras, al tercer rodeo
Desde lo sumo, la verás cuán bella,
En la silla á sus méritos trofeo.—

La vista alcé, sin responder, por vella;
Y la ví que ceñíase corona
De los rayos eternos que destella.

No de el más bajo mar, de dó inspecciona
Ojo mortal, cosa ninguna dista
Hasta el allá de la más alta zona,

Cuanto distaba de Beatriz mi vista:
Mas ¿qué á mí? si bajaba su semblanza
Sin la cosa más leve entre ambos mista.

—¡Mujer en quien verdea mi esperanza,
Tú que por mi salud no há mucho fuiste
Del Infierno á pisar la horrible estanza,

En cuanto he visto grande, alegre y triste,
Tu poder reconozco: él me lo ha dado,
Y la bondad y gracia que te asiste!

¡Tú desde esclavo á libre me has sacado,
Por cuanta vía y modo se te acude
De conseguir el término anhelado!

¡Que tu egrégio favor siempre me escude,
Porque mi ánima al fin, que has puesto sana,
Á tí grata, del cuerpo se desnude!—

Oré yo así; y aquella que lejana
Tanto se hallaba, sonrió y miróme:
Luégo volvióse á la eternal fontana.

Y el Santo anciano dijo:—Porque tome
Rectamente su cabo tu camino
(Á lo que ruego y santo amor envióme),

Vuela por ese huerto peregrino
Con la vista; que el verle es ya resguardo
Para subirla hasta el fulgor divino.

Y la Reina del cielo, por quien ardo
De intenso amor, harános toda gracia;
Pues (sábelo) yo soy su fiel Bernardo.—

Como aquel que tal vez de la Croacia
Viene á ver la Verónica faz nuestra [9],
Por su fama, y de verla no se sácia,

Y repite entre sí, miéntras se muestra:
Jesucristo, Señor y mi Dios vivo,
¿Es verdad que así fué la cara vuestra?

Tal yo estaba mirando el fuego activo
De caridad, de aquél que áun en el mundo
Disfrutó de esta paz contemplativo.

—Hijo de gracia: este vivir jocundo
(Él empezó) no puede serte noto,
Si así tienes la vista en lo profundo.

Por los cercos la lleva á lo remoto,
Hasta sentada ver la Soberana
De que este reino es súbdito devoto.—

Yo alcé la vista; y como, á la mañana,
Vence del cielo la oriental frescura
Á lo que el sol, ya puesto, tiñe en grana;

Así, cual quien de valle pasa á altura
Con los ojos, ví sitio allá en la cumbre
Vencer al resto en refulgencia pura.

Y como á dó se espera por costumbre [10]
El que extravió Faetonte, más se inflama,
Y se extingue de aquí y allí su lumbre;

Tal aquella pacífica oriflama,
Avivándose en medio, se reparte
Por todo igual, perdiéndose la llama.

Y extensa el ala, en esa central parte
De ángeles jubilosos vide ¡oh cuántos!
Diverso cada cuál en brillo y arte.

Allí vide á sus juegos y á sus cantos
Reir una belleza, que leticia
Era, y amor del coro de los Santos [11].

Y aunque cual tengo en inventar divicia,
Tuviérala en decir, ni entonce osára
Pintar de aquéllas la menor delicia.

Cuando Bernardo en mi mirar repara,
Atento, fijo en su calor fulgente,
Con tal afecto el suyo en ella pára,
Que de aún más remirar me sentí ardiente.

CANTO XXXII.

Sigue mostrando San Bernardo al Poeta la disposicion de los bienaventurados en las gradas del Paraiso, y le desvanece una duda, nacida de ver la diferencia de gloria de que gozan las almas de los niños, cuando no pueden merecer ellos más ni ménos los unos que los otros.

Gaudioso el contemplante en gracias tantas,
Se arrogó de Doctor la primacía,
Y así empezaron sus palabras santas:

—La llaga que cerró y ungió María,
Esa que de sus piés gracia [1] ha tomado,
Fué quien la abriera y la excitára un dia.

En el órden que forma el tercio estrado,
Raquel se sienta por debajo de ella,
Como ver puedes, de Beatriz al lado [2].

Sara, Judit, Rebeca y luégo aquella [3],
Visaba del cantor que en la congoja
Del fallo, en *Miserere* se querella.

Por gradas, cada cual, despues se aloja,
Cual yo á su vez te las iré diciendo,
Al bajar por la rosa de hoja en hoja.

Y del sétimo grado descendiendo
Y ascendiendo tambien, van las Hebreas
La cabellera de la flor partiendo.

Porque segun de Cristo en sus ideas
Labró la fé, son éstas cual lindero
Que divide las gradas eliseas [4].

Allí donde las hojas lo maduro
Completan de la flor, están sentados
Los que creyeron en Jesus futuro:

Aquí, dó por vacío intercalados
Se ven los semicírculos, reposa
La grey de los por Cristo ya salvados.

Y cual de allá la sede esplendorosa
De la Madre de Dios y otros escaños
Debajo forman division gloriosa,

Así enfrente el gran Juan [5] cobra los daños
Que sufrió siempre santo en la enriscada,
Y el martirio, y el Orco, por dos años.

Y tambien despues dél ves de bajada
Á Francisco, Benito y Agustino,
Y otros vários detrás, de grada en grada.

Ora ve el alto preveer divino,
Que hace que de la fé la doble cuenta [6]
Goce en este jardin de igual destino.

Y sabe que del punto en que presenta
Divisas por mitad ambas secciones,
Nadie por propio mérito se sienta;

Mas por el de otro, en ciertas condiciones;
Que éstas todas son almas desligadas
Sin gozar de eleccion en sus acciones.

Te lo muestran asaz las delicadas
Faces, cuanto las voces infantiles,
Si son por tí bien vistas y escuchadas.

Ora entre tí callando no caviles [7];
Que el nudo he de soltarte con presteza,
Que en pensamientos lígate sutiles.

De este alto reino en la interior grandeza,
Lo fortuito ó casual no se cobija
Cual ni el hambre, la sed, ni la tristeza:

Que ordenado se encuentra por ley fija
Cuanto mirando estás, tan justamente
Cual corresponde al dedo la sortija.

Y la que vino prematura gente,
No entre sí, *sine causa* se la crea
Con virtud más ó ménos excelente.

El Rey por quien el cielo se recrea
En tanto amor, en gaudio tan selecto,
Que voluntad ninguna más desea,

Las almas todas con su alegre aspecto
Creando, á su placer de gracias dota
Váriamente; y te baste aquí el efecto [8].

Y eso claro y expreso se denota
En los mellizos de la Biblia aquellos,
Que en el cláustro materno la ira azota [9].

Así la suma luz, de los cabellos
Por el color [10] con que alta los engracia,
Ya más, ya ménos, se corona en ellos.

Y sin que sea de su obrar por gracia,
Grado ocupan diverso, diferentes
Sólo de primer vista en la eficacia.

Bastaba en las edades incipientes
Sólo para salvarse la inocencia:
La fé de los pasados ascendientes.

Luégo adulta de aquellos la existencia.
De los varones al volar, conviene
Por la circuncision ganar potencia.

Mas cuando el tiempo de la gracia viene,
Sin el bautismo ya cabal de *Cristo*,
Abajo la inocencia se retiene.

Ora observa la faz que más á *Cristo*
Se asemeja: tan sólo su blancura
Puede ya disponerte á ver á *Cristo*. —

Y sobre ella alegría ví tan pura
Llover, llevada en ángeles flotantes,
Creados á volar por tanta altura;

Que todo cuanto visto habia de ántes,
Con el asombro mio era ligero
De ver rasgos á Dios tan semejantes.

Y el ráudo amor que allí bajó el primero,
Cantando *Ave María, gracia plena*,
Tendió las alas, y miró al lucero.

Repuso á la divina cantilena
De todas partes la feliz cohorte,
Y toda faz tornóse más amena.

¡Oh Santo Padre, que por ser mi norte
Aquí estás, el lugar dulce perdiendo
Que hubiste en suerte en la celeste Córte!

¿Qué ángel es ese, que en los ojos viendo
Con tal deleite está de la divina
Reina, que me parece fuego ardiendo? —

Así acudí de nuevo á la doctrina
De aquél que de María se hermosea,
Como del sol la estrella matutina.

Y él:—Cuánta puede dar celeste idea
De belleza, ya un ángel, y ya un alma,
Él la tiene y queremos que así sea.

Ese bajó á María á dar la palma,
Cuando de Dios el Hijo poderoso
Quiso el peso cargar de nuestra enjalma.

Mas, segun hablo, mira cuidadoso,
Porque el gran patriciado ver realices
De este imperio justísimo y piadoso.

Los dos que alto se sientan, más felices
Por más cerca á la Reina Soberana,
Son como de esta rosa las raíces:

Ese que á su siniestra puesto gana,
El Padre fué por cuyo osado gusto
Probó tanto amargor la especie humana.

Mira á la diestra aquel Padre vetusto,
De nuestra Madre Iglesia, á quien las llaves
Cristo encargó de este jardin venusto;

Y el que ántes de morir, los tiempos graves
Vió de la que Jesus hizo su esposa
Con la lanza y los clavos, como sabes,

Cabe Él se sienta; y junto al otro posa
El Jefe bajo el cual vivió del *Mana*
La gente ingrata, audaz y procelosa.

Siéntase junto á Pedro despues Ana;
Y el gozo de mirar á su hija auxilia
Con cantar, sin mover la vista: *¡Hosana!*

Y junto al más gran Padre de familia
Lucía está, la que á Beatriz empeña
Al favor que en la selva te concilia.

Mas como el tiempo corre que te ensueña,
Descanso aquí como el buen sastre haremos
Que en el jubon se ajusta á la estameña.

Y al primo Amor los ojos alzaremos,
Porque en su adentro á penetrar te allegues,
Cuanto el fulgor te deje que en Él vemos;

Y por temor que á recular no llegues
Al moverte, creyendo adelantarte,
Conviene que, rezando, gracia ruegues:

Gracia de la que puede aquí ayudarte;
Y á la par mia el corazon levanta,
Y mi decir con tu sentir comparte.—
Y ésta dijo el gran Padre oracion santa.



CANTO XXXIII.

San Bernardo ruega á la Vírgen en un magnífico himno para que ayude á DANTE á ver á Dios, y para que luégo le dé gracia de aprovecharse de tantas maravillas como ha visto. El Poeta, fortificada ya su vista, la dirige á la eterna luz, y descubre en un triple cerco el arcano infalible de la Trinidad. Vé en el cerco segundo grabada la efigie humana, de donde le nace el deseo de conocer cómo es la union de la naturaleza divina con la mortal. Un resplandor imprevisto le aumenta la facultad visiva y descubre entónces el misterio; pero aquí le falta la fantasía, y la vision acaba.

¡Oh Vírgen Madre, hija de tu hijo,
Humilde y alta como no hay criatura,
Del acuerdo eternal punto prefijo!

Tú levantaste la humanal natura
Á nobleza tan grande, que su Autor
No desdeñó de aparecer su hechura.

En tu vientre encendióse aquel amor
Á cuyas llamas, en la eterna pace,
Ha tenido tal gérmen esta flor.

Aquí á nosotros meridiana face
Eres; y del mortal allá resbalas
De esperanza y amor fuente vivace.

Tú eres tan grande en las eternas salas,
Que quien busca merced, si á tí no acorre,
Es como el que anheló volar sin alas.

No sólo tu benigno amor socorre
Á quien ruega; que á veces generoso
Á adelantarse á la demanda corre.

En tí misericordia, afan piadoso,
En tí munificencia, en tí se aduna
Cuanto existe en criatura de bondoso.

Éste que, de la ínfima laguna
Del orbe, ha visto hasta esta beatitud
De las almas la esencia una por una,

Te ruega le dés gracia de virtud,
Para la vista alzar fortalecido,
Más alto, hácia la última salud;

Y yo, que más por ver no me he encendido,
Que porque vea él, mi prez ardiente
Te mando, y que la atiendas bien te pido;

Porque disipes de su humana mente
Toda nube, y al ruego tuyo electo,
De Dios le sea el velo descorrido.

Tambien te pido, Reina, á cuyo aspecto
Nada resiste, que le guardes sanos,
Despues de tanto ver, piedad y afecto.

Los impulsos tu amparo venza humanos:
Mira á Beatriz con cuántos venturosos,
Por mi súplica, á tí junta las manos.—

Los ojos á Dios caros, respetosos,
Fijos en el que oraba , su ternura
Mostraron por los ruegos fervorosos.

Luégo se alzaron á la luz más pura ,
En la que á penetrar clara no creo
Que alcance nunca vista de criatura.

Y yo, que al fin de mis afanes veo
Que acercándome voy , como debia
En mí apagué la llama del deseo.

Bernardo me apuntaba y sonreia,
Para qué arriba viese: mas ya era
Yo por mí mismo el hombre que él queria ;

Que mi vista, virtud cobrando entera,
Entraba más y más por entre el rayo
De la luz que en sí propia es verdadera.

De aquí adelante lo que ví no ensayo
Decir, que á humano hablar tal vista excede,
Y á la memoria el ver lleva el desmayo.

Como al que ve soñando le sucede
Que, tras el sueño, la afeccion grabada
Queda en su mente, sin que más le quede,

Tal me sucede á mí, que terminada
Ya casi es mi vision, y aún me destila
Dulzura al Corazon de ella emanada.

Así ante el sol la nieve se deshila;
Así en hojas, al aire, en la foresta,
Sus oráculos lanza la Sibila.

¡Oh Suma luz, tan alto sobrepuesta
Á mortales conceptos, á mi mente
Algo de cual te he visto ora me presta!

Y haz que sea mi lengua tan potente,
Que una chispa tan sólo de tu gloria,
Dejar hoy pueda á la futura gente;

Que si un poco refleja en mi memoria,
Y en mis versos un tanto reverbera,
Más se concebirá de tu victoria.

Creo que, por el golpe que me diera
El vivo rayo, sucumbido habria,
Si de él mis ojos apartado hubiera:

Mas recuerdo que dióme valentía
Para poder sufrirlo el que adhirióse
Mas al Sumo Valer la vista mia.

¡Gracia abundante por la cual lanzóse
Mi vista á contemplar la luz eterna,
Tan intensa, que en ella consumióse!

En su profundo sér ví que se interna,
En libro por amor encuadernado,
Cuanto por la creacion se descuaderna.

Sustancia, y accidente, y derivado
De tal manera unidos, que al desnudo
Muestran cual simple luz lo que he pintado.

La universal figura de este nudo
Pienso que vi; porque al recuerdo, largo
Es mi placer, cual serlo nunca pudo;

Y eso que cada instante más letargo [1]
Me trae, que siglos veinticinco al dia
Que admiró con su sombra á Tétis Argo.

Suspensa toda así la mente mia,
Mirando estaba inmóvil, fija, atenta;
Y en mirar, cada vez más se encendia.

De tal modo á esa luz el alma alienta,
Que su aspecto en cambiar por otro aspecto
Nunca se piense que jamás consienta;

Pues el bien, centro del humano afecto,
Todo en ella se encierra; y fuera de ella,
Es defectuoso lo que allí perfecto.

Ora, como el recuerdo no destella
Ya casi en mí, mi lengua, cual de infante
Será que aún baña el lábio en la mamella.

No porque viera yo más que un semblante
Sólo en la viva lumbre que miraba,
Que estaba como está siempre brillante,

Sino porque mi vista se agrandaba
Al contemplar no más que una apariencia,
Y esa al cambiarme yo, se me acendraba.

En la profunda y esplendente esencia
De la alta luz tres cercos ví que habia
De tres tintas, de igual circunferencia.

Éste de aquél reflejo parecia,
Cual de Íris Íris; y el tercero un foco [2],
Que de uno y otro igual se producia.

Mi decir y expresar, vision que toco,
Corta á la par de lo que tú reclamas
Es tanto, que no basta el decir *poco*.

¡Oh eterna luz que sola en tí te inflamas,
Sola te entiendes; y de tí entendida,
Al entenderte, te sonries y amas!

Aquella irradacion que despedida
Parecia por tí, sol reflectante,
Por mí un tanto en redor reconocida,

Dentro de sí, de su color constante
Pintada me mostró nuestra figura,
Con que en ella mi vista era incesante.

Cual geómetra atento, que procura
El círculo medir, y nunca acaba
De encontrar el principio que le apura [3],

Á aquella vista nueva, tal me hallaba:
Ver yo queria [4] cómo se convino
La efigie al cerco, y cómo en él se graba:

Mas no hallaron mis alas el camino;
Sino que percudida fué mi mente
De un fulgor que á llenar su gusto vino.—

Aquí [5] mi alta invencion fué ya impotente;
Y cual rueda que gira en vueltas bellas,
El mio y su querer [6] movió igualmente
El Amor que al sol mueve y las estrellas.

FIN DE LA TERCERA CANTÍGA.

NOTAS.

CANTO PRIMERO.

[1] Siguiendo las teorías de Tolomeo, el Poeta pone en el centro del universo á la tierra inmóvil, y en torno de ella, en órbitas circulares y concéntricas, hace girar con su mayor círculo respectivo, y por consiguiente mayor velocidad en cada uno, segun está más léjos del centro, los cielos de la Luna, de Mercurio, del Sol, de Marte, de Júpiter, de Saturno, de la octava esfera, que es la de los astros fijos, de la novena ó primer Móvil, y, finalmente, del Empíreo, que tampoco se mueve. DANTE se eleva de uno á otro de estos cielos como impulsado por la fuerza misma que los hace rodar, y por la luz, siempre creciente, de los ojos de Beatriz que le acompaña; y en cada uno de ellos se le aparecen aquellas almas que fueron en vida impresas de la virtud propia del planeta en que al fin gozan de bienaventuranza. Hay que tener presente que esta virtud es mayor ó menor en esas esferas, segun están más cerca de la luz de Dios; y por eso dice el Poeta que estuvo en el cielo dó más resplandece aquella luz; con lo que da á entender que estuvo en el Empíreo. Tampoco debe olvidarse, para mejor inteligencia de lo que iremos viendo, que en conjunto el Paraiso celestial es en la idea de nuestro Poeta el contentamiento del intelecto en la contemplacion de Dios, ayudado, como á modo de escala, por las ciencias, y sirviéndole de guía la Teología, y estando el alma circundada de las virtudes

activas y contemplativas, y purgada de la corrupcion de la materia, y regenerada por el baño santo del Eunóe.

[2] El buen Apolo significa aquí, en sentido alegórico, la inspiracion divina.

[3] Apolo habitaba una de las cimas del Parnaso, y las Musas residian ordinariamente en la otra, pues la montaña es bicórnea, ó de dos puntas, y el Poeta da á entender en este pasaje que necesita del favor de ambas. De Apolo, en quien personifica la inspiracion divina; y de las Musas, que representan las ciencias humanas.

[4] Aquí recuerda el castigo de Mársias, sátiro, á quien Apolo le arrancó la piel del cuerpo porque se atrevió á contender con él en los ejercicios de la lira y del canto: así como al principio del Purgatorio trae á la memoria el castigo de las Urracas. Parece que ambos recuerdos son como una amenaza á los émulos presuntuosos y malignos.

[5] El laurel, consagrado á Apolo.

[6] Llama rama penéa á la del laurel, porque en ese árbol se convirtió Dafnis (hija de Penéo) huyendo del dios Apolo, enamorado de ella.

[7] Cirra, ciudad situada á la falda de Parnaso, protegida por Apolo.

[8] Alude al sol.

[9] Da á entender que cuando sale el sol por aquel punto del horizonte en que concurren cuatro cercos, esto es, el del mismo horizonte, el del Zodíaco, el del Ecuador, y el del Coluro equinoccial, que entresectándose forman tres cruces, ó, lo que es lo mismo, en la primavera, sale con más dulces auspicios y mejor imprime su influencia en las almas de los mortales.

[10] Se refiere á la puerta por donde dice que sale el sol *con más buen curso*, y dice que era *noche acá*, esto es, en el hemisferio en que el Poeta escribe; y *mañana allá*, esto es, en el Purgatorio.

[11] Establecido el Purgatorio como antípoda del monte Sion y viniendo á caer al otro lado del

trópico de Capricornio, el que esté en él vuelto á Levante, ha de tener necesariamente á la izquierda al sol naciente.

[12] Léjos de toda idea terrenal, abismado en contemplar á Beatriz.

[13] Quiere decir que, penetrando el Poeta con su mente en el interior pensamiento de Beatriz, se hizo casi divino, como Glauco el pastor, que habiendo comido cierta yerba milagrosa, se arrojó al mar y se convirtió en dios marino.

[14] Dice que basta el ejemplo de Glauco para que se entienda lo que es trashumanarse aquel á quien Dios reserva esa ventura.

[15] La parte del hombre *última creada* es el alma racional, que es infusa por Dios en la materia predispuesta. San Pablo dice: *Sive in corpore nescio, sive extra corpus nescio, Deus scit.*

[16] Quiere decir desde el cielo en que se forja.

[17] Se sorprende DANTE de que el cuerpo pesado se eleve sobre las esferas del aire y del fuego, que son cuerpos leves.

[18] El cielo quieto es el Empíreo, que hace mover al más veloz, que es el primer Móvil.

[19] Sigue la metáfora del arco, y por eso dice *que envia el tiro al celestial señuelo*; esto es, que manda la criatura al punto indicado por Dios.

CANTO II.

[1] Las Osas, mayor y menor, que se ven en el cielo al Norte, son reguladoras de la navegacion en los mares de la parte de acá del Ecuador, y el Poeta da á entender aquí que las nueve Musas le muestran el polo á donde debe dirigirse.

[2] La contemplacion de Dios, que es el pan divino de los ángeles.

[3] Alude al asombro de los Argonautas compañeros de Jason cuando le vieron que domaba los toros que arrojaban llamas por las narices, y que les obligaba á que arasen la tierra.

[4] Es la luna, primer planeta inmediato á la

tierra: le llama más adelante *la eterna margarita.*

[5] Creia el vulgo en tiempo de DANTE que las manchas que se ven en la luna representaban á Caín cargado de un fajo de espinos.

[6] Este cielo octavo es el de las estrellas fijas. DANTE se entrega á explicaciones conformes á la física que conocia; y aunque algunas son juiciosas, otras no pueden ménos de participar de los errores de su tiempo.

[7] Esto es, iria sobreponiendo capas alternamente en su tomo ó volúmen, como en los libros se ponen hojas sobre hojas.

[8] Quiere dar á entender el espejo.

[9] Se llama *instancia* en lenguaje escolástico á la réplica ofrecida contra la respuesta dada á la objecion.

[10] El cielo Empíreo.

[11] El primer Móvil.

[12] El octavo cielo.

CANTO III.

[1] Alude al error de Narciso, que, mirándose en el agua de la fuente, creia que su imágen era una persona. Aquí, por el contrario, el Poeta creia que las personas que veia eran imágenes.

[2] La caridad de Dios, que no rechaza á nadie y que quiere que se iguale á ella la de todos los demás bienaventurados de su córte.

[3] Picarda, dama florentina, hermana de Forese y de Micer Corso, de la ilustre familia de los Donati. Esta jóven habia profesado en un convento de monjas, pero Corso la sacó por fuerza del monasterio para obligarla á volver á la vida del siglo. En el canto XXIII del Purgatorio se habla de Forese.

[4] DANTE, siguiendo el sistema de Tolomeo, supone que la luna, planeta el más inmediato á la tierra, es el que más lentamente opera su revolucion al rededor de ella.

[5] Dante, como gran teólogo, supone en Picarda alguna parte de culpa por no haber resistido con todo lo absoluto de la voluntad á la violencia de su hermano.

[6] Santa Clara de Asís fundó, bajo la direccion de su compatriota San Francisco, un monasterio de monjas, bajo una regla que se difundió extensamente. Nació en 1193 y murió en 1225; y poco despues de su muerte fué venerada en los altares por decreto de Alejandro IV.

[7] Los Donati, que, dirigidos por Corso, la sacaron del convento para casarla por fuerza.

[8] Porque vivió llena de amargura y combatida entre los deberes de su último estado y sus votos del primero.

[9] Constanza fué hija de Rugiero, rey de la Pulla y de Sicilia. Se ha dicho que, muerto sin hijos Guillermo II su sobrino, sucedió Tancredo en el reino; pero que habiéndose rebelado contra la Iglesia, el arzobispo de Palermo sacó del convento á aquella princesa (en el 1186), y la casó con el hijo de Barbaroja, Enrique V, llamado tambien VI como rey de Germania, que era de la casa de Suavia ó Soave. Una crítica más sagaz y un estudio más prolijo de la historia han hecho patente que la supuesta profesion monástica de Constanza, así como lo de su avanzada edad cuando se casó con Enrique, es una invencion de los Güelfos, que quisieron con eso hacer creer que Federico II, hijo de Constanza, era el Antecristo que debia nacer, segun las consejas supersticiosas del tiempo, de una monja vieja. Ricardo de San German dice: *Erat ipsi Regi, amita quædam in Palatio Panormitano, quam idem rex Guillielmus Henrico Alamannorum regi in conjugem tradidit.* Y Falcando habla de Constanza como de una princesa criada en todos los refinamientos de la córte. Dante siguió, pues, aquí una opinion equivocada. Constanza nació verdaderamente en 1154, y casó con Enrique en 1186; por consiguiente, no tenía en esta época más que treinta y

dos años, y no vivió nunca en ningun monasterio.

[10] Llama vientos de Suavia á los tres Emperadores de esa familia, Barbaroja, Enrique V su hijo, y Federico II su nieto, último de esa casa que tuvo en Italia poder, ó, como dice el Poeta, fué su *postrer pujanza*. Sin duda los denomina *vientos* porque revolvieron aquel suelo como violentísimos huracanes.

[11] Da á entender con este *disipóse,* que la aparicion de estas almas era instantánea en ese globo, pues su morada era en el cielo Empíreo, como veremos en el canto siguiente.

CANTO IV.

[1] Hace estas comparaciones para demostrar que la voluntad humana entre dos cosas que igualmente desea, se quedaria eternamente indecisa si no ocurriera alguna causa preponderante para decidirla.

[2] La cólera era en Nabucodonosor el motor de todas sus crueldades. Habiendo tenido un sueño de que ya no se acordaba, hizo que se le presentáran todos los adivinos caldeos para que le explicasen su sentido. No habiendo podido hacerlo aquellos desgraciados, los mandó matar; pero Daniel descifró el sueño del Rey asirio y consiguió que revocára la bárbara sentencia.

[3] Quiere decir: «¿Por qué se me acorta el premio que toca á mi virtud, cuando sólo por la fuerza exterior se me ha sometido, y puesto que *el justo querer* dura en mí; esto es, puesto que conservo la voluntad de observar los votos monásticos?»

[4] O bien San Juan Bautista, ó San Juan Evangelista.

[5] Da á entender que las almas no viven, como soñó Platon, en diversas estrellas y por más ó ménos años de estancia en cada una, sino que todas ocupan el primer cielo.

[6] Alude á Picarda y á Constanza, que supone que se mostraron en aquella esfera como señal de que entre las celestiales es la ménos alta, así como ellas son tambien entre las almas las de menor bienaventuranza; y dice que se usa de este medio sensible y material para que un sér humano, como es Dante, pueda comprender cosas espirituales y divinas.

[7] El arcángel San Gabriel, que devolvió la vista al viejo Tobías.

[8] Quiere decir, que lo que expresa Platon en uno de sus diálogos titulado *Timéo*, es el sentido recto de su pensamiento, y no una figura del mismo, como lo es el cielo lunar que Dante está describiendo.

[9] Ese principio que concede á los planetas cierta accion sobre las almas de los hombres, por mal entendido, apartó de la verdad á casi todo el mundo antiguo y le llevó á nombrar esos astros con los nombres de Júpiter, Marte, etc., juzgándolos animados y gobernados por tales dioses, ó haciendo de ellos otras tantas divinidades. Hablando del mundo dice *casi todo*, porque el pueblo hebreo no participó de la creencia pagana.

[10] La otra duda es la de que si la buena voluntad reina siempre, la violencia que se nos hace por otros no debe amenguar nuestro mérito, ni por tanto el valor de la recompensa.

[11] Porque Picarda y Constanza debieron haberse vuelto al monasterio.

[12] Múscio Escévola, habiendo errado el golpe contra Porsena, puso su mano en el brasero ardiendo, como para castigarla.

[13] San Lorenzo, tendido sobre las parrillas ardientes, siguió hasta su muerte confesando á Jesucristo.

[14] Anfiarao mandó á su hijo Alcmeon que matára á su madre Erifile porque habia descubierto el lugar en que se escondia para no ir á la guerra de Troya, donde debia morir, y Alcmeon le obedeció, dando, en efecto, la muerte á su ma-

dre; con lo que, por evitar la culpa de desobediencia, cometió el crímen de parricidio.

[15] Quiere decir que Picarda habla de la voluntad absoluta hácia el voto, y Beatriz de la voluntad condicional, que desea más esquivar la pena correspondiente que observar el voto.

CANTO V.

[1] La perfecta vision, ó *beatífica*, es cuando se ve á Dios, y esa, desde que le ha visto, esto es, *en cuanto aprende,* ya no sabe más que estarle viendo.

[2] Sí el voto es de cosa que Dios consienta en recibirla, porque no basta que la criatura quiera ofrecerla, si Él no quiere recibirla.

[3] Este tesoro es el de la libre voluntad, que es el don más precioso que Dios nos dió, como ha dicho arriba el Poeta.

[4] Quiere decir que nadie conmute sus votos sin obtener la dispensa de la Iglesia, que es la que tiene la llave de oro y la llave de plata. De estas dos llaves se ha hablado ya en el Canto IX del Purgatorio.

[5] No es conmutacion válida aquella en que lo ofrecido no se sustituye con ventaja, como, por ejemplo, dando seis por cuatro.

[6] Da á entender que no se debe insistir en ejecutar un voto indebido ó ligero, como el que hizo Jefté, que prometió sacrificar á la primera persona de su córte que se le presentára, si volvia vencedor de los amonitas; y habiendo vuelto, en efecto, triunfante, y sido aquella persona su propia hija, en vez de arrepentirse, como debia, cumplió su malhadado voto, y la sacrificó.

[7] En la *Ilíada* se dice que *el griego que expugnó á Ilion,* esto es, el rey Agamenon, sacrificó á su hija Ifigenia, cuyo suceso está allí tan bien pintado, que hace llorar al sábio y al ignorante.

[8] El cielo del Empíreo.

[9] El cielo de Mercurio.

[10] Aluden á Beatriz.

[11] La esfera de Mercurio, siendo la más inmediata al sol, se vela más que otra alguna con sus rayos.

CANTO VI.

[1] Constantino habia trasladado la sede del imperio desde Roma á Bisancio; esto es, desde Occidente á Oriente, y así habia llevado *contra el curso del sol* el águila, insignia suya, que ántes siguió á Enéas, que se apoderó de Lavinia, quitándosela á Turno y dando orígen al Imperio romano.

[2] Cerca de los montes de la Troáde, que fué *el nido* de donde sacó Eneas el águila para conducirla á Italia, de donde fué á Bisancio; y allí permaneció desde que la llevó Constantino hasta el advenimiento de Justiniano al trono imperial.

[3] Esa era la creencia de Eustiquio, heresiarca del siglo v, cuya doctrina parece que profesó algun tiempo Justiniano.

[4] El Papa San Agapito, que fué á Constantinopla á tratar de materias religiosas con Justiniano.

[5] La ya mencionada reforma de la legislacion.

[6] Belisario, general de los ejércitos de Justiniano, su tio, fué uno de los mayores capitanes de su tiempo, y ganó esa fama en sus empresas contra los godos en Italia, y por sus victorias contra turcos y persas.

[7] Porque ya no hacía falta Justiniano, siendo sustituido por tan gran capitan en el mando de los ejércitos.

[8] El signo consagrado es el águila del Imperio.

[9] Dice *cuando se lo apropia*, por el partido Gibelino, que, llamándose defensor del Imperio, trabajaba sólo para su provecho, y era tan usurpador de él como su declarado enemigo el Güelfo, que es por quien dice el *se le opone*.

[10] Trae aquí á la memoria la virtud de los héroes romanos, para manifestar la justicia con que aquel gran pueblo obtuvo la primacía sobre todos los demás, y empieza por Palante, que, enviado por su padre Evandro, murió en defensa de Enéas peleando contra Turno.

[11] Sigue aludiendo al *signo consagrado*; esto es, al águila del Imperio.

[12] Alude al combate de los tres romanos Horacios contra los tres Curiacios albanos.

[13] Los siete reyes que reinaron desde el robo de las Sabinas hasta que fueron arrojados los Tarquinos á causa de la muerte de Lucrecia.

[14] Pirro, rey de los Epirotas, fué vencido por los Romanos. Tambien lo fué Breno, caudillo de los Galos Senones, cuando ya estaba para apoderarse del Capitolio.

[15] Tito Manlio Torcuato castigó con la muerte á su propio hijo porque contra sus órdenes atacó al enemigo. Quinto, llamado Cincinato por su híspida cabellera, era hombre virtuosísimo, que labraba el campo por sus propias manos. Fué creado dictador, y así que sirvió á su pátria, triunfando de los enemigos, renunció la dictadura y volvió al cultivo de sus heredades.

[16] Fabio Máximo, con su prudencia militar, salvó á la república, que estaba en peligro por las victorias de Aníbal; y Decio, con dos hermanos suyos, se sacrificaron á los dioses infernales para obtener la victoria para su pátria.

[17] La montaña Fiesolana, que domina á Florencia. Los fiesolanos fueron duramente castigados por Pompeyo, pues por enemigos de la república les destrozó parte de la ciudad, de cuyo accidente provino despues la edificacion de Florencia.

[18] Hácia el tiempo de la venida de Jesucristo.

[19] Porque Pompeyo, vencido primero en Farsalia, fué luégo asesinado en Egipto.

[20] Porque le quitó el reino y se lo dió á Cleopatra.

[21] En las manos de Octaviano Augusto, sucesor de Julio César.

[22] Victorias de Octaviano sobre esos pueblos.

[23] Cleopatra, que por no caer en manos de Octaviano y ser arrastrada ante el carro del vencedor, se dió la muerte, haciéndose morder por víboras el pecho.

[24] Tiberio es el tercer César de quien se sirvió la Justicia divina para el sacrificio santo, que fué la redencion del género humano. Como es sabido, ese grande acto se consumó bajo el mando de Poncio Pilatos, delegado de Tiberio.

[25] Tito arruinó á Jerusalen, con lo que se hizo la *venganza de la venganza del primer pecado.*

[26] Carlo Magno socorrió á la Iglesia contra los longobardos, bajo la sombra del águila imperial.

[27] Quiere decir que el partido Güelfo opuso al águila imperial las lises de Cárlos II, rey de la Pulla, de la casa de Francia, y que el Gibelino se apodera de ella para su propio provecho.

[28] Llama á Cárlos II *este otro Carlo*, en contraposicion de Carlo Magno, de quien ha hablado.

[29] El planeta Mercurio.

[30] Atribuye DANTE á un Romeo, ministro de Raimundo, conde de Provenza, la buena direccion de los negocios de ese Príncipe, que consiguió casar á sus cuatro hijas con otros tantos Reyes.

CANTO VII.

[1] Justiniano, cuyo nombre brilla con el doble esplendor de gran legislador y capitan famoso.

[2] El principio y el fin del nombre *Beatrice.*

[3] Nuestro padre Adan.

[4] Por el pecado se apartó de su Hacedor.

[5] Los dos caminos son el de la justicia y el de la misericordia.

[6] Entiéndase por todo el curso de los siglos, desde el punto que el sol tuvo su primera luz hasta que llegue la última noche: esto es, el fin del mundo.

[7] *Informados,* por la forma que toman.

[8] La virtud generadora de la forma.

[9] Del principio establecido de que las obras inmediatas de Dios no son corruptibles, puede deducirse la resurreccion de la humana carne, que debe recobrar la incorruptibilidad que por justos fines de Dios puede considerarse como suspendida.

CANTO VIII.

[1] Ántes de la venida de Jesucristo.

[2] Dióne, hija del Océano, fué madre de Vénus, segun la mitología pagana. Dióne quiere decir espuma del mar.

[3] Da á entender que Cupido, sólo con acercarse á una persona, la inspiraba pasiones irresistiblemente fatales, como la que encendió en Dido (segun nos dice la *Eneida*), en cuya falda le puso Vénus para enamorarla de Enéas.

[4] La estrella de Vénus forma el cortejo del sol, ora cuando va detrás de él con el nombre de Héspero, ora cuando va delante con el de Lucífero.

[5] Los visibles son los que forman vapores ó nubecillas.

[6] El impulso que reciben de una esfera más alta, como es la del primer Móvil, donde el Poeta hallará á los Serafines.

[7] Los cielos son nueve, segun Tolomeo; y nueve son tambien, segun DANTE, los coros celestiales que á ellos presiden. Presiden al primer Móvil, los Serafines: al cielo de las estrellas fijas, los Querubines; á Saturno, los Tronos; á Júpiter, las Dominaciones; á Marte, las Virtudes; al Sol, las Potestades; á Vénus, los Principados; á Mercurio, los Arcángeles; y á la Luna, los Angeles.

[8] Ese verso es el primero de la primera cancion del *Convito* de DANTE.

[9] El que habla es Cárlos Martel, rey de Hungría, hijo de Cárlos II, rey de Nápoles; y supone DANTE que si hubiera vivido más (porque murió á la edad de veintitres años) se hubiera evitado la guerra que ocasionó y sostuvo su hijo Cárlos Roberto por oponerse al engrandecimiento de Enrique VII.

[10] Cárlos Martel y DANTE habian vivido en Florencia en íntima amistad.

[11] La Provenza, de cuya comarca era Soberano el padre de Cárlos Martel.

[12] El reino de Nápoles, que tambien era de Cárlos II.

[13] La Hungría, cuya corona heredó de su madre.

[14] Trinacria es la Sicilia, llamada así por la figura triangular que la dan sus tres promontorios Paquino, Peloro y Lilibéo; y dice que se *enceniza*, porque el Etna arroja sus cenizas al golfo de Catania, agitado ordinariamente por el viento Euro.

[15] Suponian los antiguos que el humo y las llamas que salian del Etna eran la respiracion del gigante Tiféo, que estaba sepultado allí debajo del monte.

[16] Con esta expresion, *natos por mí*, quiere dar á entender la descendencia nacida de su matrimonio con Clemencia, hija del emperador Rodolfo de Hapsburgo.

[17] Alude á las Vísperas sicilianas.

[18] Supone DANTE que Roberto era miserable por índole nativa, así como Cárlos II, su padre, era muy generoso.

[19] Dios.

[20] Por Solon, por Jerjes, por Melquisedec y por Dédalo, que pasa volando el mar donde cayó su hijo Icaro, da á entender el Poeta todo hombre que es apto para distinguirse en los oficios de legislador, de Monarca, de sacerdote y de mecánico.

CANTO IX.

[1] Aquí DANTE dirige su voz á Clemencia, hija de Cárlos Martel y mujer de Luis X, rey de Francia, que vivia cuando el Poeta escribia estos versos.

[2] Por el sol se da aquí á entender á Dios.

[3] Esta centella es Ecelino III, de la familia de los Onára, condes de Basano.

[4] *Ella*, hace aquí referencia á la centella, que es Ecelino; y la que habla es su hermana Cunicia, que está en aquella estrella de Vénus, y no ha subido más alto por haberse dado á pensamientos amorosos.

[5] En efecto: debia parecer extraño á los contemporáneos de DANTE ver en el cielo á Cunicia despues de sus aventuras amorosas con Sordelo y otros muchos.

[6] Fulco de Marsella, que más adelante habla con el Poeta.

[7] La memoria ó segunda vida que la posteridad guarda á los grandes hombres.

[8] Dos rios del antiguo Estado veneciano.

[9] Esta prediccion de Cunicia ocurrió el 17 de Setiembre de 1314, dia en que Can Grande de la Escala, marqués de Verona y señor de Vicencia, ganó una señalada victoria contra Jacobo de Carrara, señor de Pádua.

[10] Alude á Ricardo de Camino, señor de Treviso, que fué asesinado inesperada y alevosamente.

[11] Refugiados en Fieltro muchos ferrarenses (entre los cuales ciertos caballeros de la Fontana), para librarse del Papa, con quien estaban en guerra, fueron hechos prisioneros por el gobernador del rey Roberto, que, por gestiones del Obispo contra ellos, los hizo matar. Malta ó Marta llamaban á una torre á la orilla del lago de Bolsena, donde se encerraba á los clérigos reos de delitos capitales.

[12] Los que en la verdadera fé se llaman Tronos, son los espíritus angélicos de la jerarquía ó grado primero.

[13] Fulco de Marsella.

[14] Como acá en la tierra el hombre por causa de alegría se pone risueño, así en el cielo los espíritus aumentan su fulgor; pero en el Infierno las almas de los condenados se vuelven más negras á medida que aumentan su dolor y su tristeza.

[15] El Profeta Isaías describe á los serafines sirviéndose de seis alas como de velo y manto.

[16] El Mediterráneo, que creian los antiguos que era el mayor de los mares, fuera del Océano, que es el que dice DANTE que enguirnalda toda la tierra.

[17] Esto se entiende segun la errónea opinion que se tenía del Mediterráneo en tiempo del Poeta; porque este mar tiene 50 grados solamente de extension, y no 90, como DANTE supone al decir que se extiende tanto, que el cerco que es en un principio su horizonte, se convierte luégo en su meridiano.

[18] Circunscribe á Marsella, ciudad casi al medio entre el Ebro, que desemboca en el Mediterráneo junto á Tortosa de España; y el Magra, pobre rio que por breve espacio y casi rectilíneo divide el Genovesado de la Toscana.

[19] Bugía, ciudad del territorio argelino, está casi en el meridiano de Marsella, por lo que viene á tener necesariamente casi el mismo Oriente y el mismo Occidente.

[20] Alude á la mortandad hecha por Bruto en los marsilianos, cuando por órden de César sitió y expugnó aquella ciudad.

[21] Fulco de Marsella, hijo de un rico mercader de Génova, siguió la gaya ciencia: llegó á ser un trovador distinguido; y despues de haber amado apasionadamente á Adalagia, mujer de Baral de Marsella, en cuya córte residia, se hizo sacerdote, y fué Obispo. Para encarecer su amor, le

compara aquí con el que Dido, hija de Belo, tuvo por Eneas, con ofensa de la memoria de Creusa, mujer de éste, y de la de Siquéo, marido de aquélla; y con la pasion de Fílis, la de Ródope, que, abandonada por Demofonte, se mató y fué convertida en almendro, y con la de Hércules por Yole.

[22] Por la influencia que ejerce sobre la tierra el planeta Vénus, que es donde mora y está hablando Fulco.

[23] Raab, aquella meretriz de Jericó, que habiendo salvado en su casa á algúnos exploradores de Josué, fué por eso respetada en el saqueo y destruccion de la ciudad. Despues adoró al verdadero Dios, y se arrepintió de sus culpas.

[24] Segun Tolomeo, la sombra cónica de la tierra, iluminada en parte por el sol, termina por la punta en el planeta Vénus.

[25] Alude á Florencia, edificada bajo los auspicios de Marte, y por eso la llama DANTE aborto del demonio. Téngase presente que, segun nuestra creencia, los ángeles malditos se hacen adorar en los ídolos.

[26] El florin, en que hay grabada una flor de lis, que se empezó á acuñar en Florencia el año de 1252.

[27] Dice DANTE que los sacerdotes sobaban más las hojas (esto es, estudiaban más) de los Decretales que de los Evangelios y escritos de los Santos Padres; porque sólo por el profundo conocimiento de aquéllos adquirian las grandes dignidades y riquezas que únicamente estimaban.

[28] Acaso alude á la traslacion á Aviñon de la Santa Romana Sede.

CANTO X.

[1] El Ecuador.

[2] Esta es doctrina de Aristóteles, que supone que si el giro de los planetas no fuera oblícuo, no se acercarian ya á la una parte, ya á la otra de la tierra, influyendo en los períodos estableci-

dos, sino que ejercerian sobre un solo punto esa influencia, y sería, por tanto, supérflua mucha virtud del cielo.

[3] Quiere decir que con la constelacion de Aries, la cual ha querido indicar en el verso noveno de este canto, iba el sol, ministro mayor de la naturaleza, por aquellos grados ó líneas espirales que, segun el sistema de Tolomeo, recorre ese astro pasando del Ecuador al trópico de Cáncer, y por cuyas dichas espirales nace cada vez más pronto para la Italia.

[4] La reunion de bienaventurados que se halla en la esfera del sol, que es la cuarta, segun Tolomeo.

[5] Quiere decir cómo inspiran á la tercera persona de la Trinidad las dos primeras, y cómo la primera engendra á la segunda.

[6] Da á entender el Poeta que esas lumbreras hicieron de sí una corona ó círculo, cuyo centro ocupaban él y Beatriz.

[7] Quiere decir que el que una vez sube al cielo, no baja nunca sino para volver á subir.

[8] Alberto Magno, famoso maestro de Santo Tomás, nació en Lawingen; pero vivió largo tiempo en Colonia, y allí murió el año de 1282. Renunció por amor al cláustro y á la Universidad el obispado de Ratisbona, al cual le elevó Urbano IV.

[9] Graciano, nacido en Quiuso, en la Toscana, fué benedictino, y sirvió, como dice Dante, al foro civil y al eclesiástico, conciliando sus leyes, unas con otras, en una famosa coleccion que formó de cánones eclesiásticos, bajo el nombre de *Decreto*.

[10] Pedro Lombardo, *el Maestro de las Sentencias*, célebre por sus libros de Teología. En el proemio de sus obras dice, por modestia, que hace á la Iglesia aquel don tan simple como el de la pobrecilla viuda del Evangelio. Se le llamó el lombardo porque era de Novara. Fué obispo de París, y murió en 1164.

[11] Salomon.

[12] Este es San Dionisio Areopagita, que escribió un libro titulado: *De cœlesti hierarchia.*

[13] Paulo Orosio, de cuya obra *De las calamidades y delitos del mundo* tomó San Agustin muchos hechos para su gran trabajo *De Civitate Dei.*

[14] Severino Boecio, que fué muy estimado por su doctrina, y escribió el famoso libro *De Consolatione philosophiæ,* y que obtuvo várias veces el honor del Consulado. Fué condenado á muerte por Teodorico, que le creyó en tratos secretos con los griegos para libertar á Roma de los godos; y fué sacrificado el 29 de Octubre de 524, y enterrado su cuerpo en Pavía, en la iglesia de San Pedro, llamada *Cielo de oro.*

[15] San Isidoro, arzobispo de Sevilla.—Beda, sacerdote inglés, honrado con el título de *el Venerable,* escribió una historia eclesiástica de Inglaterra, y murió el año de 735.—Ricardo de San Víctor, escocés, vivió en el duodécimo siglo, y escribió muchas obras teológicas.

[16] Sigiero de Courtray, profesor en París, que enseñaba en la calle *Du Fouarre,* ó de la paja (que DANTE llama *de los fajos),* tuvo muchos enemigos por las verdades que sustentaba en cátedra. El nombre de esa calle vino de las mismas escuelas que habia en las dos aceras de ella; porque los discípulos concurrentes habian de llevar fajos de paja si querian tener donde sentarse. En aquel tiempo así era el uso, tomado de las iglesias, donde no habia tampoco ni sillas ni bancos, sino que cubrian con paja fresca el pavimento, y en las solemnidades con yerbas odoríferas, como romero, verbena, espliego, etc.

CANTO XI.

[1] Vuelve á hablar Santo Tomás.

[2] Alude al verso 96 del canto anterior, donde dice lo que pueden engordar los corderos de Do-

mingo si renuncian á las vanidades del mundo; y al 114 del mismo canto, donde expresa (por Salomon) que en sabiduría *no surgió segundo.*

[3] Estos dos caudillos son San Francisco y el mismo Santo Domingo. Este Santo hace el elogio del de Asís; y el suyo lo hace despues el franciscano San Buenaventura en el canto siguiente.

[4] El Tupino es un breve rio de Asís, y el agua que desciende del territorio de Agobio, donde fué ermitaño San Ubaldo, es el Quiaso.—Se llama *la puerta del sol* la que conduce de Perugia á Asís.—La ciudad de Nócera y el castillo de Gualdo están situados al otro lado de la montaña, y expuestos á terribles vientos.

[5] Alude al planeta en que están, que es el sol, que en el estío se levanta con relacion á la Italia, de la parte de la India oriental, que es donde corre el Ganges.

[6] La pobreza, por la cual incurrió jovencillo en la cólera de su padre, que cierto dia le pegó y encerró porque habia tirado dinero por la ventana.

[7] Quiere decir que ante la curia de su Obispo, y á la presencia de su padre, hizo su voto de pobreza.

[8] Jesucristo nuestro Señor.

[9] Amílcar, pescador, con quien vivia segura la pobreza. Segun nos dice Lucano en el libro quinto de la *Farsalia*, recibió á Julio César en su cabaña, y le trasportó del Epiro á Italia.

[10] Usa aquí *descalzarse el pié*, por entrar en la Orden de San Francisco. El primero que entró fué Bernardo de Quintavalle: el segundo Egidio, y el tercero Silvestre.

[11] El esposo es San Francisco y la esposa la pobreza.

[12] Esta mujer es tambien la pobreza, y esa familia son los primeros hermanos que ciñeron la cuerda, distintivo de la Orden.

[13] Pedro Bernardon, mercader de lanas de

muy bajo nacimiento, fué el padre de San Francisco.

[14] Por la cabeza rapada y el modo tosco de vestir y el desprecio de todo cuidado de la persona.

[15] La primera aprobacion que tuvo la regla de San Francisco fué del Papa Inocencio III, en 1214.

[16] Aquí se alude á la segunda y más solemne aprobacion de la Orden franciscana por Honorio III en 1226.

[17] Exponiéndose al martirio por atreverse á predicar en tierra de infieles.

[18] Se volvió á regar con la palabra de Dios la yerba ó semilla de la Religion en Italia para fomentarla.

[19] En la montaña de Alvernia, en Toscana, fué donde recibió Francisco el sello ó señales de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, que fueron la última y santa confirmacion de su institucion.

[20] Va hablando siempre de la pobreza, y da á entender que desde ella subió al cielo ó *region natía*, y que á ella le dejó su cuerpo, pues como se sabe murió en una miserable tarima, y fué pobremente enterrado.

[21] Santo Domingo, de cuya regla era el que está hablando, que es Santo Tomás.

[22] Quiere decir que todo fraile dominicano (esto es, todo el que gasta correa) habrá entendido, con su explicacion, aquella frase, ya citada, del verso 96 del canto anterior, que se repite, y con la cual acaba este canto.

CANTO XII.

[1] La sirvienta de Juno es Íris: quiere, pues, decir el Poeta *cuando se ve por reflexion el arco íris doble.*

[2] Es una alusion á estas palabras del *Génesis: Arcum meum ponam in nubibus, et non erunt ultra aquæ diluvii.*—La voz de la que fué extin-

guida, dice Dante, por la ninfa Eco, que, segun la mitología pagana, se consumió de amor por Narciso, convirtiéndose en la repeticion del sonido que lleva su nombre.

[3] Habla San Buenaventura como franciscano, y en agradecimiento del elogio del de Asís, hecho por Santo Tomás, de la Orden de Santo Domingo, hace á su vez el de este otro Santo fundador, á quien llama *el otro jefe.*

[4] Quiere decir que seguian muy pocos la religion franciscana.

[5] Al Occidente de Italia.

[6] El Poeta dice *á veces*, porque solamente hácia el tiempo del solsticio de verano va el sol á ponerse rectamente en aquel espacio del Océano Atlántico que está al frente de la region occidental de España.

[7] Con esto quiere el Poeta significar á Castilla, cuyas armas eran entónces dos leones y dos castillos colocados de modo que el un leon encima del un castillo figura como que le sobremonta, y el otro leon que está debajo del otro castillo, parece como que es sobremontado por él. Con lo que da á entender que España era la pátria del Santo. Y en efecto: es sabido que Santo Domingo de Guzman nació en Caleruega, pequeña villa de Castilla la Vieja, en el obispado de Osma; y fueron sus padres D. Félix de Guzman y doña Juana de Aza, ambos de la más ilustre prosapia. Nació nuestro compatriota el dia 4 de Agosto de 1170.

[8] La madre de Santo Domingo reveló que habia tenido un sueño en que se le descubria que daria á luz un perro blanco y negro, llevando una antorcha encendida en la boca.

[9] Quiere decir al tiempo de su bautismo.

[10] La madrina vió despues en un sueño que al niño le brillaba una estrella en la frente y otra en la nuca, con lo que dijeron que se presagiaba que la Orden de Santo Domingo debia iluminar con el tiempo el Occidente y el Oriente.

[11] *Dominicus* quiere decir cosa del Señor.

[12] Ya hemos dicho que el padre de Santo Domingo se llamaba Félix, que en latin quiere decir feliz, y la madre Juana, que en hebreo quiere decir aportatriz de gracia.

[13] Supone que se hizo gran doctor por el saludable estudio del Evangelio, y no por el del Ostiense, Cardenal comentador de los Decretales, ni por el de Tadeo, famoso jurisconsulto y médico florentino.

[14] La palabra *emblanca*, respecto de la vid, la usa como dando á entender que por enfermedad pierde su color verde y se toma de pelusa blanquecina.

[15] En pró de la Religion, semilla de que proceden los veinticuatro Santos de que se componen las dos guirnaldas que el Poeta describe.

[16] Sigue la metáfora *del torrente que baja de alta parte.*

[17] Por la una rueda entiende el Poeta á Santo Domingo, y por el carro la reunion de los otros maestros y doctores de la Religion verdadera. La otra rueda supone que es San Francisco.

[18] Llama á toda la Orden de San Francisco *tomo*, cuyas hojas son los frailes que la componen. Con el *yo soy el que solia*, supone que se podria encontrar algun fraile que observára la pureza de las costumbres y regla primitiva; pero sigue diciendo que tal religioso no sería de Casal ni de Aguasparta, porque del primero de esos pueblos procedió Fray Ubertino de Casal, que en el Capítulo de su Orden reunido en Génova en 1310 se hizo cabeza de los rigoristas, que se denominaron *Spirituali*, y dieron lugar á una especie de cisma; y del segundo salió Mateo de Aguasparta, duodécimo General de la regla en 1287, creado Cardenal el año siguiente por Nicolás IV, cuyo fraile, por sobrada condescendencia, causó que se relajára la disciplina de la Orden.

[19] San Buenaventura, natural de Bañoregio, hoy Bañarea, en el territorio de Orvieto, fué

teólogo y filósofo insigne, por espacio de diez y ocho años General de Menores, y por fin Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

[20] Pedro, hispano, filósofo célebre por doce libros de lógica que dejó escritos.

[21] San Juan Crisóstomo, llamado *bòca de oro*, arzobispo de Constantinopla.

[22] Anselmo, arzobispo de Conturbia ó Cantorberi.

[23] Donato, que escribió y enseñó gramática.

[24] Raban Mauro, comentador de la Sagrada Escritura, y escritor célebre del noveno siglo.

[25] Joaquin el Calabrés, ó Calabreto, del Orden Cistercense, varon de mucho saber y que tuvo fama de Profeta. Vivió en el siglo XII.

CANTO XIII.

[1] Quiere decir que se figure, además de las quince estrellas que ya ha dicho, las siete que forman la Osa mayor.

[2] Las dos estrellas de la Osa menor, las más inmediatas al polo, que se desvian formando las dos puntas de una media luna á igual distancia del centro, que es el eje giratorio del primer Móvil.

[3] Quiere decir, imagínese que estas veinticuatro estrellas forman dos constelaciones de doce estrellas cada una, puestas en círculo como *La Corona*, en que, segun la mitología pagana, al morir Ariadna fué convertida por Baco la diadema de flores que la adornaba.

[4] Cuánto dista el movimiento del Quiana, rio muy lento y sosegado de Toscana, del del planeta de curso más veloz.

[5] Solia cantarse por los antiguos en las fiestas de Baco un himno en que se gritaba: *Io Bacche!* así como en las de Apolo se decia: *Io Pœano!*

[6] Santo Tomás, que hizo ántes el elogio de San Francisco.

[7] Da á entender que, ya que ha sido explicada la primera frase, *dó engorda bien quien vanidades deje,* ahora explicará la segunda, de *no surgió segundo* á penetrar tanto en las ciencias y las artes.

[8] Adan, de cuya costilla fué formada Eva, cuyo paladar fué *tan costoso* al mundo por el antojo de la manzana.

[9] Nuestro Señor Jesucristo.

[10] Quiere decir en nueve cielos, ó, lo que es lo mismo, en las nueve inteligencias motoras de ellos.

[11] Cuando á Salomon le dijo Dios que pidiera lo que más le conviniese, tuvo presente que era Rey, y pidió la sabiduría como cosa la más propia de ese cargo.

[12] Da á entender que no pidió saber la dialéctica, ó la astronomía, ó la geometría.

[13] Por primer padre da á entender á Adan, y por el *amado* nuestro á Jesucristo.

[14] Parménides, Meliso y Briso fueron filósofos griegos.—Sabelio y Arrio, heresiarcas: el primero condenado en el tercer siglo por el Concilio de Alejandría, y el segundo en el cuarto por el Concilio primero Ecuménico de Nicea.

[15] Da á entender por estos dos nombres todo hombre y mujer que vive de adivinaciones y sortilegios.

CANTO XIV.

[1] Para Dante las palabras de Santo Tomás venian de la circunferencia al centro, porque él estaba en medio de las dos coronas de espíritus, como ya se ha dicho, y las de Beatriz iban del centro á la circunferencia, porque la tenía á su lado, y su discurso se dirige á los Santos.

[2] Porque recobrando el cuerpo y los sentidos humanos, no podrian ver estas almas bienaventuradas, á causa de su fulgor deslumbrante.

[3] La Santísima Trinidad.

[4] *La luz de mayor dia* quiere decir la más brillante. Esa era la de Salomon, que ardia en el más pequeño círculo, ó, lo que es lo mismo, en el más cercano al Poeta.

[5] Entiéndase así: la claridad de esta fulgidez que nos rodea es á medida de nuestro ardor hácia Dios; y este ardor es á medida de la vision por la que somos bienaventurados, cuya vision es tanto más viva, cuanto mayor la gracia que se junte al propio valer.

[6] Al caer la primera sombra de la noche, todavía hay alguna luz que hace incierto á la vista el aparecer de las estrellas.

[7] Sube el Poeta del sol al quinto cielo, que es el de Marte.

[8] Nombre que se da á Dios. Es palabra hebrea, y significa *excelso*.

[9] *Galaria* en griego quiere decir cosa de leche, y es nombre que se da á la vía láctea.

[10] Alude á los tinglados, toldos, cortinas y otras invenciones para procurarse sombra en el verano; y por esa sombra supone que atraviesa un rayo de luz, y nos pinta los átomos que en él se ven flotar.

[11] Se llama Jiga á cierta música alegre y acelerada, á cuyo compás se baila una danza que lleva el mismo nombre. Aquí se usa esa palabra por el instrumento con que se toca.

[12] Palabras del himno en loor de la Resurreccion de Jesucristo.

CANTO XV.

[1] En esta metáfora da á entender DANTE, por la lira, aquellos dos rayos de luz que cruzan á Marte, y considera á las almas que los recorren por *cuerdas* de ella *que la mano de Dios afloja y tira*.

[2] Luégo veremos que es el alma de Cachagüida, ese que el Poeta llama astro de aquel conjunto de espíritus que denomina constelacion.

[3] *¡Oh sangre mia, oh rebosante gracia de Dios! ¿á quién se abrirán como á ti por dos veces las puertas de los cielos?* Tal es la traduccion literal de esas palabras latinas.

[4] Quiere decir que cuando se desahogó el ardor del afecto en el bienaventurado, se hizo su hablar ménos profundo, y vino á ponerse al alcance de la inteligencia humana.

[5] Imita aquellos versos del libro VI de la *Eneida*: *Venisti tandem*... etc.

[6] Este espíritu hace referencia á su hijo, llamado Cachagüida como él, el cual, por haberse casado con mujer de la familia de los Alighieri de Ferrara, dió lugar á que se llamára Alighiero el sucesor que tuvieron. De éste nació Belinchon; de Belinchon, Alighiero II, y de Alighiero II, DANTE, nuestro Poeta.

[7] El primer cerco del monte del Purgatorio es el en que son castigados los soberbios. DANTE no ha querido encontrarse con su bisabuelo en aquel sitio, porque no teniendo nada bueno que decir de él, prefiere dar aquí noticia suya muy ligera y como de pasada.

[8] Junto al antiguo redil ó circuito mural de Florencia estaba, y aún está, la iglesia abacial de los Benedictinos, que tocaban con tan gran puntualidad de la canónica observancia las horas de tercia, sexta y nona, que venía á ser el reloj de la ciudad.

[9] La contigia era una especie de calzado con recamos.

[10] Por *casa sin familia* da á entender casa con infinitas habitaciones de puro lujo y que no están ocupadas por indivíduos de la familia.

[11] El Poeta toma aquí á Sardanápalo, rey de los asirios, por el tipo de la molicie concupiscente.

[12] Montemalo se llamaba en tiempo de DANTE el monte que hoy se llama Montemario, y desde donde se domina á Roma, yendo de Viterbo; y Ucelatorio el que domina á Florencia, yen-

do de Bolonia. Con esto quiere decir Cachagüida que, como Florencia ha ganado á Roma en magnificencia, tambien la ha de ganar en ruina y en miseria.

[13] Belinchon Berti, de la noble familia florentina de los Raviñanes, y padre de la famosa Gualdrada.

[14] Familias de las más ilustres de Florencia.

[15] Los coletos que entónces se usaban eran de piel, y llegaron á recamarse ricamente de adornos y bordados primorosos.

[16] Da á entender que las mujeres florentinas tenian la seguridad de no morir desterradas de su pátria, y las matronas de no acostarse en su lecho solas por haber ido el marido á comerciar á Francia, como despues se hizo costumbre.

[17] El lenguaje especial de los niños que empiezan á formar palabras que los padres les repiten, y que es para su cariño lo más caro del mundo.

[18] Canguela, de la noble familia de los Tosa, estuvo casada con un Alidosi de Imola, y cuando se quedó viuda, se dió sin vergüenza al vicio y la concupiscencia. Lapo Saltarelo, jurisconsulto florentino, hombre vicioso y malo.

[19] Sin duda fué dado á luz trabajosamente, invocando su madre á la Vírgen María en los dolores del parto.

[20] Alude á la Tierra Santa, que dice DANTE que por culpa del Papa está en poder de la grey de Mahoma. La Cruzada que aquí se indica es la segunda, predicada por San Bernardo en 1147, en tiempo de Eugenio III y de Luis VII de Francia, que fué á ella en persona, y la cual tuvo un triste éxito. En ella parece que pereció este Cachagüida, arrostrando el martirio por la fé de Jesucristo.

CANTO XVI.

[1] Quiere decir DANTE que por respeto no habla *de tú* á su antepasado, sino *de vos*, tratamien-

to introducido en Roma en tiempo de los Emperadores. Para prueba de esto citan los comentadores el repetido terceto de Dittamondo:

E pensa ancor como perduto visse
Colla sua Cleopatra oltre duo anni
Colui, á cui 'l Roman prima voi *disse.*

[2] Parece que una doncella de la reina Ginebra, al ir á entrar en la cámara de su ama, donde se hallaba Lancelot, amante de la princesa, tosió con la intencion de que supieran que iba y se precavieran.

[3] Quiénes eran de entre los muchos que habia entónces los más dignos de todos en Florencia, que es la ciudad que, como ya se ha dicho, tiene por su patron á San Juan.

[4] No con el moderno florentino vulgar, sino con la lengua casi latina de sus tiempos.

[5] *Desde el dia de la Encarnacion de Jesucristo hasta el en que mi madre me dió á luz* (dice Cachagüida), *este globo* (que es Marte) *viene á reencenderse al pié de la constelacion de El Leon, quinientas cincuenta y tres veces.* Por consiguiente, da á entender que nació en 1106, valuándose en dos años la duracion de cada giro del planeta, segun era la creencia de los antiguos, y tambien de DANTE.

[6] Florencia estaba antiguamente repartida en seis divisiones, que se llamaban *Sextos*, los cuales se empezaban á contar en órden opuesto al curso del rio. Tambien hay que recordar que contra ese curso corrian, y aún hoy corren, los caballos el Pálio de San Juan. Quiere, pues, decir Cachagüida que él y sus antepasados nacieron en aquella parte de la ciudad en que el caballo que corre veloz en el juego popular encuentra ántes el último Sexto: ó, lo que es lo mismo, que estaba su casa solar en donde principia el Sexto de Puerta San Pedro, yendo del Mercado Viejo.

[7] Entre el baptisterio y el puente viejo, quic-

re decir de Norte á Mediodía, ó, lo que es lo mismo, en toda la ciudad.

[8] Habitantes de esos tres lugares del condado de Florencia, de los cuales habian ido á establecerse á la ciudad muchas familias que se habian enriquecido.

[9] Quiere decir, en suma, que cuánto mejor sería tener fuera á los villanos de todos aquellos pueblos, que haberlos mezclado con lo noble y antiguo de la ciudad.—Con *el de Aguillon*, alude á un Micer Baldo de Aguillon, que es un castillo en Val de Pesa ; y con el de *Signa* revela á un tal Bonifacio, de este pueblo. Los dos eran hombres de inícuos tratos y explotadores de las cosas públicas.

[10] La córte romana, que supone DANTE que debió haber sido buena madre y no madrastra para los Emperadores.

[11] Castillo destruido por los florentinos en 1209.

[12] Montemurlo era un castillo que los condes Guidos vendieron al Comun de Florencia, por no poder ellos guardarlo.

[13] Los Cerquios, familia de Ancona, cuya traslacion á Florencia trajo los disturbios entre ellos y los corsos, de que vino á la ciudad tanto daño.

[14] Valdegreva, de donde fueron á residir á Florencia los Buondelmontes, funestos tambien para Florencia.

[15] Ciudades de Italia destruidas.

[16] Ilustres florentinos.

[17] A las inmediaciones de Puerta San Pedro vivian los Cerquios y los Donatos, por cuyas traiciones fué sacrificada Florencia.

[18] Llevar de oro el pomo y la empuñadura de la espada era señal de nobleza.

[19] Llamábase así *el Vayo*, uno de los esmaltes del Blason. *La columna del Vayo* era una faja ó banda en campo rojo, y distintivo de la familia Billi.

[20] Especie de medida para los granos, que falseó uno de los indivíduos de la familia de los

Claramontes. De esto se habla en el canto XII del PURGATORIO.

[21] Parece que en esta expresion *los desechos por su orgullo* se da á entender la familia de los Uberti, y por *las bolas de oro* los Lamberti.

[22] Alude á los Visdómini, Fosingui y Cortigiani, que todos procedian del mismo tronco. Eran patronos del obispado de Florencia, y en cada Sede vacante entraban de administradores de sus rentas, y tenian sus reuniones en el Consistorio, que así se llamaba primitivamente á todo sitio en que se juntaban los que trataban cosas públicas.

[23] Por *la vana grey*, etc., se da á entender la familia de los Adimari y Cavichuli.—Ubertin Donato, casado con una hija de Belinchon Berti, tuvo á ménos que su suegro casase á la otra con uno de esa familia, por considerarla de vil orígen. Téngase presente que uno de los Adimari poseia los bienes de DANTE, y habia sido siempre grande opositor á su regreso á la pátria.

[24] Como una cosa que mostraba la sencillez de las costumbres y lo poco envidiosos que eran entónces los ciudadanos, cita el haberse dado el nombre de una familia particular á la puerta *Perusa*.

[25] *El gran Baron* es Hugo, marqués de Toscana, vicario del emperador Othon III, que murió en Florencia el año de 1006, al cual se le hacian grandes funerales todos los años el dia de Santo Tomás, en la iglesia de La-Abadía, donde está sepultado; y áun hoy, en ese aniversario, se expone el escudo y la armadura del busto de ese personaje. Los que tenian el fuero de llevar sus armas eran los Pulci, los Nerli, los Gangalandi, los Jandonati y los Bella. De estos últimos fué Jano de la Bella, que se unió al partido del pueblo. Los de esa familia habian añadido á su escudo de armas una orla de oro.

[26] Por *El Borgo* se entendia el del *Santo Apóstol*.

[27] Buondelmonte fué asesinado por los Amidei junto á la iglesia de San Estéban, á la inmediacion del Puente Viejo; y el motivo fué porque habia hecho á aquella familia el desaire de casarse con una Donati, cuando estaba comprometido con una Amidei.

[28] Para ir á Florencia desde el castillo de Montebuoni, solar de los Buondelmonti, hayque pasar un riacho llamado Ema.

[29] Llama á Buondelmonte víctima de la última paz de la ciudad, porque desde su muerte empezaron los grandes disturbios en ella; pues sabido es que de resultas de su asesinato ocurrió la division de los ciudadanos de Florencia en Güelfos y Gibelinos.

[30] El lirio en los antiguos estandartes de Florencia era blanco en campo rojo; pero despues de la civil discordia, los Güelfos pusieron lirio rojo en campo blanco.

CANTO XVII.

[1] El que aún hace á los padres no doblarse á los caprichos de los hijos, supone aquí DANTE que es el suceso de Faetonte. Segun la mitología pagana, habiéndole echado en cara Epalo á este jóven que no era hijo de Apolo, fué á preguntar la verdad á su madre Climéne; y asegurándoselo ella, exigió de su padre que como pública muestra de su divino orígen le permitiese conducir un solo dia su carroza solar. Lo obtuvo así á fuerza de ruegos, y eso causó su desastrosa muerte, porque Júpiter tuvo que lanzarle un rayo que lo precipitase del carro para que no abrasára la tierra, por lo mal que lo gobernaba.

[2] El alma de Cachagüida.

[3] Esto alude al triste anuncio que de su desgracia le hicieron en el Infierno Farinata y Bruneto Latino, y en el Purgatorio Malaspina y Oderico de Agobio.

[4] Como no es indispensable á la vista que

mira navegar un bajel que éste siga hendiendo las olas, así Dios no tiene necesidad de que se realice todo lo que se fija en su mirada eterna.

[5] El sentido es éste. Desde el *mirar eterno* viene á mi vista la desgracia que te aguarda, como viene á sonar á la oreja la dulce voz del órgano.

[6] Hipólito partió de Atenas calumniado por su madrastra Fedra, á cuyos impúdicos deseos no quiso prestarse.

[7] Este es uno de los Escalígeros de Verona, cuya familia llevaba por divisa una escala sobremontada de una águila. La mayor parte de los comentadores de DANTE suponen que se trata de Bartolomé, hijo mayor de Alberto de la Escala.

[8] Este, jóven príncipe de nueve años, es Can de la Escala. La estrella de que se habla es la de Marte. Por eso se dice que de ella tomó el fuego *tan subido* que le hizo ilustre en las armas.

[9] Supone DANTE que el Papa Clemente V, natural de Gascuña, engañó al emperador Enrique VII.

[10] DANTE no llegó á ver este castigo: el desgraciado se hace aquí predecir una felicidad que no estaba de Dios que disfrutára en la tierra.

[11] Quiere decir que si ha perdido su querida pátria, no quiere perder el cielo.

[12] Alude á los pósteros, que serán los que llamen *tiempo antiguo* al que para el Poeta era presente; y no quiere pasar ante ellos *indecoro* por no decir abiertamente la verdad.

CANTO XVIII.

[1] *El segundo aspecto* es expresion que usa el Poeta, porque el primero era el que gozaba Beatriz, en cuya faz daba directamente la luz de Dios, á la que llama *el placer eterno*, y en su rostro sólo daba el reflejo de éste.

[2] Josué, sucesor de Moisés y jefe del pueblo judío. Los demás personajes son, por el órden

que se citan, los siguientes: Judas Macabeo, que, ayudado por sus cuatro hijos, ganó grandes victorias contra los capitanes de Antíoco, rey de Macedonia.—Carlomagno, emperador de Occidente.—Roldan ó Rolando, sobrino del anterior, é hijo del conde de Narbona.—Guillermo, conde de Orange, en Provenza.—Rinuardo, sobrino de Tiborga, mujer de Tebaldo el Esclavon.—El duque Godofredo de Bullon, que conquistó á Jerusalen y fué luégo su Rey.—Roberto Güiscardo, duque de Normandía, que se apoderó de Sicilia y arrojó de la Pulla á los sarracenos; que tuvo por hijo á Rogerio, padre de Constanza, de cuya princesa se habla en el canto III del PARAISO.

[3] Quiere decir que el alma de Cachagüida se volvió á juntar con sus compañeros, mostrando que era *digno artista entre los divinos cantores;* esto es, que se puso á cantar divinamente.

[4] Alude al rostro de Beatriz, *milagro* de hermosura, por el que (con aumentarse su brillo) hace que el Poeta observe que su giro circular ha adquirido mayor circunferencia, segun el movimiento impreso por el primer móvil: lo que quiere decir que se ha elevado á más alto cielo: en suma, que ha pasado de Marte á Júpiter.

[5] Esta musa ó *diva pegasea* es Calíope, invocada ya por el Poeta en el canto primero del PURGATORIO.

[6] *Amad la justicia ¡oh vosotros los que gobernais en la tierra!* Son palabras del primer libro de la *Sabiduría,* que se atribuye á Salomon.

[7] El instinto.

[8] Fué opinion de los antiguos que el planeta Júpiter influia en la tierra el sentimiento de la justicia.

[9] Parece que el Poeta se dirige al Papa Clemente V, á quien acusa de que escribe decretos conminatorios sólo para anularlos despues por florines; que eso quiere decir con los esfuerzos que hacía por atraerse al que vivia *solitario* (en el desierto), y á quien dieron la muerte *por los*

saltos (esto es, por el baile) de Herodías delante de Herodes. Este solitario es, como todos saben, San Juan Bautista, cuya imágen es el sello que llevaba la moneda de entónces, llamada *florin*. Tan amarga ironía es hija del implacable gibelinismo del Poeta. Es cierto que en aquella época la córte pontificia procuraba socorros pecuniarios de toda la Cristiandad; pero hay que tener presente que la córte estaba en Aviñon: que el Estado romano no pagaba ningun impuesto al Papa, y que el condado no ofrecia recursos suficientes para atender ni áun á los más indispensables gastos de la Santa Sede.

CANTO XIX.

1 El sonido era *yo* y *mio*, porque era sólo la voz del águila la que hablaba; pero el concepto era el *nos* y el *nuestró*, porque lo mismo queria decir cada una de las almas que componian á aquella.

2 Dice *yo*, por que con una sola voz habla cada una de aquellas almas.

3 Por mil espíritus encendidos de amor divino.

4 Quiere decir que aunque Dios en el cielo tiene por espejo otro órden de espíritus beatos, tambien se manifiesta á aquellos con que habla el Poeta en el planeta Júpiter.

5 El águila, signo del romano Imperio.

6 Adverbio latino que quiere decir *cerca*.

7 Aquí está usado etíope por africano.

8 Alberto de Austria, hijo de Rodulfo de Hapsburgo, invadió y devastó la Bohemia en 1330.

9 Felipe el Hermoso, á quien mató en la caza un jabalí, hizo acuñar moneda falsa y pagó con ella al ejército asoldado contra los flamencos, despues de la derrota de Courtray. A este Felipe le llama *rey de la gente* del Sena ó *Senesca*. Murió en 1314.

10 Parece que alude á Eduardo I, rey de In-

glaterra, y á Roberto de Escocia, que estaban en guerra uno con otro.

[11] Alfonso X de Castilla, llamado *el Sábio*, que, electo Emperador, no acudia á encargarse del Imperio, entretenido en el ocioso deleite de sus estudios de astrología.—Wenceslao, rey de Bohemia, de quien se habla en el canto VII del PURGATORIO.

[12] Se decia de Cárlos II el Cojo, rey de la Pulla y de Jerusalen, que tenía *una virtud*, que era la generosidad, y para esa *mil vicios*. Por eso el águila que habla expresa que sus obras buenas las contará una *I* latina, que representa uno, y sus vicios una *M*, que figura mil.

[13] En Sicilia, donde Anquises murió, ó, lo que es lo mismo, donde acabó sus penas, era donde reinaba entónces Federico, hijo de Pedro de Aragon.

[14] El tio de Federico era Jacobo, rey de Mallorca y Menorca, y su hermano era Jacobo, rey de Aragon.

[15] Dionisio el Agrícola, rey de Portugal.

[16] La Noruega tenía entónces su Rey particular, no hallándose aún reunida, como lo estuvo despues, á Dinamarca.

[17] Rácia, parte de la Dalmacia, regida por un Duque.

[18] El águila, que sigue hablando, termina este canto diciendo, en forma de profecía, *que tengan todos por arra*, esto es, por prenda de verdad, *lo que pasa* en Nicosia y Famagusta, ciudades principales de la isla de Chipre, á las cuales ya oprimia Enrique II con su tiranía; que es la garra con que sujetan á los demás pueblos los malos Reyes de que se hace mencion arriba.

CANTO XX.

[1] David.

[2] Trajano, que consoló á la viuda, como se dice en el canto X del PURGATORIO, y que de-

de el Infierno, donde estuvo, como pagano que era, subió al Paraiso, teniendo, por consiguiente, experiencia de aquellos dolores y de esta bienaventuranza.

[3] Ezequías, rey de Judá, que sabiendo por prediccion de Isaías, que se acercaba su muerte, rogó á Dios le concediera otros quince años de vida para llorar sus pecados, y en efecto obtuvo esta gracia.

[4] El emperador Constantino, que con el águila (dice conmigo, porque es ella la que habla) y con las leyes *se hizo griego;* esto es, trasladó el Imperio á Bisancio, lo que verificó por dejarle al Papa la ciudad de Roma; de lo que supone Dante que surgieron los males que sufria la Italia. ¡Qué injusta preocupacion! Constantino no trasladó su imperio por dejárselo al Papa, puesto que no abrazó el Cristianismo hasta el año de 312; y áun entónces, siendo catecúmeno, aceptó el cargo de Sumo Sacerdote de Júpiter que le confirió el Senado.

[5] Guillermo II fué rey de Sicilia. Se le llamaba *el Bondadoso.*—Cárlos y Federico son Cárlos II *el Cojo*, y Federico de Aragon, de quienes ya se ha hablado.

[6] El troyano Riféo, de quien habla Virgilio en la *Eneida* como de hombre virtuosísimo. Los comentadores extrañan que este personaje esté colocado aquí por Dante, y es natural, cuando el mismo Poeta dice: *¿Quién creyera en la vida allá distinta...?* etc.

[7] Para el uno (que es Riféo), el Cristo prometido: para el otro (que es Trajano), el Cristo Redentor, porque ya habia venido á redimirnos con su sangre preciosa. Con esta ficcion el Poeta ha querido sentar este principio, muy verdadero en sí mismo: que los juicios de Dios son un abismo, y que es impío y temerario el que presume ver el fondo de ellos y decidir por la apariencia sobre la condenacion de éste ó de aquél sujeto; como si la misericordia divina no pudiera abrir el ca-

mino de la redencion por otros medios que los que alcanza nuestra débil vista.

[8] Alude á la viva esperanza del Papa San Gregorio, que con sus preces á Dios logró ganar aquella alma de Trajano, volviéndola primero al cuerpo, como nos dice en el canto X del PURGATORIO. Vários comentadores han creido hallar en este pasaje un descuido de DANTE y una contradiccion con la inscripcion célebre de la puerta del Infierno, y los demás han dejado pasar sin defensa aquella censura. Yo ruego á mis lectores que ántes de admitirla tengan presente: que dentro del Infierno se halla el Limbo, ó primer círculo en que estuvieron los Santos Padres, sacados de allí por Jesucristo, cuya entrada triunfal nos describe el Poeta por boca de Virgilio, quien asegura que le vió él; que hacía poco que estaba en aquel recinto; que allí se nos presentan muchas almas que no pecaron y que no sufrian otra pena que suspirar á causa de la tristeza sin dolor que sentian; que á esas almas, entre las que se hallaban las de muchos héroes de la antigüedad, las llama el Poeta *suspensas* en el terceto décimoctavo del canto II; y que de todo esto debe natural y sencillamente deducirse que los que se hallaban en el primer recinto, *el Limbo*, no deben considerarse como comprendidos entre los condenados, que es con quienes habla la ya referida inscripcion de la puerta del Infierno.

[9] El Poeta supone que la Fé, Esperanza y Caridad, que se le presentaron junto á la rueda derecha del carro triunfal, descrito en el canto XXIX del PURGATORIO, sumergieron á Riféo en el baño de la divina gracia más de mil años ántes de establecerse el bautismo; y, en efecto, desde la destruccion de Troya hasta la venida de Jesucristo que instituyó aquel Santo Sacramento, mediaron mil ciento ochenta y cuatro años.

[10] Esta cuestion teológica que el Poeta promueve aquí, colocando á Riféo y al emperador Trajano en el arco que forma la ceja del águila,

compuesta de almas bienaventuradas, está pendiente todavía. Sobre este punto, y sobre todos los demás de este género que en esta obra se tocan, el que esto escribe se atiene solamente á su obligacion de exacto traductor. Roma ha recibido siempre, y áun ensalzado, la ortodoxia de Dante en general: siempre ha contribuido á extender la gloria del gran Poeta, sin pararse en algunos extravíos é injustas apreciaciones á que le arrastraba el espíritu de partido, ó más bien la hiel que le amargaba por su largo, injusto y dolorosísimo destierro. Roma ha dejado pasar ésta y todas las demás opiniones teológicas de nuestro Poeta, y no ha hablado todavía. Cuando lo haga, nos someteremos como es debido á las decisiones de la Iglesia, y aprovechamos esta ocasion para manifestar que si hemos cometido yerro en nuestra interpretacion de algun pasaje de tan larga y difícil obra, y así se nos manifiesta por alguna autoridad eclesiástica, nos obligamos á corregirlo, y pedimos de antemano perdon de una culpa que será involuntaria.

CANTO XXI.

1 Dante sube en este momento de la contemplacion de Beatriz al cielo de Saturno, que, segun Macrobio, influye en los ánimos la potencia contemplativa.

2 Seméle, amada de Júpiter, instigada por la celosa Juno, pidió á aquel Dios que se le mostrase una vez en toda su majestad. Así lo obtuvo, y fué abrasada por los rayos que despedia el Padre de los dioses.

3 La Academia de la Crusca ha calculado que en el tiempo que aquí se describe, que es en el mes de Marzo de 1300, el planeta Saturno estaba en el grado octavo y 16 metros del Leon.

4 Porque el objeto se retrata por el rayo luminoso reflejado de él en la retina del ojo.

5 Dentro del cristalino cielo del sexto globo.

Saturno, segun los antiguos, dió al mundo la edad de oro.

[6] Porque ningun mortal podria resistir su efecto. Recuérdese la comparacion de Seméle.

[7] Dios da el encargo de que ejecute sus órdenes á cualquiera de aquellos espíritus, que elige á su albedrío.

[8] Entre el Mediterráneo y el Adriático se levanta la cordillera de los Apeninos; allí, en una de sus alturas llamada Catria, entre Gubio y Pérgola, en el ducado de Urbino, está el convento de Santa Cruz de Fuenteavellana, del Orden de Camandulenses, donde vivió San Pedro Damiano. Este Santo nació en Rávena. Fué obispo de Ostia y creado Cardenal de la Romana Iglesia por el Papa Estéban IX. Murió en Fayenza en 1073.

[9] En la orilla del Adriático, junto á Rávena, habia otro convento de la misma Orden, llamado Santa María del Puerto, donde vivió tambien el Santo, y en el cual, por humildad, usaba el nombre de Pedro el Pecador.

[10] *Cephas* quiere decir *piedra*, y ese es el nombre que dió Nuestro Señor Jesucristo á San Pedro. El vaso de eleccion es San Pablo.

CANTO XXII.

[1] Quiere decir que la justicia de Dios no llega ni demasiado pronto ni demasiado tarde, sino en su punto conveniente ; y sólo parece muy lenta al que la espera contra otro con un deseo muy grande, y muy pronta al que en sí mismo la sufre.

[2] El que habla es San Benito, que fué el primero que fundó un convento en Casino, que era un castillo en *Tierra de Lavoro*, en la pendiente, hácia la costa, junto al cual habia un templo dedicado á Apolo. Aquel Santo nació en Norcia el año de 480 : vivió en tiempo de Justiniano, y murió en 543. Fué el principal institutor de la vida monástica en Occidente.

[3] Los Macarios fueron dos; éste debe ser el de Alejandría, llamado el Jóven, que vivió entre el IV y el V siglo. San Romualdo, natural de Rávena, fué el fundador de la Orden de Camandulenses, el cual vivió en el siglo X.

[4] Esa esfera es la única que permanece inmóvil, por lo que no tiene necesidad de polos para girar.

[5] *Así vuelva yo al Paraiso,* dice el Poeta, porque supone que escribe en el mundo, de vuelta de su viaje por el cielo.

[6] El signo de Géminis es el que sigue al Toro. Es el octavo cielo, ó de las estrellas fijas.

[7] Así se expresa el Poeta en estos sentidos versos, que parecen el suspiro de un desterrado, porque nació en la estacion en que el sol está en Géminis; y porque los antiguos suponian que esa constelacion influia en el ingenio y ciencia de las cosas.

[8] Hiperion, padre del Sol. Maya y Dióne, madres de Mercurio y de Vénus: están aquí usados sus nombres por los de los planetas Sol, Mercurio y Vénus.

[9] Júpiter templa la frigidez de su padre y el calor de su hijo, porque está situado entre Saturno y Marte.

[10] La tierra, que enciende en nosotros tantas pasiones que nos atormentan.

CANTO XXIII.

[1] Cuando el sol sale del horizonte, la sombra que hacen los cuerpos es larguísima; y esa longitud se disminuye al principio con muchísima rapidez: luégo viene ésta haciéndose poco á poco menor, hasta que al llegar el sol á la mitad del cielo parece que la sombra ya no disminuye nada. Por el contrario, vuelve á crecer rápidamente cuando aquel astro empieza á bajar al Occidente. De este fenómeno deduce el vulgo que el sol anda más despacio á mediodía; y lo que quiere

decir, por tanto, el Poeta es que Beatriz estaba vuelta al Mediodía.

[2] Nuestro Señor Jesucristo.

[3] Jesucristo tambien.

[4] La Vírgen Santísima, á la que luégo apellida *Límpido zafiro.*

[5] El arcángel San Gabriel, á quien más abajo llama *lira*, aludiendo á la dulzura de su voz.

[6] El primer Móvil, ó noveno cielo.

[7] De la Vírgen, que subió á unirse á su eterno Hijo.

[8] San Pedro, con los Santos del Nuevo y Viejo Testamento.

CANTO XXIV.

[1] El que habla es San Pedro, del cual escribe San Mateo que pasó milagrosamente á pié enjuto el mar de Tiberíades.

[2] Así llamaban los romanos al jefe de la primera centuria en el órden de los Triarios.

[3] San Pablo.

[4] Esa es la definicion dada por San Pablo.

[5] San Pedro y San Juan, habiendo sabido por Magdalena que habia desaparecido el cuerpo de Jesus, salieron de Jerusalen y corrieron á su sepulcro. San Juan llegó el primero, como más jóven; pero no se atrevió á entrar en el recinto en que estaba. Pedro, que llegó más tarde, se atrevió y entró el primero. Véase el Evangelio de San Juan, cap. xx.

CANTO XXV.

[1] Dante espera volver á su pátria y recibir la corona en el baptisterio de San Juan (donde fué bautizado), en mérito de su poema, en el que ha tratado de las cosas de la tierra y del cielo. Estas ideas sobre clemencia, y acerca de la vuelta del destierro, son oportunísimas al principio de este canto, en que va á ser interrogado sobre

la Esperanza por Santiago, que es (como dice el Poeta poco despues) el varon *por quien tantos visitan la Galicia.*

[2] De la escuadra de donde salió San Pedro, *primicia de los Vicarios de Jesucristo.*

[3] Alude á la epístola llamada *católica*, en que Santiago escribió de la libertad de la divina Basílica. Aquí Basílica se usa por la Iglesia triunfante. El Poeta padece la equivocacion de atribuir esta epístola de Santiago el Menor, al Mayor, que es el que murió en Jerusalen, y cuyo cuerpo fué trasladado á Compostela, ciudad de Galicia.

[4] Jesucristo tomó siempre por testimonio de sus milagros á San Pedro, como figura de la Fé, á San Juan de la Caridad, y á Santiago de la Esperanza. Por esta causa Santiago figura, ó es figura de la Esperanza, tres veces en el texto evangélico.

[5] Alude á las palabras del Salmo: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* Por cuyos montes se entiende alegóricamente á los Apóstoles.

[6] Aquí se entiende por Egipto la esclavitud del mundo, y por Jerusalen la córte celestial, á donde sube DANTE ántes de haber acabado el *servicio marcial* que le está prefijado; esto es, ántes de haber muerto en el mundo.

[7] Por *muchas estrellas*, quiere decir muchos clarísimos escritores sagrados; y en primer lugar por David, el más grande cantor de las alabanzas de Dios, á cuyo conjunto llama *Teodía.*

[8] La Católica está llena de expresiones é ideas de David.

[9] Llama á la vida campo de batalla, porque el Apóstol luchó en ella hasta morir por Jesucristo.

[10] San Juan en el *Apocalipsis.*

[11] Durante el mes de invierno en que el sol está en Capricornio, ocurre que cuando se pone aparece Cáncer en el cielo; y cuando Cáncer se pone, aparece el sol. Esto supuesto, si Cáncer tu-

viera una luz (DANTE dice cristal) como la del sol, el invierno ofreceria entónces un mes que sería todo de dia, ó bien un solo y larguísimo dia.

[12] Y no por ninguna otra intencion amorosa ó culpable.

[13] Esta luz es San Juan, que reposó en el seno de Jesucristo, Pelícano que con su sangre recrió á los hombres, como se dice que hace con sus hijos aquella ave. Dicho San Juan fué el elegido por el divino Redentor para que sirviera de hijo á su Madre Santísima.

[14] *Lo que allí no pasa* es que San Juan estuviese en cuerpo y alma, cuya duda nace en el Poeta por las palabras de Jesucristo: *Sic eum volo manere donec veniam.*

[15] Sólo Jesucristo y la Vírgen María han subido al cielo con el doble traje del alma y del cuerpo.

[16] San Juan, con el fulgor que despide, eclipsa á Beatriz.

CANTO XXVI.

[1] La que rodeaba á San Juan Bautista.

[2] La mano de Ananías tuvo la virtud de volver la vista á San Pablo.

[3] Dios es el alfa y omega, ó, lo que es lo mismo, el principio y el fin de cuantas impresiones leves ó fuertes ha causado en mí el amor. Esto es lo que DANTE quiere expresar.

[4] San Dionisio Areopagita, *De divinis nominibus.*

[5] San Juan, que proclama el gran misterio de la Encarnacion del Verbo, fuente de amor para todas las criaturas.

[6] La luz que pasa de una á otra membrana del ojo, á cuyas membranas, por ser como telas ó vestidos del mismo, llaman túnicas los físicos.

[7] El alma de Adan.

[8] Dios, espejo que siempre refleja la verdad y nunca refleja nada que pueda compararsele.

[9] Adan, segun la Escritura, dió á las cosas su nombre verdadero, y formó el primer idioma del mundo.

[10] Nembrod, nieto de Cam, fué el que construyó la torre de Babel.

[11] Antes que bajase Adan al Infierno, esto es, que muriese, los hombres llamaban á Dios *El*. Así lo dice en sus *Etimologías* San Isidoro.

[12] El monte del Purgatorio, que supone DANTE que es el más alto del mundo, y en cuya cima, como hemos visto, puso el Paraiso terrenal, primera mansion de Adan.

[13] Desde la hora primera del dia en que fué creado (Adan), á la que es segunda del cuadrante siguiente, que es la sétima. Sabido es que cada seis horas recorre el sol un cuadrante, ó sea la cuarta parte de su círculo alrededor de la tierra.

CANTO XXVII.

[1] San Pedro, Santiago, San Juan y Adan son las cuatro estrellas; y la más viva era la de San Pedro, que fué el que se presentó primero al Poeta.

[2] Quiere decir que se encendió en vivísimo color de fuego.

[3] El Poeta habla de Bonifacio VIII, y hace decir á San Pedro que miéntras ese Papa ocupa malamente su lugar, puede considerarse como vacante á los ojos de Jesucristo.

[4] Lucifer.

[5] San Cleto y San Lino fueron sucesores de San Pedro, y santos mártires.

[6] Los Papas Sixto y Pio vivian bajo el reinado del emperador Adriano, Calixto bajo el de Caracalla, y Urbano bajo el de Alejandro Severo.

[7] Quiere decir que las familias de Cahors, en la Guinea, de donde era natural el Papa Juan XXII, y las de Gascuña, pátria de Clemente V, estaban ya preparadas á enriquecerse con

el patrimonio dado á la Iglesia por devocion á la sangre derramada por los santos mártires de que se va hablando.

[8] Alusion á Can el Grande de la Escala. Algunos comentadores suponen que se trata de Enrique VII, lo que no puede ser, porque habia muerto en 1313, y estos versos se suponen escritos despues de 1316. La idea de Escipion revela tambien que debia ser un guerrero el defensor de Roma, municipio del orbe.

[9] Cuando el sol está en Capricornio; esto es, de mitad de Diciembre á mitad de Enero.

[10] El Poeta vió subir á adornar lo alto del cielo gran número de los bienaventurados que habian estado en su compañía ó á su vista. Estos, al ascender, imitaban el caer de la nieve en nuestro suelo, pero en contrario sentido, porque la nieve cae hácia abajo.

[11] El Poeta, desde que otra vez bajó los ojos y se puso á considerar la tierra, hasta ahora que vuelve á hacer lo mismo, habia corrido con Géminis el arco que desde el meridiano hasta el horizonte occidental forma el primer *Clima*, que es como Dante llama á cada una de las siete partes en que, siguiendo á Tolomeo, divide la tierra habitable. Aquí el primer Clima es hácia el trópico de Cáncer; y como el Poeta se supone colocado perpendicularmente sobre el horizonte occidental de nuestro hemisferio, que es el de España, segun su sistema, puede decir luégo que ve más allá de Gades (Cádiz) el Océano Atlántico, que es el mar en que supone que naufragó y pereció Ulises.

[12] El prado de la Fenicia, á orillas del mar, de donde Júpiter, convertido en toro, robó, llevando sobre sus hombros como un haz ligero, á Europa, hija de Agenor, Rey de aquella tierra.

[13] Dice el Poeta que el sol bajo sus piés (porque la octava esfera está más alta que el sol) habia andado más de un signo del Zodíaco. Dante estaba en Géminis, y el sol en los primeros gra-

dos de Aries, y por consiguiente, era de noche más allá de la orilla fenicia.

[14] Alude el Poeta á la fábula que dice que los gemelos Cástor y Pólux nacieron de los huevos que puso su madre. Por eso llama el nido de Leda al sitio que aquellos ocupan.

[15] Dante es trasladado al primer Móvil, al cual llama *cielo velocísimo.*

[16] Es de advertir, para mejor inteligencia del lector, que aquí el Poeta hace nacer el movimiento de todos los globos del último, que es el primer Móvil, el cual mantiene tambien el centro, que es la tierra, en quietud completa. Este primer Móvil es movido por Dios mismo.

[17] Por *tal tiesto* da á entender el Poeta el primer Móvil; y en *las raíces que el tiempo deposita en él*, simboliza su orígen oculto; y en *las frondas* que extiende por los otros tiestos, esto es, por los demás cielos, lo que nos puede ser perceptible y manifiesto.

[18] Ves á uno que siendo todavía muy niño ayuna, y cuando ya es adulto come cualquier manjar, aunque sea en los dias de abstinencia.

[19] La hija del sol, que es la que trae la luz y deja la sombra cuando se va, es la naturaleza humana; y el sentido de este pasaje es que la piel de la criatura, que en la primera edad es blanca y delicada, con el tiempo se vuelve más áspera y morena. Se da á entender con esta comparacion que en lo moral del hombre sucede lo que en lo físico.

[20] Esta *céntima despreciada* es aquella parte mínima de tiempo que en el movimiento periódico del sol resultaba de más; y por la cual, con el curso de los siglos, tenía que suceder alguna vez que el mes de Enero cayese en primavera. Ese error fué corregido por Gregorio XIII el año 1582. El todo de la frase figuradamente usada por Beatriz significa que no pasará mucho tiempo sin que ocurra lo que predice.

CANTO XXVIII.

[1] Alrededor de aquel punto que despedia tan viva luz y que era tan breve, Venturi cree ver en ese punto de tan ponderada pequeñez el emblema de la espiritualidad y de la indivisibilidad de Dios. Yo creo que más sencillamente puede representar la Divinidad, que comprende en un punto sólo todo lo pasado, lo presente y lo futuro.

[2] La secuaz de Juno es la ninfa Íris, personificacion del arco de ese nombre, cuyo cerco completo (que nunca llega á estarlo) supone el Poeta que cabria holgadamente dentro del que describe. Hace esta comparacion para manifestarnos su inmenso tamaño.

[3] Segun que á medida que se iba apartando del uno, crecia su número ordinal, se movia cada cerco con más lentitud, porque se alejaba más de Dios, que es el *Punto Céntrico*.

[4] Quiere decir, fuera del cual no hay otros cielos corpóreos más que el Empíreo, que es el cielo de amor y de beatificante luz ó sabiduría.

[5] *El ejemplo* es la tierra con sus cielos en rededor: *el ejemplar* es el punto luminoso con los cercos lucientes de que se ha hablado, y los cuales, ejemplo y ejemplar, van de un modo contrario; porque miéntras en el ejemplar los círculos más inmediatos al punto son los más perfectos, en el sistema mundal, que está copiado de aquél, los cielos más próximos á la tierra ó centro son los ménos valiosos.

[6] El cielo noveno, que atrae y dirige los demás, dice Beatriz que corresponde en la velocidad al cerco espiritual más pequeño, que es el que contiene á los Serafines, los cuales tienen más amor y sabiduría.

[7] Si vuelves (dice Beatriz) tu consideracion á la virtud de las sustancias de las inteligencias angélicas que se te presentan en estos giros, y no

á la apariencia del espacio que comprenden, verás en cada cielo maravillosa correspondencia con su inteligencia motriz; esto es, del más grande cielo corpóreo al más perfecto del órden espiritual, y del menor al ménos perfecto del mismo órden espiritual. Así, pues, al primer Móvil, que es el más vasto cielo, presidirá el coro de los Serafines, que es el cerco ó giro más próximo á Dios: á la esfera estrellada, el de los Querubines; y al cielo de Saturno, el de los Tronos.

8 Los soplos de Bóreas, viento de Setentrion frio y seco, no pueden nunca ser dulces; por eso, siguiendo la opinion de Pelli, traducimos el adjetivo *leno*, no por *dulce ó blando,* sino por *lleno.*

9 Para la explicacion de esta comparacion, Lombardi recuerda la anécdota de Sessa-Ebu-Dahir. Este indio, habiendo presentado al rey de Persia el juego del ajedrez que acababa de inventar, le pidió, y obtuvo, por recompensa, un grano de trigo por la primera casilla, dos por la segunda, y así duplicando suscesivamente hasta la sexagésima cuarta. Hecho el cálculo de lo que se le debia, se vió que toda la Persia no tenía trigo bastante para pagarle tan enorme cantidad.

10 Alude al dicho de San Juan: *Similis es erimus; quoniam videbimus eum sicuti est.*

11 La primera jerarquía se compone de tres coros.

12 En Dios, que es el último fin de nuestros deseos.

13 DANTE renueva aquí y resuelve la cuestion escolástica de Santo Tomás: *in quo consistat beatitudo formalis, in visione an in amore.*

14 DANTE sigue siempre las denominaciones dadas por San Dionisio Areopagita en su obra *De Cœlesti hierarchia.*

15 Donde no cae la hoja, como sucede en el mundo cuando Aries, opuesto al sol, gira de noche sobre nuestro hemisferio; ó, lo que es lo mismo en Otoño.

16 Uno de los significados del verbo italiano

Svernare es el cantar de los pájaros al salir del invierno y entrar en primavera.

[17] Llama *Deas* á las escuadras angélicas, aludiendo á aquel pasaje de San Juan: *Illos dixit deos, ad quos sermo Dei factus est.*

[18] San Gregorio Magno puso en lugar de los Tronos las Potestades; los Tronos en lugar de los Principados; los Principados en lugar de las Dominaciones, y las Dominaciones en lugar de las Potestades.

[19] Da á entender el Poeta que San Pablo, que, como sabemos, estuvo en el cielo en cuerpo mortal y luégo descendió de allí, pudo contar á San Dionisio, su discípulo, éstas y otras verdades sobre la jerarquía de los ángeles; y que por eso éste los reveló á los hombres.

CANTO XXIX.

[1] Beatriz estuvo callada el tiempo que el cenit tiene en equilibrio, esto es, igualmente altos respecto de nuestro hemisferio, al sol y á la luna *(los hijos de Latona)*, cuando bajo signos opuestos, como son Aries y Libra, uno de esos astros está al Levante y el otro al Poniente. Quiere decir un corto instante.

[2] El *Génesis* dice: *Spiritus Domini ferebatur super aquas.* Aquí las aguas están tomadas por las criaturas. El Poeta, en el conjunto de estas imágenes, quiere dar á entender que la creacion, habiendo sido hecha *tiempo no habiendo, fuera de valuacion* ninguna, no puede decirse verificada ni ántes ni despues; y por esto, y por lo que se verá más abajo, es fácil comprender que la opinion de DANTE es que la creacion fué instantánea.

[3] Las sustancias en que sólo ha habido *acto puro;* esto es, únicamente para ejercer accion sobre las otras, son los ángeles, y esos fueron colocados como cima del universo mundo.

[4] En la más baja parte del universo mundo

fueron colocadas las sustancias dotadas de pura potencia; esto es, dispuestas sólo para recibir la accion de otro. Tales son los cuerpos sublunares.

[5] En medio, entre lo alto y lo bajo del mundo, un estrecho lazo une indivisiblemente potencia con acto; ó, lo que es lo mismo, á aquellas sustancias dispuestas á recibir y obrar. Tales son los cielos, de quienes dice el Poeta en el segundo canto de esta Cantíga: *Dando abajo, y de arriba recibiendo.*

[6] Los Evangelistas. El *Eclesiástico,* cap. XVIII, dice: *Qui vivit in æternum creavit omnia simul.*

[7] La perfeccion de los ángeles *(santos motores)* creados para obrar, no podia ser completa sin producir en tanto tiempo.

[8] *¿Dónde?* Sobre todos los cielos. *¿Cuándo?* Antes que existiera el tiempo. *¿Cómo?* En un instante, por un acto puro de la voluntad de Dios. Con lo que quedan frios, esto es, satisfechos, tres ardores ó vivos deseos del Poeta.

[9] Se alude á dos opiniones que habia en aquel tiempo respecto de los ángeles. Unos no creian que tuvieran memoria: otros creian que la tenian semejante á la humana.

[10] Da á entender que en el cielo ese deseo de aparecer sábios y agudos en su parecer, irrita ménos que la culpa de los hombres que desechan la Sagrada Escritura, ó que tienen la audacia de explicarla mal.

[11] *Lapo* y *Bindo*, nombres muy comunes en Florencia, diminutivos vulgares de Jacobo y de Albino. Es como si dijéramos: no tiene Madrid tantos *Manolos* y *Pericos*, etc.

[12] Alude á los Apóstoles.

[13] En aquel tiempo, no sólo los frailes, sino todos los ciudadanos, gastaban capucha en sus trajes, aunque la de aquéllos era mucho más grande. *Llena el capuchon* se usa aquí por satisfacer su vanidad.

[14] El demonio.

[15] Se pinta á San Antonio con un puerco á

los piés, para demostrar su victoria sobre el diablo tentador; pero aquí el Poeta da á entender por ese puerco á sus corrompidos hermanos, que engordaban pidiendo á nombre del Santo, y pagando con vanas promesas é indulgencias, que DANTE llama *monedas de mal cuño.*

[16] Los ángeles, que, segun Daniel, son en número no conocido.

[17] Va siempre hablando de la natura angélica.

CANTO XXX.

[1] Para darnos el Poeta una idea de cómo desaparece á sus ojos el triunfo de Cristo, lo compara con el irse perdiendo poco á poco las estrellas al romper el dia. La hora sexta, que es el Mediodía, brilla respecto á Italia, donde escribe el Poeta, á unas seis millas de distancia, y este mundo nuestro inclina su sombra á manera de cono en línea horizontal hácia la parte de Poniente. Ahora bien: como la circunferencia de la tierra era entónces estimada en 20,400 millas, de las que el sol recorria 850 por hora: como la cuarta parte son 5,100, y el Mediodía dista sobre 6,000 millas de un lugar dado, faltarian allí á la primera hora del dia, distante un cuadrante de la hora sexta, sobre 900 millas, y éstas serian recorridas por el sol en poco ménos de una hora. Se saca, pues, de toda esta perífrasis que faltaba cerca de una hora para que saliera el sol.

[2] La aurora es la camarera del sol, y los ojos del cielo son las estrellas. El Poeta, para darnos una idea de cómo se pierde á su vista el triunfo de Cristo, le compara con el desaparecer de las estrellas poco á poco al venir el dia.

[3] El sol parece como que achica la vista ó la quita su accion, segun es ménos vigorosa la vista que le mira.

[4] Da á entender DANTE en este terceto que siempre cantó á Beatriz, ora como su amor pri-

mero cuando era en el mundo la hija de Fulco Portinari, ora como concepcion de su mente, ora como símbolo de la divina ciencia, término de los conocimientos del hombre religioso.

[5] Porque suben del primer Móvil, que es el mayor de los cuerpos celestes, al Empíreo, que es sólo de luz pura.

[6] Los ángeles que militaron contra los espíritus rebeldes, y los Santos que militaron contra los vicios. De esta última *milicia* es de la que dice Beatriz que se le mostrará al Poeta en el mismo aspecto corporal en que ha de vérsela el dia del Juicio final.

[7] Como se dispone la vela para que sea proporcionada á la llama que ha de mantener, así se hace con el que entra en el Empíreo, á quien se le prepara la vista para que pueda ver á Dios. Son palabras de Beatriz á Dante.

[8] Imitacion del *Apocalipsis*, que dice en el capítulo XXII: *Se me presentó un rio de agua viva, pura como el cristal, el cual procedia de donde estaba Dios.*

[9] El rio y las piedras preciosas son los ángeles: las flores las almas de los bienaventurados: los *prefacios sombríferos*, sombras ó imágenes predemostrativas de su realidad.

[10] La fronda de los párpados son las pestañas.

[11] Parece que quiere decir el Poeta que era tan diferente su modo de ver luégo que bebió de aquella agua, de como era ántes, que el rio que primero veia correr al largo, se le representaba despues redondo.

[12] Esta repeticion de la palabra *vide* como rima de los dos tercetos, está intencionalmente puesta; y el Poeta, segun parece, se propone con ella fijar la atencion del lector sobre la milagrosa vision, punto importante y desenlace de todo el poema. Por eso nota enfáticamente: primero, el hecho de la vision que se le presenta, luégo el medio porque la obtuvo, y despues ruega poder describir cómo la obtuvo. Del mismo modo vemos en otro

pasaje repetida con iguales circunstancias la palabra *Cristo*.

[13] Las almas que saliendo de sus mortales cuerpos han vuelto á Dios, de quien procedieron.

[14] Dice más adelante el Poeta que la forma de esta celestial gradería era parecida, en su estructura, á una rosa.

[15] Una rosa abierta muestra en el centro algunos hilos amarillentos. Aquí el Poeta, habiendo comparado á una rosa la circular gradería de los asientos de los bienaventurados, llama *lo amarillo* de esa rosa á la luz circular que ve en el medio y el fondo de las gradas ascendentes.

[16] En el *Apocalipsis*, los Santos que acompañan al triunfo de Cristo están representados *amicti stolis albis*.

[17] Da á entender que el emperador Enrique VII, en quien reconoce el Poeta circunstancias para ser el libertador de Europa, al que conserva aún en el cielo los signos distintivos de la soberanía, del que habla tambien en el canto VII del PURGATORIO, vino á reformar la Italia ántes de que hubiera llegado al grado de civilizacion necesario para que resultase provechoso ese trabajo.

[18] Clemente V, que, como se ha dicho en otros pasajes, estuvo siempre en pugna con Enrique de Luxemburgo, y que murió en 1314.

[19] Quiere decir que pronto será lanzado Clemente al sitio que ocupa Simon Mago con los simoníacos, y en el cual hará que el de Añani (que es Bonifacio VIII, nacido en esa ciudad) baje más al fondo. para ceder á éste su lugar. Sobre esto, véase el canto IX del INFIERNO.

CANTO XXXI.

[1] En esta milicia que ve y canta alude á los ángeles. La otra que forma la rosa eterna, es la de los Santos.

[2] Esto es, que van de las flores, donde chupan el jugo, á la colmena, donde lo convierten en miel.

[3] En Dios.

[4] Alude á los que iban á Roma desde los pueblos setentrionales, que tienen sobre sí las constelaciones que están junto al polo, que son Elice y Bootes: esto es, las Osas mayor y menor.

[5] San Juan de Letran es la iglesia donde se celebraba en 1300 el gran Jubileo que, desalumbrando de todas las demás cosas, atraia á Roma á los que desde los países más remotos iban á ganar la indulgencia plenaria.

[6] Dante, entre el gozo y el estupor (semejante al de los bárbaros que se quedaban admirados viendo las moles magníficas de Roma cuando iban al Jubileo Laterano), lo que desea es no oir y no hablar, sino que le dejen en su dulce abstraccion.

[7] De la de Dios.

[8] San Bernardo es el que se presenta á Dante con traje semejante al de los demás Santos.

[9] Llama *La Verónica faz nuestra* al Santo Sudario con la faz de Jesucristo que se conserva en Roma.

[10] En el Oriente, do se espera la salida del carro del sol.

[11] La Vírgen Santísima.

CANTO XXXII.

[1] Eva fué quien abrió con su desobediencia la llaga del género humano, que curó María dando á luz al divino Redentor. El Poeta la hace ahora ocupar la segunda hoja de la rosa, á los piés de la Vírgen Santísima.

[2] En la tercera grada está sentada Raquel, hija de Laban y mujer de Jacob; y á su lado está Beatriz, como ya ha dicho el Poeta en el canto II del Infierno.

[3] Esta es Ruth, mujer de Booz, bisabuela de David, que es el que para lamentar su pecado compuso el *Miserere mei Deus*.

[4] Porque esas mujeres hebreas son como una

línea que divide las gradas de los bienaventurados, segun el modo con que su fé adoró á Cristo *que habia de venir*, ó á Cristo *ya venido*. Los Santos anteriores á Cristo están sentados á la parte que la flor tiene madura y con todas sus hojas; esto es, donde ya no hay asientos que ocupar: los posteriores á su venida están donde los semicírculos de gradas tienen vacíos intercalados, como esperando á otras almas que los ocupen.

5 Al frente de la Vírgen está San Juan, que obtiene allí la recompensa de lo que sufrió en los riscos del desierto, donde vivió vida solitaria y salvaje, y de lo que mereció con su martirio y con haber permanecido en el infierno los dos años que corrieron desde su muerte á la de Jesus.

6 La doble cuenta que hace la fé es siempre la de los Santos anteriores y la de los posteriores á la venida de Jesucristo. El Poeta supone que habrá igual número de los unos y de los otros en la mansion de bienaventuranza que denomina *Jardin*, sin duda por la rosa eterna que en él coloca, y la cual viene describiendo. Así, pues, segun él, los elegidos del Nuevo Testamento igualarán en número á los del Antiguo.

7 Al señalar el sitio que ocupan los párvulos entre los bienaventurados del Antiguo y del Nuevo Testamento, dice que no lo obtienen por mérito propio, sino por la fé y los merecimientos de sus padres, ó de otras personas y otras causas.

8 Porque no á todos los predestina á un mismo grado, sino que da á cada uno el que por sus calidades le corresponda.

9 Los mellizos de la Biblia manifestaron ya ántes de nacer su ira dentro del vientre de la madre.

10 Uno de esos mellizos fué rubio, y otro de cabellos oscuros, y el Poeta supone que por esas señales se conoce la complexion del hombre, y por tanto las inclinaciones de su ánimo.

CANTO XXXIII.

[1] Quiere decir que se borró más de su memoria lo que habia visto en Dios hacía muy poco tiempo, que lo que ha podido borrarse en el trascurso de veinticinco siglos el recuerdo del dia en que la nave Argo surcó los mares; modo de expresar la expedicion á Colcos de los argonáutas, tan famosa en la primera época histórica.

[2] Da á entender el Poeta que el Espíritu Santo se produce igualmente del Padre y del Hijo, y no sólo del Padre, segun los griegos.

[3] El término medio ó proporcion del diámetro á la periféria.

[4] Queria ver cómo la divinidad se conjuntaba con la humanidad.

[5] Da á entender que no le sirvió la fantasía, impotente para aquellas cosas, sino su deseo y su querer, ya unidos á Dios, y moviéndose concordes con el divino beneplácito, como en una rueda se mueven igualmente con ella todas las partes concéntricas.

[6] El caballero José De Césare (napolitano), en una muy aplaudida Memoria que leyó en la Academia Herculana, opina que Dante se ha servido de la palabra *Estrellas* como vocablo de ledo augurio de la fama que habria de adquirir su poema, cuya opinion no parece muy convincente respecto del Paraiso; pero como esa palabra la repite con marcado intento para dar fin con ella á cada una de las tres Cantígas, no hay duda de que contiene algun sentido alegórico, cuya explicacion no dan los comentadores con la claridad que lleva al convencimiento.

FIN DE LAS NOTAS Y DEL POEMA.

FÉ DE ERRATAS

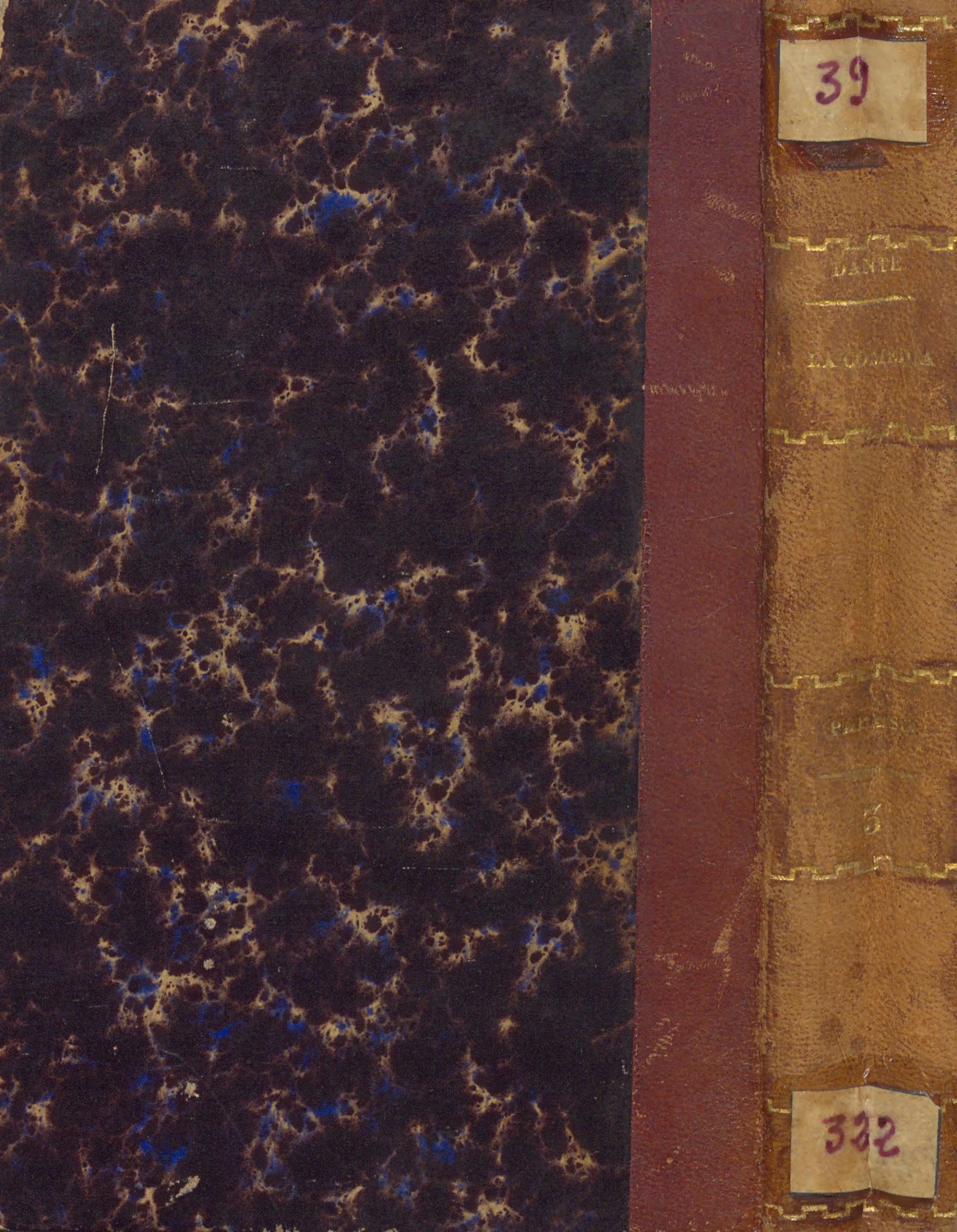
de la

CANTÍGA DEL PARAISO.

PÁG.	VERSO.	DICE:	DEBE DECIR:
85	15	en hornos lleva,	á veces lleva,
86	15	Fué del el primer	Fué el del primer




Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA


39
DANTE
LA COMEDIA
3
322